

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES y UNA NOCHE



TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE

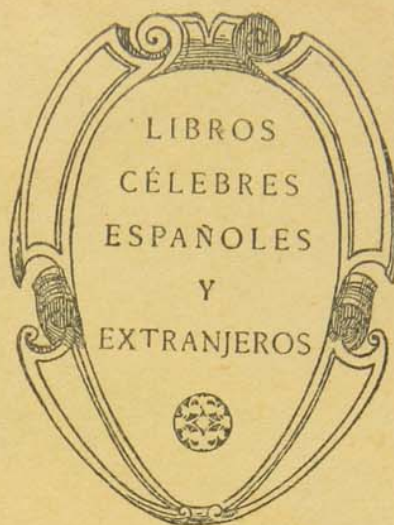
POR EL Dr. J. C. MARDRUS

VERSIÓN ESPAÑOLA DE V. BLASCO IBAÑEZ

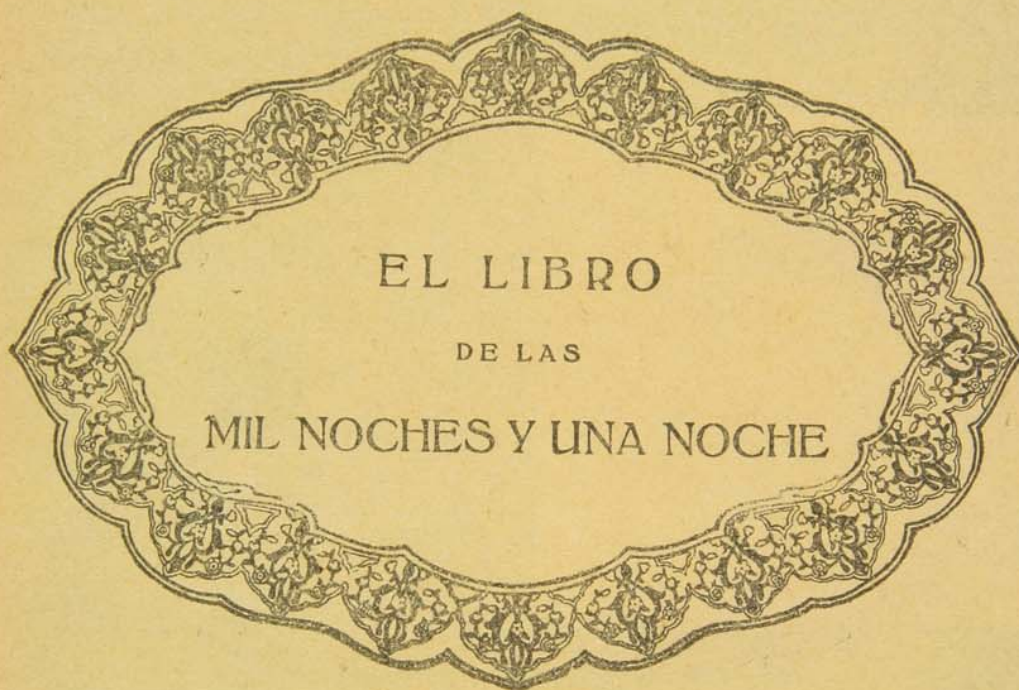
:: PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO ::

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

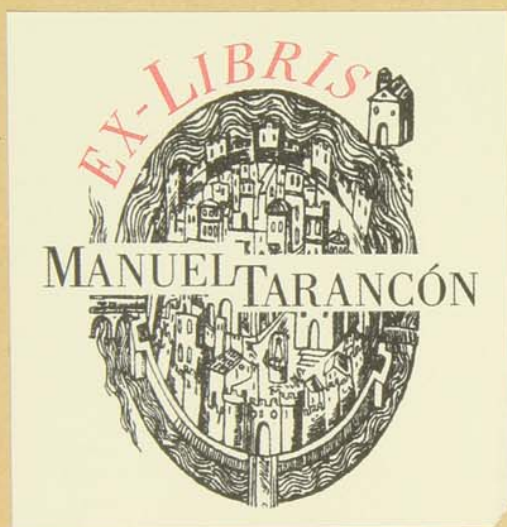
PROMETEO
VALENCIA



Director Ilterario: V. Blasco Ibáñez



ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

DOCTOR J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

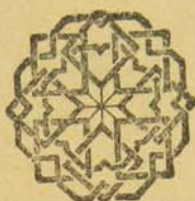
TOMO DÉCIMONOVENO

Historia de Alí Babá y de los cuarenta ladrones.
—Los encuentros de Al-Rachid en el puente de
Bagdad.—Historia de la princesa Suleika.

PROMETEO

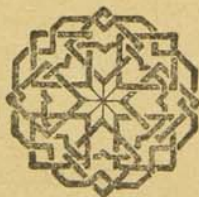
Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)

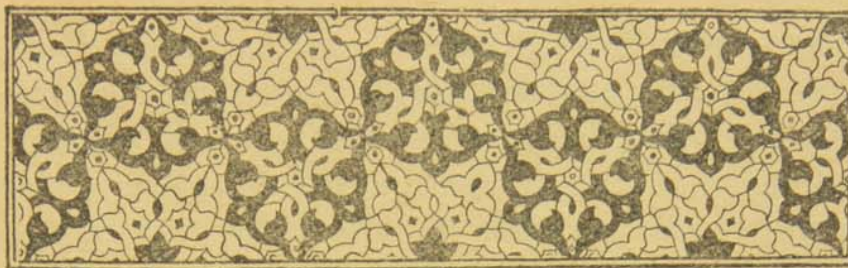


ILA 'L AMIRI 'S-SCHARIFI
OUA 'S-SCHALABI 'Z-ZARIFI
OUA 'S-SCHAËRI 'S-SCHAHIRI
SAHEBI 'N-NASSABI OUAL HASSABI
SIDI ROBERT BEN MONTESQIOU
BEN ARTAGNÂN AL FEZENSAKI.

J. C. M.







HISTORIA DE ALÍ BABÁ Y DE LOS CUARENTA LADRONES



Y Schahrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que por los años de hace mucho tiempo y en los días del pasado ido, había, en una ciudad entre las ciudades de Persia, dos hermanos, uno de los cuales se llamaba Kassim y el otro Ali Babá. ¡Exaltado sea Aquel ante quien se borran todos los nombres, apelativos y motes, y que ve las almas en su desnudez y las conciencias en su profundidad, el Altísimo, el Dueño de los destinos! ¡Amin!

Y prosigo.

Cuando el padre de Kassim y de Ali Babá, que era un pobre hombre vulgar, hubo fallecido en la

misericordia de su Señor, los dos hermanos se repartieron con toda equidad en el reparto lo poco que les había tocado de herencia; pero no tardaron en comerse la exigua ración de su patrimonio, y de la noche á la mañana se encontraron sin pan ni queso y muy alargados de nariz y de cara. ¡Y he ahí lo que trae el ser tonto en la primera edad y olvidar los consejos de los cuerdos!

Pero el mayor, que era Kassim, al verse á punto de derretirse de inanición en su piel, se puso pronto al acecho de una situación lucrativa. Y como era avisado y estaba lleno de astucia, no tardó en entablar conocimiento con una alcahueta (¡alejado sea el Maligno!), que, después de poner á prueba sus facultades de cabalgador y sus virtudes de gallo saltarín y su potencia de copulador, le casó con una joven que tenía buena cama, buen pan y músculos perfectos, y que era cosa excelente. ¡Bendito sea el Retribuidor! Y de tal suerte, además de refocilarse con su esposa, tuvo él una tienda bien provista en el centro del zoco de los mercaderes. Porque tal era el destino escrito sobre su frente desde su nacimiento. Y esto es lo referente á él.

En cuanto al segundo hermano, que era Ali Babá, he aquí lo que le sucedió. Como por naturaleza estaba exento de ambición, tenía gustos modestos, se contentaba con poco y no tenía los ojos vacíos, se hizo leñador y se dedicó á llevar una vida de pobreza y de trabajo. Pero á pesar de todo, supo vivir con tanta economía, merced á las leccio-

la fuerza del Destino. ¡Pero Ali Babá no podía sospecharlo, pues creía que desde hacía años seguía su curso su destino!

Fué primero en la lejanía un ruido sordo, que se acercó rápidamente, hasta poderse distinguir con el oído pegado al suelo, como un galope multiplicado y creciente. Y Ali Babá, hombre pacífico que detestaba las aventuras y las complicaciones, se asustó mucho de encontrarse solo, sin más acompañantes que sus tres asnos en aquella soledad. Y su prudencia le aconsejó que sin tardanza trepase á la copa de un árbol alto y grueso que se alzaba en la cima de un pequeño montículo y que dominaba toda la selva. Y apostado y escondido así entre las ramas, pudo examinar de qué se trataba.

Hizo bien.

Porque apenas se acomodó allí, divisó una tropa de jinetes, armados terriblemente, que avanzaban á buen paso hacia donde se encontraba él. Y á juzgar por sus caras negras, por sus ojos de cobre nuevo y por sus barbas separadas ferozmente por en medio en dos alas de cuervo de presa, no dudó de que fuesen bandoleros ladrones, salteadores de caminos, de la más detestable especie.

En lo cual no se equivocaba Ali Babá.

Cuando estuvieron muy cerca del montículo abrupto adonde Ali Babá—invisible pero viendo—se había encaramado, echaron pie á tierra á una seña de su jefe, que era un gigante, desembridaron sus caballos, colgaron al cuello de cada uno un saco

de forraje lleno de cebada, que llevaban á la grupa detrás de la silla, y los ataron por el ronzal á los árboles de los alrededores. Tras de lo cual cogieron los zurrone y se los cargaron á hombros. Y como pesaban mucho aquellos zurrone, los bandoleros caminaban agobiados por su peso.

Y desfilaron todos en buen orden por debajo de Alí Babá, que los pudo contar fácilmente y observar que eran cuarenta: ni uno más, ni uno menos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 852.^a NOCHE*

Ella dijo:

...cuarenta: ni uno más, ni uno menos.

Y así cargados, llegaron al pie de una roca grande que habia en la base del montículo, y se detuvieron, colocándose en fila. Y su jefe, que iba á la cabeza, dejó por un instante en el suelo su pesado zurrón, se irguió cuan alto era frente á la roca, y exclamó con voz estruendosa, dirigiéndose á alguien ó á algo invisible para todas las miradas: «¡Sésamo, ábrete!» Y al punto se entreabrió con amplitud la roca.

Entonces el jefe de los bandoleros ladrones se

retiró un poco para dejar pasar delante de él á sus hombres. Y cuando hubieron entrado todos, se cargó á la espalda su zurrón otra vez y penetró el último.

Luego exclamó con una voz de mando que no admitía réplica: «¡Sésamo, ciérrate!» Y la roca se cerró herméticamente, como si nunca la hechicería del bandolero la hubiese partido por virtud de la fórmula mágica.

Al ver aquello, Alí Babá se asombró en su alma prodigiosamente, y se dijo: «¡Menos mal si, con su ciencia de la hechicería, no descubren mi escondite y me ponen entonces más ancho que largo!» Y se guardó bien de hacer el menor movimiento, no obstante toda la inquietud que sentía por sus asnos, que continuaban retozando libremente en la espesura.

En cuanto á los cuarenta ladrones, después de una estancia bastante prolongada en la caverna donde Alí Babá les había visto meterse, indicaron su reaparición con un ruido subterráneo semejante á un trueno lejano. Y acabó por volver á abrirse la roca y dejar salir á los cuarenta con su jefe á la cabeza y llevando en la mano sus zurrónes vacíos. Y cada cual se acercó á su caballo, le embridó de nuevo y saltó encima después de sujetar el zurrón á la silla. Y el jefe se volvió entonces hacia la abertura de la caverna y pronunció en voz alta la fórmula: «¡Sésamo, ciérrate!» Y las dos mitades de la roca se juntaron y se soldaron sin ninguna huella

de separación. Y con sus caras de brea y sus barbas de cerdo, tomaron otra vez el camino por donde habían venido. Y esto es lo referente á ellos.

Pero volviendo á Ali Babá, la prudencia que le había tocado en suerte entre los dones de Alah hizo que permaneciese aún en su escondite, no obstante todo el deseo que tenía de ir á reunirse con sus asnos. Porque se dijo: «Bien pueden esos terribles bandoleros ladrones haberse dejado olvidado algo en su caverna y volver sobre sus pasos de improviso, sorprendiéndome aquí mismo. ¡Y entonces, ya Ali Babá, verías cuán caro le sale á un pobre diablo como tú ponerse en el camino de tan poderosos señores!» Por tanto, tras de reflexionar así, Ali Babá se limitó sencillamente á seguir con los ojos á los formidables jinetes hasta que los hubo perdido de vista. Y sólo mucho tiempo después de desaparecer ellos y de quedarse de nuevo la selva sumida en un silencio tranquilizador fué cuando, por fin, se decidió á bajar del árbol, aunque con mil precauciones y volviéndose á derecha y á izquierda cada vez que abandonaba una rama alta para situarse en una rama más baja.

Cuando estuvo en tierra, Ali Babá avanzó hacia la roca consabida, pero con mucho cuidado y de puntillas, conteniendo la respiración. Y bien habría querido ir antes á ver sus asnos y á tranquilizarse con respecto á ellos, ya que era toda su fortuna y el pan de sus hijos; pero en su corazón se había encendido una curiosidad sin precedente por cuanto

hubo de ver y oír desde la copa del árbol. Y además, era su destino quien le empujaba de modo irresistible á aquella aventura.

Llegado que fué ante la roca, Alí Babá la inspeccionó de arriba á abajo, y la encontró lisa y sin grietas por donde hubiera podido deslizarse la punta de una aguja. Y se dijo: «¡Sin embargo, ahí dentro se han metido los cuarenta, y los he visto con mis propios ojos desaparecer ahí dentro! ¡Ya Alah! ¡Qué sutileza! ¡Y quién sabe qué han entrado á hacer en esa caverna defendida por toda clase de talismanes cuya primera palabra ignoro!» Luego pensó: «¡Por Alah! ¡he retenido, sin embargo, la fórmula que abre y la fórmula que cierra! ¡No sé si ensayarlas un poco, solamente para ver si en mi boca tienen la misma virtud que en boca de ese espantoso bandido gigante!»

Y olvidando toda su antigua pusilanimidad, é impelido por la voz de su destino, Alí Babá el leñador se encaró con la roca y dijo: «¡Sésamo, ábrete!»

Y no bien fueron pronunciadas con insegura voz las dos palabras mágicas, la roca se separó y se abrió con amplitud. Y Alí Babá, presa de extremo espanto, quiso volver la espalda á todo aquello y escapar de allí á todo correr; pero la fuerza de su destino le inmovilizó ante la abertura y le obligó á mirar. Y en lugar de ver allí dentro una caverna de tinieblas y de horror, llegó al límite de la sorpresa al ver abrirse ante él una ancha galería que daba al ras de una sala espaciosa abierta en forma

de bóveda en la misma piedra y recibiendo mucha luz por agujeros angulares situados en el techo. De modo que se decidió á adelantar un pie y á penetrar en aquel lugar que, á primera vista, no tenía particularmente nada de aterrador. Pronunció, pues, la fórmula propiciatoria: «¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso!», la cual acabó de reconfortarle, y avanzó resueltamente sin temblar hasta la sala abovedada. Y en cuanto hubo llegado allá vió que las dos mitades de la roca se juntaban sin ruido y tapaban completamente la abertura; lo cual no dejó de inquietarle, á pesar de todo, ya que la constancia en el valor no era su fuerte. Sin embargo, pensó que más tarde podría, merced á la fórmula mágica, hacer que por sí mismas se abrieran ante él todas las puertas. Y á la sazón dedicóse á mirar con toda tranquilidad el espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Y vió, colocadas á lo largo de las paredes hasta la bóveda, pilas y pilas de ricas mercancías, y fardos de telas de seda y de brocado, y sacos con provisiones de boca, y grandes cofres llenos hasta los bordes de plata amonedada, y otros llenos de plata en lingotes, y otros llenos de dinares de oro y de lingotes de oro en filas alternadas. Y como si todos aquellos cofres y todos aquellos sacos no bastasen á contener las riquezas acumuladas, el suelo estaba cubierto de montones de oro, de alhajas y de orfebrerías, hasta el punto de que no se sabía dónde poner el pie sin tropezar con alguna joya ó derri-

bar algún montón de dinares flamígeros. Y Ali Babá, que en su vida había visto el verdadero color del oro ni conocido su olor siquiera, se maravilló de todo aquello hasta el límite de la maravilla. Y al ver aquellos tesoros amontonados allí de cualquier modo, y aquellas innumerables suntuosidades, las menores de las cuales hubiesen adornado ventajosamente el palacio de un rey, se dijo que debía hacer no años, sino siglos que aquella gruta servía de depósito, al mismo tiempo que de refugio, á generaciones de ladrones hijos de ladrones, descendientes de los saqueadores de Babilonia.

Cuando Ali Babá volvió un poco de su asombro, se dijo: «¡Por Alah, ¡ya Ali Babá! he aquí que á tu destino se le pone el rostro blanco, y te transporta desde el lado de tus asnos y de tus haces hasta el centro de un baño de oro como no lo han visto mas que el rey Soleimán é Iskandar el de los dos cuernos! Y de improviso aprendes las fórmulas mágicas y te sirves de sus virtudes y te haces abrir las puertas de roca y las cavernas fabulosas, ¡oh leñador bendito! Esa es una gran merced del Retribuidor, que así te hace dueño de las riquezas acumuladas por los crímenes de generaciones de ladrones y de bandidos. ¡Y si ha ocurrido todo eso, claro está que es para que en adelante puedas hallarte con tu familia al abrigo de la necesidad, utilizando de buena manera el oro del robo y del pillaje!»

Y quedando en paz con su conciencia después de tal razonamiento, Ali Babá el pobre se inclinó

hacia un saco de provisiones, lo vació de su contenido y lo llenó sólo de dinares de oro y otras piezas de oro amonedado, sin tocar á la plata y á los demás objetos de valor. Y se cargó á hombros el saco y lo llevó al extremo de la galería. Luego volvió á la sala abovedada, y de la propia manera llenó un segundo saco, luego un tercer saco y varios sacos más, todos los que le pareció que podrían llevar sus tres asnos sin cansarse. Y hecho esto se volvió hacia la entrada de la caverna y dijo: «¡Sésamo, ábrete!» Y al instante las dos hojas de la puerta roqueña se abrieron de par en par, y Alí Babá corrió á reunir sus asnos y los hizo aproximarse á la entrada. Y los cargó de sacos, que tuvo cuidado de ocultar hábilmente, poniendo encima ramaje. Y cuando hubo acabado esta tarea pronunció la fórmula que cierra, y al punto se juntaron las dos mitades de la roca.

Entonces Alí Babá hizo ponerse en marcha delante de él á sus asnos cargados de oro, arreándolos con voz llena de respeto y no abrumándolos con las maldiciones y las injurias horribles que les dirigía de ordinario cuando arrastraban las patas. Porque si Alí Babá, como todos los conductores de asnos, gratificaba á sus brutos con apelativos tales como: «¡Oh religión del zib!» ó «¡historia de tu hermana!» ó «¡historia de marica!» ó «¡venta de alcahueta!», claro que no era para asustarlos, pues los quería igual que á sus hijos, sino sencillamente para hacerlos entrar en razón. Pero aquella vez

comprendió que no podía aplicarles con verdadera justicia tales calificativos, pues llevaban sobre ellos más oro del que había en las arcas del sultán. Y sin arrearlos de otro modo, emprendió con ellos de nuevo el camino de la ciudad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 853.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y sin arrearlos de otro modo, emprendió con ellos de nuevo el camino de la ciudad.

Y he aquí que, al llegar á su casa, Alí Babá encontró la puerta cerrada por dentro con el pestillo grande de madera, y se dijo: «¡Voý á ensayar en ella la virtud de la fórmula!» Y dijo: «¡Sésamo, ábrete!» Y al punto, separándose de su pestillo, la puerta se abrió de par en par. Y Alí Babá, sin anunciar su llegada, penetró con sus asnos en el patizuelo de su casa. Y dijo, encarándose con la puerta: «¡Sésamo, ciérrate!» Y la puerta, girando sobre sí misma, fué á reunirse con su pestillo. Y de tal suerte quedó convencido Alí Babá de que en adelante sería detentador de un incomparable secreto dotado de un poder misterioso, cuya adqui-

sición no le había costado otro tormento que una emoción pasajera, debida, más bien que á otra cosa, á la cara avinagrada de los cuarenta ladrones y al aspecto amedrentador de su jefe.

Cuando la esposa de Alí Babá vió á los asnos en el patio y á Alí Babá disponiéndose á descargarlos, acudió dando palmadas de sorpresa, y exclamó: «¡Oh hombre! ¿cómo te has arreglado para abrir la puerta, que yo misma había cerrado con pestillo? ¡El nombre de Alah sobre todos nosotros! ¿Y qué traes, este bendito día, en esos sacos tan grandes y tan pesados que no he visto nunca en casa?» Y Alí Babá, sin responder á la primera pregunta, dijo: «Estos sacos nos vienen de Alah, ¡oh mujer! Pero ven ya á ayudarme para llevarlos á la casa, en vez de abrumarme á preguntas acerca de las puertas y de los pestillos.» Y como ella los palpara de continuo, comprendió que contenían monedas, y pensó que aquellas monedas debían ser monedas de cobre antiguas ó algo parecido. Y aquel descubrimiento, aunque era muy incompleto y estaba por debajo de la realidad, sumió á su espíritu en una gran inquietud. Y acabó por persuadirse de que su esposo se habría asociado á unos ladrones ó á otras gentes parecidas, pues si no, ¿cómo explicarse la presencia de tantos sacos repletos de monedas? Así es que, cuando todos los sacos fueron llevados al interior, ella no pudo contenerse más, y estallando de pronto, empezó á golpearse las mejillas á dos manos y á desgarrarse las vestiduras,

exclamando: «¡Oh calamidad nuestra! ¡Oh perdición sin remedio de nuestros hijos! ¡Oh poder!»

Al oír los gritos y lamentos de su esposa, Ali Babá llegó al límite de la indignación, y le gritó: «Poder de tu ojo, ¡oh maldita! ¿Qué tienes que chillar así? ¿Y por qué quieres atraer sobre nuestras cabezas el castigo de los ladrones?» Ella dijo: «La desgracia va á entrar en esta casa con estos sacos de monedas, ¡oh hijo del tío! Por mi vida sobre ti, date prisa á ponerlos otra vez á lomos de los asnos y á llevártelos lejos de aquí. ¡Porque mi corazón no está tranquilo sabiéndolos en nuestra casa!» Él contestó: «¡Alah confunda á las mujeres desprovistas de juicio! ¡Bien veo ¡oh hija del tío! que te imaginas que he robado estos sacos! Pues bien; desengáñate y refresca tus ojos, porque nos vienen del Retribuidor, que me ha hecho encontrar mi destino hoy en la selva. Ya te contaré cómo ha tenido lugar ese encuentro, pero no sin haber vaciado estos sacos para enseñarte su contenido.»

Y cogiendo los sacos por un extremo, Ali Babá los vació sobre la estera, uno tras otro. Y cayeron chorros de oro sonoro, lanzando millares de destellos en la pobre vivienda del leñador. Y Ali Babá, satisfecho de ver á su mujer deslumbrada por aquel espectáculo, se sentó en el montón de oro, recogió debajo de sí las piernas, y dijo: «Escúchame ahora, ¡oh mujer!» Y le hizo el relato de su aventura, desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo.

Cuando la esposa de Ali Babá hubo oído el relato de la aventura, sintió que el espanto se alejaba de su corazón para que lo reemplazase una alegría grande, y se dilató, y se esponjó, y dijo: «¡Oh día de leche! ¡oh día de blancura! ¡Loores á Alah, que ha hecho entrar en nuestra morada los bienes mal adquiridos por esos cuarenta bandidos salteadores de caminos, y que de tal suerte ha vuelto lícito lo que era ilícito! ¡Él es el Generoso, el Retribuidor!»

Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y se sentó sobre sus talones ante el montón de oro, y se dedicó á contar uno por uno los innumerables dinares. Pero Ali Babá se echó á reir y le dijo: «¿Qué haces, ¡oh pobre!? ¿Cómo se te ocurre contar todo eso? Lo mejor es que te levantes y vengas á ayudarme á abrir un hoyo en nuestra cocina para guardar cuanto antes este oro y hacer desaparecer así sus huellas. ¡Si no, corremos riesgo de atraer sobre nosotros la codicia de nuestros vecinos y de los agentes de policía!» Pero la esposa de Ali Babá, que era partidaria del orden en todo, y que quería tener una idea exacta acerca de la cuantía de las riquezas que les entraban en aquel día bendito, contestó: «No, ciertamente, no quiero perder tiempo en contar este oro. Pero no puedo dejar que se guarde sin haberlo pesado ó medido por lo menos. Por eso te suplico ¡oh hijo del tío! que me des tiempo para ir á buscar una medida de madera en la vecindad. Y lo iré midiendo mientras tú abres el hoyo. ¡Y de tal suerte podremos gastar á

sabiendas con nuestros hijos lo necesario y lo superfluo!»

Y Ali Babá, aunque esta precaución le pareció por lo menos superflua, no quiso contrariar á su mujer en una ocasión tan llena de alegría para todos ellos, y le dijo: «¡Sea! ¡Pero ve y vuelve pronto, y sobre todo guárdate bien de divulgar nuestro secreto ó de decir la menor palabra acerca de él!»

Cuando la esposa de Ali Babá salió en busca de la medida consabida, pensó que lo más rápido sería ir á pedir una á la esposa de Kassim, la rica, la infatuada, la que nunca se dignaba invitar á ninguna comida en su casa al pobre Ali Babá ni á su mujer, ya que no tenían fortuna ni relaciones, la que jamás había enviado ninguna golosina á los niños de Ali Babá con motivo de fiestas y aniversarios, ni siquiera había comprado para ellos un puñado de garbanzos, como compra la gente pobre á los niños de gente pobre. Y después de las zalemas de ceremonia, le rogó que le prestara una medida de madera por algunos momentos.

Cuando la esposa de Kassim hubo oído la palabra «medida», quedó extremadamente asombrada, pues sabía que Ali Babá y su mujer eran muy pobres, y no podía comprender para qué necesitaban aquel utensilio, del que no se sirven, por lo general, mas que los propietarios de grandes provisiones de grano, en tanto que los demás se limitan á comprar el grano del día ó de la semana en casa del tratante en granos. Así es que, aunque en otras

circunstancias, sin duda alguna, se lo hubiese negado todo bajo cualquier pretexto, aquella vez le picó demasiado la curiosidad para dejar escapar semejante ocasión de satisfacerla. Le dijo, pues: «¡Alah aumente sobre vuestras cabezas sus favores! ¿Pero quieres la medida grande ó la pequeña, ¡oh madre de Ahmad!?» La aludida contestó: «Mejor será la pequeña, ¡oh mi señora!» Y la esposa de Kassim fué á buscar la medida consabida.

Y he aquí que no en vano aquella mujer fué objeto de un trato de alcahuetería (¡Alah rehuse sus gracias á los individuos de esta especie y confunda á todas las taimadas!), pues queriendo saber á toda costa qué clase de grano pretendía medir su parienta pobre, ideó una de tantas supercherías como siempre tienen entre sus dedos las hijas de zorra. Y en efecto, corrió en busca de sebo, y untó con él diestramente el fondo de la medida por debajo, por donde se asienta ese utensilio. Luego volvió al lado de su parienta, excusándose por haberla hecho esperar, y le entregó la medida. Y la mujer de Alí Babá se deshizo en cumplimientos y se apresuró á volver á su casa.

Y comenzó por colocar la medida en medio del montón de oro. Y se puso á llenarla y á vaciarla un poco más lejos, marcando en la pared con un trozo de carbón tantos trazos negros como veces la había vaciado. Y cuando acababa de dar fin á su trabajo entró Alí Babá, que había terminado, por su parte, de abrir el hoyo en la cocina. Y su

esposa le enseñó los trazos de carbón de la pared, exultando de alegría, y le dejó el cuidado de guardar todo el oro, para ir por sí misma con toda diligencia á devolver la medida á la impaciente esposa de Kassim. Y no sabía la pobre que debajo de la medida había quedado pegado un dinar de oro al sebo de la perfidia.

Entregó, pues, la medida á su parienta rica, la que fué colocada por la alcahueta, y le dió muchas gracias y le dijo: «He querido ser puntual contigo, ¡oh mi señora! á fin de que otra vez no dejes de tener conmigo tanta amabilidad.» Y se fué por su camino. Y esto es lo referente á la esposa de Ali Babá.

En cuanto á la esposa de Kassim, solamente esperó la taimada á que su parienta volviera la espalda, para dar vuelta á la medida de madera y mirar la parte de abajo. Y llegó al límite de la estupefacción al ver pegada en el sebo una moneda de oro en vez de algún grano de habas, de cebada ó de avena. Y la piel del rostro se le puso de color de azafrán, y los ojos de color de betún muy obscuro. Y su corazón se sintió roído de celos y de envidia devoradora. Y exclamó: «¡Destrucción sobre su morada! ¿Desde cuándo esos miserables tienen el oro así, para pesarlo y medirlo?» Y era tanto el furor inexpresable que la embargaba, que no pudo esperar á que su esposo regresase de su tienda, sino que le envió á su servidora para que le buscara á toda prisa.

Y no bien Kassim, sin aliento, franqueó el umbral de la casa, le acogió con exclamaciones furibundas, como si le hubiese sorprendido triturando á algún mozalbete.

Luego, sin darle tiempo para reponerse de aquella tempestad, le puso debajo de la nariz el consabido dinar de oro, y le gritó: «¡Ya lo ves! ¡Pues bien, esto no es mas que lo que les sobra á esos miserables! ¡Ah! Te crees rico y á diario te felicitas por tener tienda y clientes, mientras tu hermano no tiene mas que tres asnos por toda hacienda. Desengáñate, ¡oh jeque! Ali Babá, ese desmañado, ese barriga hueca, ese insignificante, no se contenta con contar su oro como tú: ¡lo mide! ¡Por Alah, que lo mide, como el tratante en granos hace con el grano!»

Y con una tempestad de palabras, de gritos y de vociferaciones le puso al corriente del asunto y le explicó la estratagema de que se habia valido para hacer el asombroso descubrimiento de la riqueza de Ali Babá. Y añadió: «¡No es eso todo, ¡oh jeque! ¡A ti te incumbe ahora descubrir el origen de la fortuna de tu miserable hermano, ese hipócrita maldito, que finge pobreza y maneja el oro por medidas y á brazadas!»

Al oir estas palabras de su esposa, Kassim no dudó de la realidad de la fortuna de su hermano. Y lejos de sentirse feliz por saber que el hijo de su padre y de su madre estaba al abrigo de toda necesidad para lo sucesivo, y de regocijarse con su di-

cha, alimentó una envidia biliosa y sintió que se le rompía de despecho la bolsa de la hiel...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 854.^a NOCHE*

Ella dijo:

...alimentó una envidia biliosa y sintió que se le rompía de despecho la bolsa de la hiel. Y se irguió en aquella hora y en aquel instante, y corrió á casa de su hermano para ver por sus propios ojos lo que tenía que ver allí.

Y encontró á Alí Babá con el pico en la mano todavía, pues acababa de guardar su oro. Y abordándole sin dirigirle la zalema y sin llamarle por su nombre ni por su apellido y sin tratarle siquiera de hermano, pues se había olvidado de tan próximo parentesco desde que se casó con el rico producto de la alcahueta, le dijo: «¡Ah! ¿conque así ¡oh padre de los asnos! te haces el reservado y el misterioso con nosotros? ¡Sí, continúa simulando pobreza y miseria y haciéndote el menesteroso delante de la gente, para medir luego el oro en tu yacija de piojos y chinches como el tratante en granos mide su grano!»

Al oír estas palabras, Alí Babá llegó al límite de la turbación y de la perplejidad, no porque fuese avaro ó interesado, sino porque temía la maldad y la avidez de ojos de su hermano y de la esposa de su hermano, y contestó: «¡Por Alah sobre ti, no sé á qué aludes! ¡Explicate, pues, pronto, y no me faltarán para ti franqueza y buenos sentimientos, por más que desde hace años hayas olvidado el lazo de la sangre y vuelvas la cara cuando te encuentras con la mía y con la de mis hijos!»

Entonces dijo el imperioso Kassim: «¡No se trata de eso ahora, Alí Babá! ¡Se trata solamente de que no finjas ignorancia conmigo, porque estoy enterado de lo que tienes interés en mantener oculto!» Y mostrándole el dinar de oro untado de sebo aún, le dijo, mirándole atravesado: «¿Cuántas medidas de dinares como éste tienes en tu granero, ¡oh trapisonda!? ¿Y dónde has robado tanto oro, di, ¡oh vergüenza de nuestra casa!?» Luego le reveló en pocas palabras cómo su esposa había untado de sebo por debajo la medida que les había prestado, y cómo se había pegado á ella aquella moneda de oro.

Cuando Alí Babá hubo oído estas palabras de su hermano, comprendió que el mal ya estaba hecho y no podía repararse. Así es que, sin dejar que se prolongase más el interrogatorio, y sin hacer ante su hermano la menor demostración de asombro ó de pena por verse descubierto, dijo: «Alah es generoso, ¡oh hermano mío! ¡Nos envía Sus dones antes

de que los deseemos! ¡Exaltado sea!» Y le contó con todos sus detalles su aventura de la selva, aunque sin revelarle la fórmula mágica. Y añadió: «Somos ¡oh hermano mío! hijos del mismo padre y de la misma madre. ¡Por eso todo lo que me pertenece te pertenece, y quiero, si me haces la merced de aceptarlo, ofrecerte la mitad del oro que he traído de la caverna!»

Pero el mercader Kassim, cuya avidez igualaba á su negrura de alma, contestó: «Ciertamente, así lo entiendo yo también. Pero quiero saber, además, cómo podré entrar yo mismo en la roca si me da la gana. Y te prevengo que, si me engañas acerca del particular, iré en seguida á denunciarte á la justicia como cómplice de los ladrones. ¡Y no podrás por menos de perder con esa combinación!»

Entonces el bueno de Ali Babá, pensando en la suerte de su mujer y de sus hijos en caso de una denuncia, é impelido más por su natural complaciente que por el miedo á las amenazas de un hermano de alma bárbara, le reveló las dos palabras de la fórmula mágica, tanto la que servía para abrir las puertas como la que servía para cerrarlas. Y Kassim, sin tener siquiera para él una frase de reconocimiento, le dejó bruscamente, resuelto á apoderarse él solo del tesoro de la caverna.

Así, pues, al día siguiente, antes de la aurora, salió para la selva, llevándose por delante diez mulos cargados con cofres grandes, que se proponía llenar con el producto de su primera expedición.

Además se reservaba, una vez que se hubiera enterado de las provisiones y riquezas acumuladas en la gruta, para hacer un segundo viaje con mayor número de mulos y hasta con todo un convoy de camellos, si era necesario. Y siguió al pie de la letra las indicaciones de Alí Babá, que había llevado su bondad hasta brindarse como guía, pero fué rechazado duramente por los dos pares de ojos suspicaces de Kassim y de su esposa, la resultante del alcahueteo.

Y en seguida llegó al pie de la roca, que hubo de reconocer entre todas las rocas por su aspecto enteramente liso y su altura rematada por un árbol grande. Y alzó ambos brazos hacia la roca, y dijo: «¡Sésamo, ábrete!» Y la roca de pronto se partió por la mitad. Y Kassim, que ya había atado los mulos á los árboles, penetró en la caverna, cuya abertura se cerró al punto sobre él, gracias á la fórmula para cerrar. ¡Pero no sabía él lo que le esperaba!

Y en un principio quedó deslumbrado á la vista de tantas riquezas acumuladas, de tanto oro amontonado y de tantas joyas apelotonadas. Y sintió un deseo más intenso de hacerse dueño de aquel fabuloso tesoro. Y comprendió que para llevarse todo aquello no solamente le hacía falta una caravana de camellos, sino reunir todos los camellos que viajan desde los confines de la China hasta las fronteras del Irán. Y se dijo que la próxima vez tomaría las medidas necesarias para organizar una verda-

dera expedición que se apoderase de aquel botín, contentándose á la sazón con llenar de oro amonedado cuantos sacos pudieran llevar sus diez mulos. Y terminado este trabajo volvió á la galería que conducía á la roca cerrada, y exclamó:

«¡Cebada, ábrete!»

Porque el deslumbrado Kassim, con el espíritu enteramente turbado por el descubrimiento de aquel tesoro, había olvidado por completo la palabra que tenía que decir. Y fué para perderse sin remedio. Porque dijo varias veces: «¡Cebada, ábrete! ¡Cebada, ábrete!» Pero la roca permaneció cerrada. Entonces dijo:

«¡Avena, ábrete!»

Y la roca no se movió.

Entonces dijo:

«¡Haba, ábrete!»

Pero no se produjo ninguna ranura.

Y Kassim empezó á perder la paciencia, y gritó sin tomar aliento:

«¡Centeno, ábrete! ¡Mijo, ábrete! ¡Garbanzo, ábrete! ¡Maíz, ábrete! ¡Alforfón, ábrete! ¡Trigo, ábrete! ¡Arroz, ábrete! ¡Algarroba, ábrete!»

Pero la puerta de granito permaneció cerrada. Y Kassim, en el límite del espanto al advertir que se quedaba encerrado por haber perdido la fórmula, se puso á recitar, ante la roca impasible, todos los nombres de los cereales y de las diferentes variedades de granos que la mano del sembrador lanzó sobre la superficie de los campos en la infancia del

mundo. Pero el granito permaneció inquebrantable. Porque el indigno hermano de Ali Babá no se olvidó, entre todos los granos, mas que de un solo grano, el mismo á que estaban unidas las virtudes mágicas, el misterioso sésamo.

Así es como, tarde ó temprano, y con frecuencia más temprano que tarde, el Destino ciega la memoria de los malos, les quita toda clarividencia y les arrebatla la vista y el oído por orden del Poderoso sin límites. Porque el Profeta (¡con Él las bendiciones y la más escogida de las zalemas!) ha dicho, hablando de los malos: «Alah les retirará el don de Su clarividencia y les dejará tanteando en las tinieblas. ¡Entonces, ciegos, sordos y mudos, no podrán volver sobre sus pasos!» Y además, el Enviado (¡Alah le tenga en Sus mejores gracias!) ha dicho de ellos: «Por siempre han sido cerrados con el sello de Alah sus corazones y sus oídos y velados con una venda sus ojos. ¡Les está reservado un suplicio espantoso!»

Así, pues, cuando el malvado Kassim, que ni por asomo se esperaba aquel desastroso acontecimiento, hubo visto que no poseía ya la fórmula virtual, se dedicó á devanarse el cerebro en todos sentidos para encontrarla, pero muy inútilmente, pues su memoria estaba despojada para siempre jamás del nombre mágico. Entonces, presa del miedo y de la rabia, dejó los sacos llenos de oro y se puso á recorrer la caverna en todas direcciones, en busca de alguna salida. Pero no encontró por doquiera

mas que paredes graníticas exasperantemente lisas. Y como una bestia feroz ó un camello cansado, echaba por la boca espuma de baba y de sangre y se mordía los dedos con desesperación. Pero no fué aquél todo su castigo, porque aún le quedaba morir. ¡Lo cual no había de tardar!

En efecto, á la hora de mediodía, los cuarenta ladrones regresaron á su caverna, como acostumbraban hacer á diario...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 855.^a NOCHE*

Ella dijo:

...En efecto, á la hora de mediodía, los cuarenta ladrones regresaron á su caverna, como acostumbraban hacer á diario. Y he aquí que vieron atados á los árboles los diez mulos cargados con grandes cofres. Y al punto, á una seña de su jefe, desenvainaron sus terribles armas y lanzaron á toda brida sus caballos hacia la entrada de la caverna. Y echaron pie á tierra y comenzaron á dar vueltas en torno de la roca, para dar con el hombre á quien podían pertenecer los mulos. Pero como con sus pesquisas no conseguían nada, el jefe se decidió á pe-

netrar en la caverna. Alzó, pues, su sable hacia la puerta invisible, pronunciando la fórmula, y la roca se partió en dos mitades, que giraron en sentido inverso.

Y he aquí que el encerrado Kassim, que había oído á los caballos y las exclamaciones de sorpresa y de cólera de los bandoleros ladrones, no dudó de su perdición irremisible. Sin embargo, como le era cara su alma, quiso intentar ponerla á salvo. Y se acurrucó en un rincón, dispuesto á lanzarse fuera en cuanto pudiese. Así es que en cuanto se hubo pronunciado la palabra «sésamo» y él la hubo oído, maldiciendo de su flaca memoria, y en cuanto vió practicarse la abertura, se lanzó fuera como un carnero, cabizbajo, y lo hizo tan violentamente y con tan poco discernimiento, que tropezó con el propio jefe de los cuarenta, el cual se cayó al suelo cuan largo era. Pero en su caída, el terrible gigante arrastró consigo á Kassim, y le echó una mano á la boca y otra al vientre. Y en el mismo momento, los demás bandoleros, que iban en socorro de su jefe, cogieron todo lo que pudieron coger del agresor, del violador, y cortaron con sus sables todo lo que cogieron. Y así es como, en menos de un abrir y cerrar de ojos, Kassim fué mutilado de piernas, brazos, cabeza y tronco, y expiró su alma antes de consultarse. Porque tal era su destino. Y esto es lo referente á él.

En cuanto á los ladrones, no bien hubieron limpiado sus sables entraron en su caverna, y encon-

traron alineados junto á la puerta los sacos que había preparado Kassim. Y se apresuraron á vaciarlos en donde se habían llenado, y no advirtieron la cantidad que faltaba y que se había llevado Alí Babá. Luego sentáronse en corro para celebrar consejo, y deliberaron ampliamente acerca del acontecimiento. Pero, ignorantes como estaban de haber sido espiados por Alí Babá, no pudieron llegar á comprender cómo había logrado alguien introducirse en su morada, y desistieron de reflexionar más tiempo acerca de una cosa que no tenía solución. Y después de descargar sus nuevas adquisiciones y tomar algún reposo, prefirieron abandonar su caverna y montar de nuevo á caballo para salir á los caminos y asaltar á las caravanas. Porque eran hombres activos que no gustaban de discursos largos ni de palabras. Pero ya volveremos á encontrarlos cuando llegue el momento.

Proseguiremos el relato con orden. ¡Y vamos, por lo pronto, con la esposa de Kassim! ¡Ah! ¡la maldita fué causa de la muerte de su marido, quien, por otra parte, se tenía bien merecido su fin! Porque la perfidia de aquella mujer inventora de la estratagema del sebo adherente había sido el punto de partida del degollamiento final. Así es que, sin dudar de que en seguida estaría él de regreso, había preparado ella una comida especial para regalarle. Pero cuando vió que llegó la noche y que no llegaba Kassim, ni la sombra de Kassim, ni el olor de Kassim, se alarmó en extremo, no por-

que le amase de un modo desmedido, sino porque le era necesario para su vida y para su codicia. Por tanto, cuando su inquietud llegó á los últimos límites, se decidió á ir en busca de Ali Babá, ella, que jamás hasta entonces había querido condescender á franquear el umbral de la casa del otro. ¡Hija de zorra! Entró con el semblante demudado, y dijo á Ali Babá: «La zalema sobre ti, ¡oh hermano preferido de mi esposo! Los hermanos se debèn á los hermanos, y los amigos á los amigos. Así, pues, vengo á rogarte que me tranquilices acerca de la suerte que haya podido correr tu hermano, quien ha ido á la selva, como sabes, y á pesar de lo avanzado de la noche todavía no está de regreso. ¡Por Alah sobre ti, ¡oh rostro de bendición! apresúrate á ir á ver qué le ha sucedido en esa selva!»

Y Ali Babá, que estaba notoriamente dotado de un alma compasiva, compartió la alarma de la esposa de Kassim, y le dijo: «¡Que Alah aleje las desgracias de la cabeza de tu esposo, hermana mía! ¡Ah! ¡si Kassim hubiese querido escuchar mi consejo fraternal, me habría llevado consigo de guía! Pero no te inquietes con exceso por su tardanza, pues, sin duda, le habrá parecido conveniente, para no llamar la atención de los transeuntes, no entrar en la ciudad hasta bien avanzada la noche.»

Aquello era verosímil, aun cuando, en realidad, Kassim no fuese ya Kassim, sino seis trozos de Kassim, dos brazos, dos piernas, un tronco y una

cabeza, que dejaron los ladrones dentro de la galería, detrás de la puerta rocosa, á fin de que espantasen con su vista y repeliesen con su hedor á cualquiera que tuviese la audacia de franquear el umbral prohibido.

Así, pues, Ali Babá tranquilizó como pudo á la mujer de su hermano, y le hizo comprender que de nada servirían las pesquisas en la noche negra. Y la invitó á pasar la noche con ellos con toda cordialidad. Y la esposa de Ali Babá la hizo acostarse en su propio lecho, mientras Ali Babá le aseguraba que por la aurora iría á la selva.

Y en efecto, á los primeros resplandores del alba el excelente Ali Babá ya estaba en el patio de su casa con sus tres asnos. Y partió con ellos sin tardanza, después de recomendar á la esposa de Kassim que moderara su aflicción y á su propia esposa que la cuidase y no la dejase carecer de nada.

Al acercarse á la roca, Ali Babá se vió obligado á declararse, no viendo los mulos de Kassim, que había debido pasar algo, tanto más cuanto que ni por asomo los había visto en la selva. Y aumentó su inquietud al ver manchado de sangre el suelo junto á la roca. Así es que, no sin gran emoción, pronunció las dos palabras mágicas que abrían, y entró en la caverna.

Y el espectáculo de los seis fragmentos de Kassim espantó sus miradas é hizo temblar sus rodillas. Y estuvo á punto de caerse desmayado en el

suelo. Pero los sentimientos fraternales le hicieron sobreponerse á su emoción, y no vaciló en hacer todo lo posible por cumplir los últimos deberes para con su hermano, que era musulmán al fin y al cabo, é hijo del mismo padre y de la misma madre. Y se apresuró á coger en la caverna dos sacos grandes, en los cuales metió los seis despojos de su hermano, el tronco en uno y la cabeza con los cuatro miembros en el otro. Y con ello hizo una carga para uno de sus asnos, cubriéndola cuidadosamente de leña y de ramaje. Luego se dijo que, ya que estaba allí, más valía aprovechar la ocasión para coger algunos sacos de oro, con objeto de que no se fuesen de vacío los asnos. Cargó, pues, á los otros dos asnos con sacos llenos de oro, poniendo leña y hojas por encima, como la vez primera. Y después de mandar que se cerrase á la puerta rocosa, emprendió el camino de la ciudad, deplorando en el alma el triste fin de su hermano.

En cuanto hubo llegado al patio de su casa, Ali Babá llamó á la esclava Luz Nocturna para que le ayudara á descargar á los asnos. La esclava Luz Nocturna era una joven que Ali Babá y su esposa habían recogido de niña y educado con los mismos cuidados y la misma solicitud que si hubiesen sido sus propios padres. Y había crecido en casa de ellos, ayudando á su madre adoptiva en las faenas caseras y haciendo el trabajo de diez personas. Además, era agradable, dulce, diestra, entendida y fecunda en invenciones para resolver las cues-

tionen más arduas y lograr éxito en las cosas más difíciles.

Así es que, en cuanto bajó ella, empezó por besar la mano de su padre adoptivo y le deseó la bienvenida, como tenía costumbre de hacer cada vez que entraba él en la casa. Y Ali Babá le dijo: «¡Oh Luz Nocturna! ¡hoy es el día en que me vas á dar prueba de tu listeza, de tu abnegación y de tu discreción!» Y le contó el fin funesto de su hermano, y añadió: «Y ahora ahí le tienes, hecho seis pedazos, en el tercer asno. Y es preciso que, mientras yo subo á anunciar la fúnebre noticia á su pobre viuda, pienses en el medio de que nos valdremos para hacerle enterrar como si hubiera muerto de muerte natural, sin que nadie pueda sospechar la verdad.» Y ella contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y Ali Babá, dejándola reflexionar acerca de la situación, subió á ver á la viuda de Kassim.

Y he aquí que llevaba él una cara tan compungida, que, al verle entrar, la esposa de Kassim empezó á lanzar chillidos á más no poder. Y se dispuso á desollarse las mejillas, á mesarse los cabellos y á desgarrarse las vestiduras. Pero Ali Babá supo contarle el suceso con tanto miramiento, que consiguió evitar los gritos y lamentos, que hubiesen atraído á los vecinos y provocado un trastorno en el barrio. Y sin darle tiempo para saber si debía chillar ó si no debía chillar, añadió: «Alah es generoso, y me ha otorgado más riqueza de la que necesito. Por tanto, si dentro de la desgracia sin reme-

dio que te aflige hay alguna cosa que pueda consolarte, yo te ofrezco juntar los bienes que Alah me ha enviado con los que te pertenecen y hacer que en adelante entres en mi casa en calidad de segunda esposa. Y así tendrás en la madre de mis hijos una hermana amante y atenta. Y todos viviremos juntos con tranquilidad, hablando de las virtudes del difunto.» Y tras de hablar así, se calló Alí Babá, esperando la respuesta. Y Alah iluminó en aquel momento el corazón de la que antaño fué objeto de un trato de alcahuetería y lo desembarazó de sus taras. ¡Porque es el Todopoderoso! Y comprendió ella la bondad de Alí Babá y la generosidad de su oferta, y consintió en ser su segunda esposa. Y á consecuencia de su matrimonio con aquel hombre bendito, se tornó en una mujer de bien. Y esto es lo referente á ella.

En cuanto á Alí Babá, que por aquel medio logró impedir los gritos penetrantes y la divulgación del secreto, dejó á su nueva esposa entre las manos de su antigua esposa, y bajó á reunirse con la joven Luz Nocturna.

Y se encontró con que volvía ella de la calle. Porque Luz Nocturna no había perdido el tiempo, y ya había combinado toda una norma de conducta para circunstancia tan difícil. En efecto, había ido á la tienda del mercader de drogas que habitaba enfrente y le había pedido cierta especie de triaca específica para curar las enfermedades mortales. Y el mercader le había dado aquella triaca por el

dinero que ella le presentó, pero no sin haberle preguntado de antemano quién estaba enfermo en casa de su amo. Y Luz Nocturna había contestado suspirando: «¡Oh, qué calamidad la nuestra! El mal rojo aqueja al hermano de mi amo Alí Babá, que ha sido transportado á nuestra casa para que esté mejor cuidado. ¡Pero nadie entiende nada de su enfermedad! ¡Está inmóvil, con cara de azafrán; está mudo, está ciego, y está sordo! ¡Ojalá esta triaca ¡oh jeque! le saque de un trance tan malo!» Y tras de hablar así, se había llevado la triaca consabida, de la que, en realidad, ya no podía hacer uso Kassim, y había ido á reunirse con su amo Alí Babá...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 856.^a NOCHE*

Ella dijo:

...se había llevado la triaca consabida, de la que, en realidad, ya no podía hacer uso Kassim, y había ido á reunirse con su amo Alí Babá. Y en pocas palabras le puso al corriente de lo que pensaba hacer. Y él aprobó su plan, y le manifestó cuánta admiración sentía por su ingeniosidad.

En efecto, al día siguiente, la diligente Luz Nocturna fué á casa del mismo mercader de drogas, y con el rostro bañado en lágrimas y con muchos suspiros é hipos que entrecortaban los suspiros, le pidió cierto electuario que por lo general no se da mas que á los moribundos sin esperanza. Y se marchó diciendo: «¡Ay de nosotros! ¡si no surte efecto este remedio, todo se ha perdido!» Y al mismo tiempo tuvo cuidado de poner á todas las gentes del barrio al corriente del supuesto caso desesperado de Kassim, hermano de Alí Babá.

Así es que, cuando al día siguiente por el alba las gentes del barrio se despertaron sobresaltadas por gritos penetrantes y lamentables, no dudaron de que aquellos gritos los daban la esposa de Kassim, la esposa del hermano de Kassim, la joven Luz Nocturna y todas las mujeres de la familia para anunciar la muerte de Kassim.

Entretanto, Luz Nocturna continuaba poniendo en ejecución su plan.

En efecto, ella se había dicho: «¡Hija mia, no consiste todo en hacer pasar una muerte violenta por una muerte natural; se trata de conjurar un peligro mayor! ¡Y estriba en no dejar que la gente advierta que el difunto está cortado en seis pedazos! ¡Sin lo cual no quedará el jarro sin alguna raja!»

Y corrió sin tardanza á casa de un viejo zapatero remendón del barrio, que no la conocía, y mientras le deseaba la zalema le puso en la mano un

dinar de oro, y le dijo: «¡Oh jeque Mustafá, tu mano nos es necesaria hoy!» Y el viejo zapatero remendón, que era un buen hombre, lleno de simpatía y de alegría, contestó: «¡Oh jornada bendita por tu blanca llegada! ¡oh rostro de luna! ¡Habla, ¡oh mi señora! y te contestaré por encima de mi cabeza y de mis ojos!» Y Luz Nocturna dijo: «¡Oh tío mío Mustafá! Deseo sencillamente que te levantes y vengas conmigo. ¡Pero antes, si te parece, coge cuanto necesites para coser cuero!» Y cuando hubo hecho él lo que ella le pedía, cogió ella una venda y le vendó de pronto los ojos, diciéndole: «¡Es condición necesaria esto! ¡Sin ella no hay nada de lo dicho!» Pero él se puso á gritar, diciendo: «¿Vas á hacerme renegar, por un dinar, de la fe de mis padres, ¡oh joven! ó á obligarme á cometer algún latrocinio ó crimen extraordinario?» Pero ella le dijo: «¡Alejado sea el Maligno, ¡oh jeque! ¡Ten la conciencia tranquila! ¡No temas nada de eso, pues solamente se trata de una pequeña labor de costura!» Y así diciendo, le deslizó en la mano una segunda moneda de oro, que le decidió á seguirla.

Y Luz Nocturna le cogió de la mano y le llevó, con los ojos vendados, á la bodega de la casa de Alí Babá. Y allí le quitó la venda, y mostrándole el cuerpo del difunto, que habia reconstituido poniendo los pedazos en su sitio respectivo, le dijo: «¡Ya ves que es para hacerte que cosas los seis despojos que aquí tienes por lo que me he tomado la

pena de conducirte de la mano!» Y como el jeque retrocediera asustado, la avisada Luz Nocturna le deslizó en la mano una nueva moneda de oro y le prometió otra más si el trabajo se hacía con rapidez. Lo cual decidió al zapatero remendón á poner manos á la obra. Y cuando hubo acabado, Luz Nocturna le vendó de nuevo los ojos, y tras de darle la recompensa prometida, le hizo salir de la bodega y le condujo hasta la puerta de su tienda, donde le dejó después de devolverle la vista. Y se apresuró á regresar á casa, volviéndose de cuando en cuando para ver si la observaba el zapatero remendón.

Y en cuanto llegó lavó el cuerpo reconstituido de Kassim, lo perfumó con incienso y lo roció con aguas aromáticas, y ayudada por Alí Babá, lo envolvió en el sudario. Tras de lo cual, á fin de que no pudiesen sospechar de nada los hombres que llevaban las angarillas encargadas, fué á hacerse cargo ella misma de las tales angarillas, y las pagó liberalmente. Luego, ayudada siempre por Alí Babá, puso el cuerpo en la madera mortuoria y lo cubrió todo con cendales y telas compradas para la circunstancia.

Mientras tanto, llegaron el imam y los demás dignatarios de la mezquita; y se cargaron á hombros las angarillas cuatro de los vecinos que acudieron. Y el imam se puso á la cabeza del cortejo, seguido por los lectores del Corán. Y detrás de los portadores echó á andar Luz Nocturna, arrasada en llanto, lanzando gritos lamentables, golpeándose el

pecho con mucha fuerza y mesándose los cabellos, en tanto que Ali Babá cerraba la marcha, acompañado de los vecinos, que se separaban por turno, de vez en vez, para sustituir y dar descanso á los otros portadores, y así hasta que llegaron al cementerio, mientras en la casa de Ali Babá las mujeres que acudieron á la ceremonia fúnebre mezclaban sus lamentos y llenaban de gritos espantosos todo el barrio. Y de tal suerte, la verdad de aquella muerte quedó cuidadosamente al abrigo de toda divulgación, sin que nadie pudiese tener la menor sospecha con respecto á la funesta aventura. Y esto es lo referente á todos ellos.

En cuanto á los cuarenta ladrones, que, á causa de la putrefacción de los seis fragmentos de Kassim abandonados en la caverna, se habían abstenido de volver durante un mes á su retiro, al regresar á la caverna llegaron al límite del asombro por no encontrar ni despojos de Kassim, ni putrefacción de Kassim, ni nada que de cerca ó de lejos se pareciese á semejante cosa. Y aquella vez reflexionaron seriamente acerca de la situación, y el jefe de los cuarenta dijo: «¡Oh hombres! Estamos descubiertos, y ya no hay que dudar de ello, y se conoce nuestro secreto. Y si no intentamos poner un pronto remedio, todas las riquezas que nuestros antecesores y nosotros hemos amontonado con tantos trabajos como fatigas nos serán arrebatadas en seguida por el cómplice del ladrón á quien hemos castigado. Es preciso, pues, que, sin pérdida de tiempo,

tras de haber hecho perecer al uno hagamos perecer al otro. Sentado esto, no queda mas que un medio de lograr nuestro propósito, y es que alguno que sea tan audaz como listo vaya á la ciudad disfrazado de derviche extranjero, ponga en juego todos sus recursos para descubrir si se habla del individuo á quien hemos cortado en seis pedazos, y averigüe en qué casa vivía ese hombre. Pero todas esas pesquisas deberán hacerse con la mayor cautela, porque una palabra escapada podrá comprometer el asunto y perdernos sin remedio. ¡Así es que estimo que quien asuma esa tarea debe comprometerse á sufrir pena de muerte si da prueba de ligereza en el cumplimiento de su misión!» Y al punto exclamó uno de los ladrones: «¡Yo me ofrezco para la empresa y acepto las condiciones!» Y el jefe y los camaradas le felicitaron y le colmaron de elogios. Y se marchó disfrazado de derviche.

Y he aquí que entró en la ciudad cuando todas las casas y tiendas estaban cerradas todavía á causa de la hora temprana, excepto la tienda del jeque Mustafá, el zapatero remendón. Y el jeque Mustafá, con la lezna en la mano, se dedicaba á confeccionar una babucha de cuero azafranado. Y alzó los ojos y vió al derviche, que le miraba trabajar, admirándole, y que se apresuró á desearle la zalema. Y el jeque Mustafá le devolvió su zalema, y el derviche se maravilló de verle, á su edad, con tan buenos ojos y con los dedos tan expertos. Y el viejo, muy halagado, se pavoneó y contestó: «¡Por Alah,

¡oh derviche! que todavía puedo enhebrar la aguja al primer intento, y hasta puedo coser las seis partes de un muerto en el fondo de una bodega sin luz!» Y el derviche ladrón, al oír estas palabras, creyó volverse loco de alegría, y bendijo su destino, que le conducía por el camino más corto al fin deseado. Así es que no dejó escapar la ocasión, y fingiendo asombro, exclamó: «¡Oh rostro de bendición! ¿Las seis partes de un muerto? ¿Qué quieres decir con esas palabras? ¿Acaso en este país tienen costumbre de cortar á los muertos en seis partes y de coserlos luego? ¿Y hacen eso para ver qué tienen dentro?» Y á estas palabras el jeque Mustafá se echó á reír, y contestó: «¡No, por Alah! Aquí no hay esa costumbre. ¡Pero yo sé lo que sé, y lo que yo sé no lo sabrá nadie! ¡Para ello tengo varias razones, cada una más seria que las otras! ¡Y además, se me ha acortado la lengua esta mañana y no obedece á mi memoria!» Y el derviche ladrón se echó á reír á su vez, tanto á causa de la manera que tenía de pronunciar sus sentencias el jeque zapatero remendón, como para atraerse al buen hombre. Luego, simulando que le estrechaba la mano, le deslizó en ella una moneda de oro, y añadió: «¡Oh hijo de hombres elocuentes! ¡oh tío! Alah me guarde de querer mezclarme en lo que no me incumbe. Pero si en calidad de extranjero que quiere ilustrarse pudiera dirigirte un ruego, sería el de que me hicieras el favor de decirme dónde se encuentra la casa en cuya bodega estaban las seis partes del

muerto que remendaste.» Y el viejo zapatero remendón contestó: «¿Y cómo voy á hacerlo, ¡oh jefe de los derviches! si ni yo mismo conozco esa casa? Has de saber, en efecto, que he sido conducido con los ojos vendados por una joven hechicera que ha hecho marchar las cosas con una celeridad sin par. Claro es, sin embargo, hijo mío, que, si me vendaran los ojos de nuevo, quizá pudiera encontrar la casa guiándome por ciertas observaciones que hice al paso y palpando todo en mi camino. Porque debes saber ¡oh sabio derviche! que el hombre ve con sus dedos tanto como con sus ojos, sobre todo si no tiene la piel tan dura como el lomo del cocodrilo. Y por mi parte, sé decir que entre los clientes cuyos honorables pies calzo tengo varios ciegos más clarividentes, merced al ojo que tienen en la punta de cada dedo, que el maldito barbero que me afeita la cabeza todos los viernes, acuchillándome el cuero atrocemente. ¡Que Alah se lo haga expiar!...)...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 857.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Y por mi parte, sé decir que entre los clientes cuyos honorables pies calzo tengo varios ciegos más clarividentes, merced al ojo que tienen en la punta de cada dedo, que el maldito barbero que me afeita la cabeza todos los viernes, acuchillándome el cuero atrozmente. (¡Que Alah se lo haga expiar!)» Y el derviche ladrón exclamó: «¡Bendito sea el seno que te ha lactado, y ojalá puedas por mucho tiempo todavía enhebrar la aguja y calzar pies honorables, ¡oh jeque de buen augurio! ¡En verdad que no anhele otra cosa que someterme á tus indicaciones, con objeto de que procures buscar la casa en cuya bodega pasan cosas tan prodigiosas!» Entonces el jeque Mustafá se decidió á levantarse, y el derviche le vendó los ojos y le llevó de la mano por la calle, y marchó á su lado, conduciéndole unas veces y guiado por él otras, á tientas, hasta la misma casa de Ali Babá. Y dijo el jeque Mustafá: «Es aquí, sin duda, y no en otra parte. ¡Conozco la casa por el olor á estiércol de asno que se exhala de ella y por este poyo con que tropecé la vez primera!» Y el ladrón, en el límite de la alegría, antes de quitar la venda al zapatero remendón se apre-

suró á hacer en la puerta de la casa una señal con un trozo de tiza que llevaba consigo. Luego devolvió la vista á su acompañante, le gratificó con una nueva moneda de oro, y le despidió después de darle las gracias y de prometerle que no dejaría de comprar babuchas en su casa durante el resto de sus días. Y se apresuró á emprender otra vez el camino de la selva para anunciar al jefe de los cuarenta su descubrimiento. Pero no sabía que corría derecho á hacer saltar de sus hombros su cabeza, como se va á ver.

En efecto, cuando la diligente Luz Nocturna salió para ir á la compra, notó en la puerta, al regresar del zoco, la señal blanca que había hecho el derviche ladrón. Y la examinó atentamente, y pensó para su alma escrupulosa: «Esta señal no se ha hecho sola en la puerta. Y la mano que la ha hecho no puede ser mas que una mano enemiga. ¡Hay que conjurar, pues, los maleficios, parando el golpe!» Y corrió á buscar un trozo de tiza, y puso la misma señal, y en el mismo sitio exactamente, en las puertas de todas las casas de la calle, á derecha y á izquierda. Y cada vez que marcaba una señal decía mentalmente, dirigiéndose al autor de la señal primera: «¡Mis cinco dedos en tu ojo izquierdo y mis otros cinco dedos en tu ojo derecho!» Porque sabía que no había fórmula más poderosa para conjurar las fuerzas invisibles, evitar los maleficios y hacer recaer sobre la cabeza del maleficiador las calamidades perpetradas ó inminentes.

Así es que, al día siguiente, cuando los ladrones, informados por su camarada, entraron de dos en dos en la ciudad para invadir la casa marcada con el signo, se encontraron en el límite de la perplejidad y del embarazo al observar que todas las puertas de las casas del barrio tenían la misma marca exactamente. Y á una señal de su jefe se apresuraron á regresar á su caverna de la selva para no llamar la atención de los transeúntes. Y cuando de nuevo estuvieron juntos, arrastraron al centro del círculo que formaban al ladrón guía que tan mal había tomado sus precauciones, le condenaron á muerte acto seguido, y á una señal dada por su jefe le cortaron la cabeza.

Pero como la venganza que había que tomar del principal autor de todo aquello se hacía más urgente que nunca, un segundo ladrón se ofreció para ir á informarse. Y admitida por el jefe su pretensión, entró en la ciudad, se puso al habla con el jeque Mustafá, se hizo conducir ante la casa que presumían era la casa de los seis despojos cosidos, é hizo una señal roja sobre la puerta en un sitio poco visible. Luego regresó á la caverna. Pero no sabía que cuando una cabeza está marcada para el salto fatal no puede por menos de dar ese mismo salto y no otro.

• En efecto, cuando los ladrones, guiados por su camarada, llegaron á la calle de Alí Babá, se encontraron con que todas las puertas estaban señaladas con el signo rojo, exactamente en el mismo

sitio. Porque la astuta Luz Nocturna, sospechándose algo, había tomado sus precauciones, como la vez primera. Y al regreso á la caverna, la cabeza del guía tuvo que sufrir la misma suerte que la de su predecesor. Pero aquello no contribuyó á hacer luz en el asunto para los ladrones, y sólo sirvió para rebajar de la partida á los dos jayanes más valerosos.

Así es que, cuando el jefe hubo reflexionado durante un buen rato acerca de la situación, levantó la cabeza y se dijo: «¡En adelante no me fiaré mas que de mí mismo!» Y completamente solo partió para la ciudad.

Y he aquí que no obró como los otros. Porque, cuando se hizo indicar la casa de Alí Babá por el jeque Mustafá, no perdió el tiempo en marcar la puerta con tiza roja, blanca ó azul, sino que se estuvo contemplándola atentamente para fijar bien en la memoria su emplazamiento, ya que por fuera tenía la misma apariencia que todas las casas vecinas. Y una vez terminado su examen volvió á la selva, congregó á los treinta y siete ladrones supervivientes, y les dijo: «Ya está descubierto el autor del daño que se nos ha causado, pues bien conozco ahora su casa. ¡Y por Alah que su castigo será un castigo terrible! En cuanto á vosotros, valientes míos, apresuraos á traerme aquí treinta y ocho tinajas grandes de barro cocido, barnizado por dentro, de cuello ancho y de vientre redondo. Y han de estar vacías las treinta y ocho tinajas, excep-

ción de una sola, que llenaréis con aceite de oliva. Y cuidado de que no tengan ninguna raja. Y volved sin demora.» Y los ladrones, acostumbrados á ejecutar sin discutir las órdenes de su jefe, contestaron con el oído y la obediencia, y se apresuraron á ir á procurarse en el zoco de los cacharrereros las treinta y ocho tinajas consabidas, y á llevárselas á su jefe de dos en dos sobre sus caballos.

Entonces el jefe de los ladrones dijo á sus hombres: «¡Quitaos vuestras ropas y que cada uno de vosotros se meta en una tinaja, sin conservar consigo mas que sus armas, su turbante y sus babuchas!» Y los treinta y siete ladrones, sin decir una palabra, subieron de dos en dos á lomos de los caballos que llevaban las tinajas. Y como cada caballo llevaba dos tinajas, una á la derecha y otra á la izquierda, cada ladrón se deslizó en una tinaja, desapareciendo por completo. Y de tal suerte se encontraron replegados sobre sí mismos, en las tinajas, las pantorrillas tocando con las nalgas y las rodillas á la altura del mentón, como deben estar los polluelos en el huevo al vigésimoprimer día. Y así instalados, sostenían una cimitarra en una mano y una estaca en la otra mano, con las babuchas cuidadosamente guardadas debajo del trasero. Y el trigésimoséptimo ladrón hacía pareja y contrapeso á la única tinaja llena de aceite.

Cuando los ladrones acabaron de colocarse dentro de las tinajas en la posición menos incómoda, avanzó el jefe, les examinó á uno tras de otro y

tapó las bocas de las tinajas con fibras de palmera, de modo que ocultase el contenido al mismo tiempo que permitiese á sus hombres respirar libremente. Y para que no pudiese asaltar al espíritu de los transeuntes ninguna duda acerca del contenido, tomó aceite de la tinaja que estaba llena y frotó con él cuidadosamente las paredes exteriores de las tinajas nuevas. Y así dispuesto todo, el jefe de los ladrones se disfrazó de mercader de aceite, y guiando hacia la ciudad á los caballos portadores de la mercancía improvisada, actuó de conductor de aquella caravana.

Y he aquí que Alah le escribió la seguridad, y llegó sin contratiempo, por la tarde, á casa de Ali Babá. Y como si todas las cosas estuviesen dispuestas á favorecerle, no tuvo que tomarse el trabajo de llamar á la puerta para ejecutar el propósito que le llevaba, pues en el umbral estaba sentado Ali Babá en persona, que tomaba el fresco tranquilamente antes de la plegaria de la tarde...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 858.^a NOCHE*

Ella dijo:

...pues en el umbral estaba sentado Ali Babá en persona, que tomaba el fresco tranquilamente antes de la plegaria de la tarde. Y el jefe de los ladrones se apresuró á parar los caballos, avanzó entre las manos de Ali Babá, y le dijo, después de las zalemas y cumplimientos: «¡Oh mi señor! Tu esclavo es mercader de aceite y no sabe dónde ir á alojarse por esta noche en una ciudad en que no conoce á nadie. ¡Espera, pues, de tu generosidad que le concedas hasta mañana por la mañana hospitalidad, por Alah, á él y á sus bestias, en el patio de tu casa!»

Al escuchar esta petición, Ali Babá se acordó de la época en que era pobre y sufría la inclemencia del tiempo, y al punto se le ablandó el corazón. Y lejos de reconocer al jefe de los ladrones, á quien tiempo atrás había visto y oído en la selva, se levantó en honor suyo y le contestó: «¡Oh mercader de aceite, hermano mío, que la morada te proporcione descanso, y ojalá encuentres en ella comodidad y familia! ¡Bien venido seas!» Y así diciendo, le cogió de la mano y le introdujo en el patio

con sus caballos. Y llamó á Luz Nocturna y á otro esclavo, y les dió orden de ayudar al huésped de Alah á descargar las tinajas y dar de comer á los animales. Y cuando pusieron en fila por orden las tinajas en el fondo del patio y los caballos quedaron atados á lo largo del muro, con un saco lleno de cebada y avena al cuello cada uno, Alí Babá, siempre lleno de cortesía y amabilidad, volvió á coger de la mano á su huésped y le condujo al interior de su casa, donde le hizo sentarse en el sitio de honor, y se sentó á su lado para tomar la comida de la noche. Y cuando ambos hubieron comido y bebido y dado gracias á Alah por sus favores, Alí Babá no quiso molestar á su huésped, y se retiró, diciéndole: «¡Oh mi señor! La casa es tu casa, y lo que hay en la casa te pertenece.»

Y he aquí que, cuando ya se marchaba, el mercader de aceite, que era el jefe de los ladrones, le llamó, diciéndole: «Por Alah sobre ti, ¡oh huésped mío! enséñame el lugar de tu honorable casa donde me sea posible dar reposo al interior de mis intestinos, y también mear.» Y Alí Babá, enseñándole el gabinete de los desahogos, situado precisamente en un rincón de la casa, muy cerca del sitio en que estaban alineadas las tinajas, contestó: «¡Ahí está!» Y se apresuró á esquivarse para no entorpecer las funciones digestivas del mercader de aceite.

Y el jefe de los ladrones no dejó de hacer, en efecto, lo que tenía que hacer. No obstante, cuando hubo concluido, se acercó á las tinajas y se inclinó

sobre cada una de ellas, diciendo en voz baja: «¡Oh compañero! ¡en cuanto oigas resonar la tinaja en que estás al chinarrazo que la lanzaré desde el sitio en que me alojo, no dejes de salir y de venir á mí!» Y dando así á su gente orden de lo que tenía que hacer, volvió á la casa. Y Luz Nocturna, que le esperaba á la puerta de la cocina con una linterna de aceite en la mano, le condujo al aposento que le había preparado, y se retiró. Y para estar bien dispuesto á la hora de ejecutar su proyecto, apresuróse él á tumbarse en la cama en que pensaba dormir hasta medianoche. Y no tardó en roncar como un caldero de lavanderas.

Y entonces sucedió lo que tenía que suceder.

En efecto, estando Luz Nocturna en su cocina, dedicada á preparar los platos y las cacerolas, se apagó de pronto la lámpara, falta de aceite. Y he aquí que precisamente se había agotado la provisión de aceite de la casa, y Luz Nocturna, que se había olvidado de procurarse otra por el día, se desoló mucho con aquel contratiempo, y llamó á Abdalah, el nuevo esclavo de Ali Babá, á quien participó su contrariedad y su apuro. Pero Abdalah le dijo, echándose á reír: «Por Alah sobre ti, ¡oh hermana mía Luz Nocturna! ¿cómo puedes decir que carecemos de aceite en casa, cuando en el patio hay en este momento, alineadas contra el muro, treinta y ocho tinajas llenas de aceite de oliva, que, á juzgar por el olor de los recipientes que lo contienen, debe ser de calidad suprema? ¡Ah!

¡hermana mía, esta noche no reconocen mis ojos á la diligente, á la entendida, á la llena de recursos Luz Nocturna!» Luego añadió: «¡Voy otra vez á dormir, hermana mía, que mañana tengo que levantarme con el alba, á fin de acompañar al hammam á nuestro amo Alí Babá!» Y la dejó para irse á roncar como un búfalo de los pantanos cerca de la habitación en que dormía el mercader de aceite.

Entonces Luz Nocturna, un poco confusa por las palabras de Abdalah, cogió el cacharro del aceite y fué al patio para llenarlo en una de las tinajas. Y se acercó á la primera tinaja, la destapó, y metió el cacharro por la boca. Y—¡oh trastorno de las entrañas! ¡oh dilatación de los ojos! ¡oh garganta oprimida!—el cacharro, en vez de sumergirse en el aceite, dió con violencia en una cosa resistente. Y aquella cosa se movió, y salió de ella una voz que dijo: «¡Por Alah, que la china que ha tirado es lo menos una roca! ¡Vamos, ha llegado el momento!» Y sacudió la cabeza y se contrajo para salir de la tinaja.

¡Eso fué todo! ¿Y qué criatura humana, al encontrar en una tinaja un ser vivo en vez de encontrar aceite, no se hubiese imaginado que llegaba la hora fatal del Destino? Así es que la joven Luz Nocturna, muy asustada en el primer momento, no pudo por menos de pensar: «¡Muerta soy! ¡Y todo el mundo en casa puede tenerse ya por muerto sin remedio!» Pero he aquí que de improviso la violencia de su emoción le devolvió todo su valor y toda

su presencia de ánimo. Y en lugar de ponerse á dar gritos espantosos y á promover un escándalo, se inclinó sobre la boca de la tinaja, y dijo: «No, no, ¡oh valiente! ¡Tu amo duerme aún! ¡Espera á que se despierte!» Porque como Luz Nocturna era tan sagaz, lo había adivinado todo. Y para asegurarse de la gravedad de la situación, quiso inspeccionar todas las demás tinajas, aunque la tentativa no estaba exenta de peligro; y se fué aproximando á cada una, palpó la cabeza que salía en cuanto se levantaba la tapa, y dijo á cada cabeza: «¡Paciencia y hasta pronto!» Y de tal suerte contó treinta y siete cabezas de ladrones barbudos, y se encontró con que la trigésimaoctava tinaja era la única que estaba llena de aceite. Entonces llenó su cacharro con toda tranquilidad y corrió á encender su lámpara, para volver en seguida á poner en ejecución el proyecto de liberación que acababa de suscitar en su espíritu el peligro inminente.

Así, pues, una vez en el patio, encendió una gran lumbre debajo de la caldera que servía para la lejía, y por medio del cacharro llenó de aceite la caldera, vaciando en ella el contenido de la tinaja. Y como el fuego hacía mucha llama, el aceite no tardó en entrar en ebullición.

Entonces Luz Nocturna llenó de aquel aceite hirviendo el cubo mayor de la cuadra, se acercó á una de las tinajas, levantó la tapa, y de una vez vertió el líquido exterminador sobre la cabeza que salía. Y el bandido propietario de la cabeza quedó

irrevocablemente escaldado, y se tragó la muerte con un grito que no hubo de salir.

Y Luz Nocturna, con mano firme, hizo sufrir la misma suerte á todos los encerrados en las tinajas, que murieron asfixiados y hervidos, pues ningún hombre, aunque esté encerrado en siete tinajas, puede escapar al destino que lleva atado á su cuello.

Realizada su hazaña, Luz Nocturna apagó la lumbre de debajo de la caldera, volvió á tapar las tinajas con las tapas de fibras de palmera, y tornó á la cocina, en donde sopló la linterna, quedándose á oscuras, resuelta á vigilar la continuación de la cosa. Y de tal suerte apostada en acecho, no tuvo que esperar mucho.

En efecto, hacia medianoche, el mercader de aceite se despertó, fué á sacar la cabeza por la ventana que daba al patio, y no viendo luz en ninguna parte ni oyendo ningún ruido, supuso que toda la casa estaría durmiendo. Entonces, conforme había dicho á sus hombres, cogió unas chinitas que llevaba consigo y las tiró una tras otra á las tinajas. Y como tenía buena vista y buena puntería, acertó á dar en todas, deduciéndolo por el sonido producido en la tinaja al chinarrazo. Luego esperó, sin dudar de que iba á ver surgir á sus valientes blandiendo las armas. Pero no se movió nada. Entonces, imaginándose que se habrían dormido en sus tinajas, les tiró más chinas; pero no apareció ni una cabeza y no se produjo ni un movimiento. Y el

jefe de los ladrones se irritó extremadamente contra sus hombres, á quienes creía durmiendo; y bajó hacia ellos pensando: «¡Hijos de perros! ¡no sirven para nada!» Y se abalanzó á las tinajas; pero fué para retroceder, de tan espantoso como era el olor á aceite frito y á carne abrasada que se exhalaba de ellas. Sin embargo, se aproximó de nuevo á las tinajas, tocándolas con la mano, y notó que estaban tan calientes como un horno. Entonces recogió un tallo de paja, lo encendió y miró dentro de las tinajas. Y vió uno tras otro á sus hombres abrasados y humeantes, con cuerpos sin alma.

Al ver aquello, el jefe de los ladrones, comprendiendo de qué muerte tan atroz habían perecido sus treinta y siete compañeros, dió un salto prodigioso hasta el borde de la tapia del patio, saltó á la calle y echó á correr. Y desapareció y se sumergió en la noche, devorando á su paso la distancia...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 859.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y desapareció y se sumergió en la noche, devorando á su paso la distancia. Y llegado que fué á

su caverna, se perdió en negras reflexiones acerca de lo que tendría que hacer en adelante para vengar todo lo que había de vengar. Y por el momento, esto es lo referente á él.

En cuanto á Luz Nocturna, que acababa de salvar la casa de su amo y las vidas que en ella se albergaban, una vez que se hubo dado cuenta de que todo peligro estaba conjurado por la fuga del falso mercader de aceite, esperó tranquilamente á que despuntara el día para ir á despertar á su amo Ali Babá. Y cuando él estuvo vestido, creyendo que no se le había despertado tan temprano mas que para que fuese al hammam, Luz Nocturna le llevó ante las tinajas, y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡levanta la primera tapa y mira!» Y cuando hubo mirado, Ali Babá llegó al límite del espanto y del horror. Y Luz Nocturna se apresuró á contarle todo lo que había pasado, desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y también le contó la historia de las señales blancas y rojas en las puertas, de que no había juzgado conveniente hablarle. Pero, respecto á esta historia, tampoco hay utilidad en repetirla.

Cuando Ali Babá hubo oído el relato de su esclava Luz Nocturna lloró de emoción, y estrechando con ternura á la joven contra su corazón, le dijo: «¡Oh hija de bendición, bendito sea el vientre que te ha llevado! En verdad que el pan que comiste en nuestra morada no fué comido por la ingratitud. Eres hija mía é hija de la madre de mis hijos. ¡Y

en lo sucesivo estarás al frente de mi casa y serás la mayor de mis hijas!» Y continuó prodigándole frases amables y dándole muchas gracias por su valentía, su sagacidad y su abnegación.

Tras de lo cual, Ali Babá, ayudado por Luz Nocturna y por el esclavo Abdalah, procedió á enterrar á los ladrones, á quienes se decidió, después de reflexionar, á hacer desaparecer, cavando para ellos una fosa enorme en el jardín y metiéndolos allá revueltos, sin ninguna ceremonia, para no llamar la atención de los vecinos. Y así es como acabó de desembarazarse de aquella ralea maldita. ¡Qué bien hizo!

Y transcurrieron varios días entre alegrías y congratulaciones en casa de Ali Babá. Y no dejaban de contarse pormenores de aquella aventura prodigiosa, dando gracias á Alah por su liberación, y de hacer todos los comentarios consiguientes. Y Luz Nocturna estaba más mimada que nunca; y Ali Babá, con sus dos esposas y sus hijos, se ingeniaba por demostrarle su reconocimiento y su amistad.

Pero un día, el hijo mayor de Ali Babá, que estaba al frente de los negocios de compra y venta de la antigua tienda de Kassim, dijo á su padre al regresar del zoco: «¡Oh padre mío! No sé qué hacer para devolver á mi vecino, el mercader Hussein, todas las atenciones con que no cesa de abrumarme desde su reciente instalación en nuestro zoco. Ya va para cinco veces que he aceptado, sin co-

rresponder, el compartir su comida de mediodía. Así es que quisiera ¡oh padre! obsequiarle, aunque no sea mas que una sola vez, para indemnizarle con la suntuosidad del festín, en esa vez única, de todos los gastos que ha hecho en honor mío. ¡Porque convendrás conmigo en que no sería decoroso tardar más tiempo en devolverle las consideraciones que para mí tuvo!» Y Ali Babá contestó: «Sin duda ¡oh hijo mío! se trata del más usual de los deberes. Y debiste hacerme pensar en ello antes. Pero precisamente mañana es viernes, día de descanso, y te aprovecharás de esta circunstancia para invitar á hagg Hussein, tu vecino, á venir á compartir con nosotros el pan y la sal de la noche. Y si busca evasivas por discreción, no temas insistir y tráele á nuestra casa, donde creo hallará un agasajo no muy indigno de su generosidad.»

En efecto, al día siguiente, después de la plegaria, el hijo de Ali Babá invitó á hagg Hussein, el mercader recientemente establecido en el zoco, á acompañarle para dar un paseo. Y encaminó el paseo en compañía de su vecino precisamente por la parte del barrio en que estaba su morada. Y Ali Babá, que les esperaba en el umbral, avanzó hacia ellos con cara sonriente, y después de las zalemas y los deseos recíprocos, manifestó á hagg Hussein su gratitud por las atenciones prodigadas á su hijo, y le invitó, porfiándole mucho, á entrar á descansar en su casa y á compartir con él y con su hijo la comida de la noche. Y añadió: «Bien sé que, por

más que haga, no podré corresponder á tus bondades para con mi hijo. ¡Pero, en fin, creemos que aceptarás el pan y la sal de nuestra hospitalidad!» Pero hagg Hussein contestó: «Por Alah, ¡oh mi señor! tu hospitalidad sin duda es una hospitalidad generosa; pero ¿cómo voy á aceptarla, si desde mucho tiempo atrás tengo hecho juramento de no tocar jamás los alimentos que estén sazonados con sal y de no probar jamás este condimento?» Y Alí Babá contestó: «¡No te importe eso, ¡oh hagg bendito! pues no tendré mas que decir una palabra en la cocina, y se guisarán los manjares sin sal y sin nada que se le parezca!» Y tanto porfió al mercader, que le obligó á entrar en la casa. Y al punto corrió á prevenir á Luz Nocturna para que tuviese cuidado de no echar sal á los alimentos y preparase especialmente aquella noche los manjares y los rellenos y los pasteles sin ayuda de aquel condimento usual. Y Luz Nocturna, extremadamente sorprendida del horror que el nuevo huésped sentía por la sal, no supo á qué atribuir un gusto tan extraordinario, y se puso á reflexionar acerca de la cosa. Sin embargo, no dejó de avisar á la cocinera negra para que tuviese en cuenta la extraña orden de su amo Alí Babá.

Cuando estuvo dispuesta la comida, Luz Nocturna la sirvió en las bandejas y ayudó al esclavo Abdalah á llevarlas á la sala de reunión. Y como por naturaleza era curiosa, no dejó de echar de vez en cuando una ojeada al huésped á quien no le gus-

taba la sal. Y cuando se terminó la comida salió Luz Nocturna para dejar que Ali Babá charlase á sus anchas con el huésped invitado.

Pero al cabo de una hora la joven hizo de nuevo su entrada en la sala. Y con gran sorpresa de Ali Babá, iba vestida de danzarina, la frente diademada de cequíes de oro, el cuello adornado con un collar de granos de ámbar amarillo, el talle ceñido por un cinturón de mallas de oro, y llevaba pulseras con cascabeles de oro en las muñecas y en los tobillos. Y de su cinturón colgaba, como es costumbre en las danzarinas de profesión, el puñal con mango de jade y larga hoja calada y puntia-guda que sirve para mimar las figuras de la danza. Y sus ojos de gacela enamorada, ya tan grandes de por sí y con un brillo tan profundo, estaban duramente alargados con kohl negro hasta las sienes, lo mismo que sus cejas, dibujadas en arco amenazador. Y así ataviada y emperejilada, avanzó á pasos acompasados, muy derecha y con los senos enhiestos. Y detrás de ella entró el joven esclavo Abdalah, llevando en su mano izquierda, á la altura del rostro, una pandera con sonajas de metal, en la cual tocaba á compás, pero muy lentamente, ritmando los pasos de su compañera. Y cuando llegaron ante su amo, Luz Nocturna se inclinó graciosamente, y sin darle tiempo á reponerse de la sorpresa que le había producido aquella entrada inesperada, se encaró con el joven Abdalah y le hizo una ligera seña con los ojos. Y de repente se ace-

leró el ritmo de la pandera de un modo muy cadencioso, y Luz Nocturna, escurriéndose como un pájaro, bailó.

Y bailó todos los pasos, incansable, y esbozó todas las figuras como nunca lo hubiese hecho en los palacios de los reyes una danzarina de profesión. Y bailó como sólo quizá había bailado el pastor David ante Saúl negro de tristeza.

Y bailó la danza de los velos, y la del pañuelo, y la del bastón. Y bailó las danzas de las judías, y las de las griegas, y las de las etíopes, y las de las persas, y las de las beduínas, con una ligereza tan maravillosa, que, en verdad, sólo Balkis, la reina enamorada de Soleimán, las había podido bailar iguales.

Y cuando hubo bailado todo aquello, cuando el corazón de su amo, y el del hijo de su amo, y el del mercader invitado por su amo quedaron suspensos de sus pasos y los ojos quedaron fijos en la soltura de su cuerpo, esbozó la ondulante danza del puñal. En efecto, sacando de improviso el arma dorada de su vaina de plata, y muy conmovedora de gracia y de actitudes, al ritmo acelerado de la pandera surgió, con el puñal amenazador, combada, flexible, ardiente, ronca y salvaje, con ojos como relámpagos y sostenida por alas que no se veían. Y la amenaza del arma tan pronto se dirigía á un enemigo invisible del aire como volvía su punta hacia los hermosos senos de la joven exaltada. Y la concurrencia lanzó en aquel momento un prolongado grito

de horror al ver tan próximo á la punta mortal el corazón de la danzarina. Pero poco á poco se hizo más lento el ritmo de la pandera, y la cadencia amenguó y se atenuó hasta el silencio de la piel sonora. Y Luz Nocturna, con el pecho hinchado como una ola del mar, cesó de bailar.

Y se volvió hacia el esclavo Abdalah, quien, á una nueva seña, le tiró la pandera desde su sitio. Y ella la cogió al vuelo, y volviéndola del revés se sirvió de ella como de un platillo para tendérsela á los tres espectadores y solicitar su liberalidad, como es costumbre de almeas y danzarinas. Y Alí Babá, que, si bien un poco molesto por la acción inesperada de su servidora, se había dejado conquistar por tanto encanto y tanto arte, echó un dinar de oro en la pandera. Y Luz Nocturna le dió las gracias con una profunda reverencia y una sonrisa, y tendió la pandera al hijo de Alí Babá, que no fué menos generoso que su padre.

Entonces, con la pandera siempre en la mano izquierda, se la presentó al huésped á quien no le gustaba la sal. Y hagg Hussein sacó su bolsa, y ya se disponía á extraer de ella algún dinero para dárselo á la tan deseable danzarina, cuando de pronto, Luz Nocturna, que había retrocedido dos pasos, saltó hacia adelante como un gato montés y le sepultó en el corazón, hasta la empuñadura, el puñal que blandía en la mano derecha. Y hagg Hussein, con los ojos hundidos de repente en las órbitas, abrió la boca y la volvió á cerrar, lanzando apenas un sus-

piro; luego se desplomó sobre la alfombra, dando con la cabeza antes que con los pies, y convertido ya en cuerpo sin alma.

Y Ali Babá y su hijo, en el límite del espanto y de la indignación, se abalanzaron sobre Luz Nocturna, que, temblando de emoción, limpiaba con su chal de seda el puñal ensangrentado. Y como la creyeran presa de delirio y de locura, y la cogieran la mano para arrancarle el arma, ella les dijo con voz tranquila: «¡Oh amos míos! ¡loores á Alah, que ha armado el brazo de una débil muchacha para vengarse del jefe de vuestros enemigos! ¡Ved si este muerto no es el mercader de aceite, el propio capitán de los ladrones, con sus mismos ojos, el hombre que no quería probar la sal sagrada de la hospitalidad!» Y así diciendo, despojó de su manto al cuerpo yacente, é hizo ver bajo su larga barba y el disfraz con que se había embozado para la circunstancia al enemigo que juró destruirles.

Cuando Ali Babá hubo reconocido de tal suerte, en el cuerpo inanimado de hagg Hussein, al mercader de aceite dueño de las tinajas y jefe de los ladrones, comprendió que por segunda vez debía su salvación y la de toda su familia á la abnegación vigilante y al valor de la joven Luz Nocturna. Y la estrechó contra su pecho y la besó entre ambos ojos, y le dijo, con lágrimas en los ojos: «¡Oh Luz Nocturna, hija mía! ¿quieres, para llevar mi felicidad hasta el límite, entrar definitivamente en mi familia, casándote con mi hijo, este hermoso joven

que aquí tienes?» Y Luz Nocturna besó la mano de Ali Babá y contestó: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!»

Y se celebró sin tardanza el matrimonio de Luz Nocturna con el hijo de Ali Babá, ante el kadí y los testigos, en medio de regocijos y diversiones. Y se enterró secretamente el cuerpo del jefe de los ladrones en la fosa común que había servido de sepultura á sus antiguos compañeros. ¡Maldito sea!

Y después del matrimonio de su hijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 860.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y después del matrimonio de su hijo, Ali Babá, que se había hecho prudente y seguía ya los consejos de Luz Nocturna y escuchaba sus avisos, aún se abstuvo por algún tiempo de volver á la caverna, por temor de encontrarse allí con los dos ladrones cuya suerte ignoraba, y que, en realidad, como sabes, ¡oh rey afortunado! habían sido ejecutados por orden de su capitán. Y sólo al cabo de un año, cuando estuvo completamente tranquilo por esa parte, se decidió á ir á visitar la caverna en

compañía de su hijo y de la avispada Luz Nocturna. Y Luz Nocturna, que iba observándolo todo por el camino, vió, al llegar á la roca, que los arbustos y las hierbas grandes obstruían por completo la vereda que conducía allí, y que, además, en el suelo no había huella alguna de pasos humanos ni el menor vestigio de caballos. Y sacó en consecuencia que nadie había ido allí desde hacía mucho tiempo. Y dijo á Ali Babá: «¡Oh tío mío! No hay inconveniente. Podemos entrar ahí dentro sin correr peligro.»

Entonces Ali Babá, extendiendo la mano hacia la puerta de piedra, pronunció la fórmula mágica, diciendo: «¡Sésamo, ábrete!» Y lo mismo que antes, obedeciendo á las dos palabras y como movida por servidores invisibles, la puerta se abrió en la roca, y dejó el paso libre á Ali Babá, á su hijo y á la joven Luz Nocturna. Y Ali Babá comprobó que nada había cambiado, en efecto, desde su última visita al tesoro, y hubo de complacerse en enseñar á Luz Nocturna y á su esposo las fabulosas riquezas de que en lo sucesivo era único poseedor.

Y cuando lo hubieron examinado todo en la caverna, llenaron de oro y pedrerías los tres sacos grandes que habían llevado, y se volvieron á su casa después de pronunciar la fórmula que cerraba. Y desde entonces vivieron en paz y con felicidades, utilizando con moderación y prudencia las riquezas que les había deparado el Donador, que es el Único grande, el Generoso. Y así es como Ali

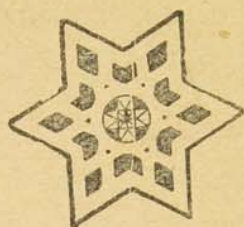
Babá el leñador, que por toda fortuna tenía tres asnos, se tornó, gracias á su destino y á la bendición, en el hombre más rico y más honrado de su ciudad natal. ¡Gloria á Quien da sin cuento á los humildes de la tierra!

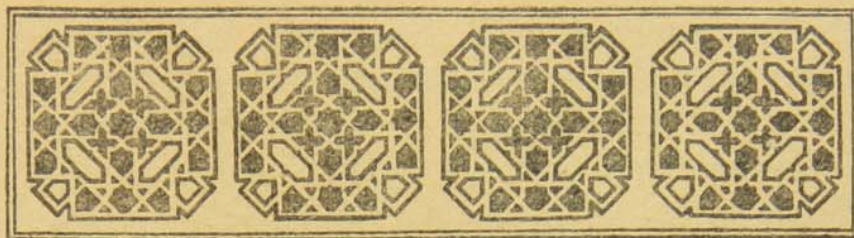
«Y he aquí ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—cuanto sé de la historia de Alí Babá y de los cuarenta ladrones. ¡Pero Alah es más sabio!»

Y el rey Schahriar dijo: «¡Cierto, Scharazada, que esa historia es una historia asombrosa! Y la joven Luz Nocturna no tiene par entre las mujeres de ahora. Y bien lo sé yo, que me he visto obligado á hacer que corten la cabeza á todas las desvergonzadas de mi palacio.»

Pero Schahrazada, al ver que el rey fruncía ya las cejas al asaltarle aquel recuerdo, y se excitaba penosamente por las cosas pasadas, se apresuró á comenzar en estos términos la HISTORIA DE...







LOS ENCUENTROS DE AL-RACHID EN EL PUENTE DE BAGDAD



Y viendo Schahrazada que, al recuerdo de las tribulaciones antiguas, el rey Schahriar fruncía ya las cejas, se apresuró á empezar la nueva historia, diciendo:

He llegado á saber ¡oh rey del tiempo! ¡oh corona de mi cabeza! que, un día entre los días, el califa Harún Al-Rachid (¡Alah le tenga en Su gracia!) salió de su palacio en compañía de su visir Giafar y de Massrur, su portaalfanje, ambos disfrazados, como él mismo lo iba, de mercaderes nobles de la ciudad. Y había llegado ya con ellos al puente de piedra que une las dos riberas del Tigris, cuando en la misma entrada del puente vió, sentado en tierra sobre sus piernas encogidas, á un ciego de

mucha edad que pedía limosna por Alah á los transeúntes en el camino de la generosidad. Y el califa interrumpió su paseo ante el viejo achacoso, y puso un dinar de oro en la palma de la mano que le tendía el mendigo. Y éste le detuvo bruscamente por la mano al querer el califa proseguir su camino, y le dijo: «¡Oh generoso donador, que Alah recompense con Sus más escogidas bendiciones esta acción de tu alma piadosa! Pero te suplico que, antes de marcharte, no me niegues el favor que voy á pedirte. Levanta el brazo y dame un puñetazo ó una bofetada en el lóbulo de la oreja.» Y tras de hablar así, se soltó de la mano que tenía cogida, á fin de que el extranjero pudiese aplicarle la consabida bofetada. Sin embargo, por miedo á que pasase de largo sin complacerle, tuvo cuidado de cogerle por la orla de su luengo traje.

Y al ver y oír aquello, el califa se quedó muy perplejo, y dijo al ciego: «¡Oh tío! ¡Alah me libre de obedecer á tu mandato! Porque quien da una limosna por Alah no debe borrar su mérito maltratando al que beneficia con esa limosna. Y el maltrato al cual me mandas que te someta es una acción indigna de un creyente.»

Y tras de hablar así, hizo un esfuerzo para que le soltara el ciego. Pero no había contado con la vigilancia del ciego, que, suponiendo el movimiento del califa, hizo por su parte un esfuerzo mucho más grande para que no se soltara. Y le dijo: «¡Oh mi generoso señor! Perdóname mi importunidad y el

atrevimiento de mi conducta. Y déjame implorarte aún que me des esa bofetada en el lóbulo de la oreja. De no ser así, prefiero que recojas tu limosna. Porque sólo con esa única condición puedo aceptarla sin perjurar ante Alah y contravenir al juramento que hice de cara á Quien te ve y me ve.» Luego añadió: «Si supieras ¡oh mi señor! el motivo de mi juramento, no vacilarías en darme la razón.»

Y el califa se dijo: «¡Contra la importunidad de este viejo ciego no hay recurso mas que en Alah el Todopoderoso!» Y como no quería ser por mucho tiempo pasto de la curiosidad de los transeuntes, se apresuró á hacer lo que le pedía el ciego, quien, inmediatamente de recibir la bofetada, le soltó, dándole gracias y alzando las dos manos al cielo para invocar sobre su cabeza las bendiciones.

Y Al-Rachid, libre después de aquello, se alejó con sus dos acompañantes, y dijo á Giafar: «¡Por Alah, que la historia de ese ciego debe ser una historia asombrosa, y su caso un caso muy extraño! Así, pues, vuelve adonde se halla él y dile que vas de parte del Emir de los Creyentes para ordenarle que mañana esté en palacio á la hora de la plegaria de mediodía.» Y Giafar volvió junto al ciego y le comunicó la orden de su señor.

Luego fué á reunirse con el califa. Y habían dado pocos pasos, cuando divisaron en la orilla izquierda del puente, sentado casi enfrente del ciego, un segundo mendigo lisiado de ambas piernas y con la boca hendida. Y á una seña de su amo, el porta-

alfanje Massrur se acercó al lisiado de ambas piernas que tenía la boca hendida, y le dió la limosna que estaba escrita en su suerte aquel día. Y el hombre levantó la cabeza y se echó á reir, diciendo: «¡Ah, ualah! En toda mi vida de maestro de escuela he ganado tanto como acabo de recibir de manos de tu generosidad, ¡oh mi señor!» Y Al-Rachid, que había oído la respuesta, se encaró con Giafar y le dijo: «¡Por vida de mi cabeza! Si es un maestro de escuela y se ve reducido á mendigar por los caminos, sin duda debe ser extraña su historia. Date prisa á ordenarle que mañana esté á la puerta de mi palacio á la misma hora que el ciego.» Y se ejecutó la orden. Y continuaron su paseo.

Pero aún no habían tenido tiempo de alejarse del lisiado, cuando le oyeron invocar á grandes gritos las bendiciones sobre la cabeza de un jeque que se había acercado á él. Y miraron hacia allá para ver de qué se trataba. Y vieron que el jeque procuraba esquivarse, muy confuso por las bendiciones y alabanzas de que era objeto. Y por las palabras del lisiado comprendieron que la limosna que el jeque acababa de entregarle era más considerable todavía que la de Massrur, y que nunca la había recibido igual el pobre hombre. Y Harún manifestó á Giafar su asombro al ver que un simple particular daba una prueba de largueza mayor que la suya propia, y añadió: «Me gustaría conocer á ese jeque y profundizar en el motivo de su generosidad. Ve, pues, ¡oh Giafar! á decirle que tiene que

presentarse entre mis manos mañana por la siesta, á la misma hora que el ciego y el lisiado.» Y se ejecutó la orden.

Y ya iban á proseguir su camino, cuando vieron avanzar por el puente un magnífico cortejo, como no pueden ostentarlo, por lo general, mas que los reyes y los sultanes. Y lo precedían á caballo unos heraldos que gritaban: «¡Paso á nuestro amo, el esposo de la hija del poderoso rey de la China y de la hija del poderoso rey del Sind y de la India!» Y á la cabeza del cortejo, en un caballo cuyo aspecto pregonaba su raza, caracoleaba un emir ó quizá un hijo de rey, que tenía una apostura brillante y llena de nobleza. E inmediatamente detrás de él iban dos saís que conducían, con un ronzal de seda azul, á un camello maravillosamente enjaezado y cargado con un palanquín en que, bajo un palio de brocado rojo, estaban sentadas, una á la derecha y otra á la izquierda, las dos jóvenes princesas, esposas del jinete, con el rostro cubierto por un velo de seda anaranjada. Y cerraba el cortejo una orquesta de músicos que tocaban aires indios y chinos en sus instrumentos de formas desconocidas.

Y Harún, maravillado á la par que sorprendido, dijo á sus acompañantes: «He aquí un extranjero notable, de los que raramente vienen á mi capital. Y aunque he recibido á los reyes y á los príncipes y á los emires más imponentes de la tierra, y aunque los jefes de los descreídos de allende los mares, los del país de los francos y los de las regiones del

Extremo Occidente, me han enviado embajadas y diputaciones, ninguno de los que hemos visto podía compararse con éste en fausto y en belleza.» Luego se encaró con su portaalfanje Massrur y le dijo: «Date prisa ¡oh Massrur! á seguir á ese cortejo, con objeto de que veas lo que haya que ver, y vuelvas sin tardanza para informarme en palacio, teniendo antes cuidado, sin embargo, de invitar á ese noble extranjero á presentarse mañana entre mis manos á la misma hora que el ciego y el lisiado y el jeque generoso.»

Y cuando Massrur se marchó para ejecutar la orden, el califa y Giafar atravesaron el puente por fin. Pero apenas habían llegado al extremo, divisaron en medio del meidán que se abría frente á ellos, y que servía para justas y torneos, una gran aglomeración de espectadores que miraban á un joven montado en una hermosa yegua blanca, á la que lanzaba á toda brida por uno y otro lado, castigándola á latigazos y espolazos sin compasión y de manera que el animal echaba espuma y sangre y le temblaban las patas y el cuerpo todo.

Al ver aquéllo, el califa, que era aficionado á los caballos y no podía sufrir que se les maltratara, llegó al límite de la indignación, y preguntó á los espectadores: «¿Por qué se porta de modo tan bárbaro ese joven con esa hermosa yegua dócil?» Y contestaron: «No lo sabemos, y sólo Alah lo sabe. Pero todos los días á la misma hora vemos llegar al joven con su yegua, y asistimos á este espectáculo

inhumano.» Y añadieron: «Al fin y al cabo, es dueño legítimo de su yegua y puede tratarla á su antojo.» Y Harún se encaró con Giafar y le dijo: «Te dejo el cuidado ¡oh Giafar! de informarte por ese joven de la causa que le impulsa á maltratar de tal suerte á su yegua. Y si se niega á revelártela, le dirás quién eres y le ordenarás que se presente entre mis manos mañana por la siesta, á la misma hora que el ciego, el lisiado, el jeque generoso y el jinete extranjero.» Y Giafar contestó con el oído y la obediencia, y el califa le dejó en el meidán, para regresar á palacio solo aquel día...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 861.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y Giafar contestó con el oído y la obediencia, y el califa le dejó en el meidán, para regresar á palacio solo aquel día.

Y he aquí que al siguiente, después de la plagaría intermedia de mediodía, el califa entró en el diván de audiencias, y el gran visir Giafar al punto introdujo en su presencia á los cinco personajes con quienes se habían encontrado la vispera en el

puente de Bagdad, á saber: el ciego que se hacía abofetear, el maestro de escuela lisiado, el jeque generoso, el noble jinete á cuya zaga tocaban aires indios y chinos, y el joven dueño de la yegua blanca. Y cuando los cinco estuvieron prosternados ante su trono y hubieron besado la tierra entre sus manos, el califa les hizo con la cabeza seña de que se levantarán, y Giafar les colocó por orden, uno junto á otro, en la alfombra que había al pie del trono.

Entonces Al-Rachid se encaró primero con el joven dueño de la yegua blanca y le dijo: «¡Oh joven que ayer te mostraste tan inhumano con la hermosa yegua blanca tan dócil que montabas! ¿puedes decirme, para que yo lo sepa, el motivo que impulsaba á tu alma á portarte de modo tan bárbaro con un animal mudo que no puede responder á las injurias con injurias y á los golpes con golpes? Y no me digas que obrabas así para guiar ó para desbravar á tu yegua. Porque en mi vida he desbravado y guiado yo mismo gran número de potros y potrancas, pero nunca he tenido necesidad de maltratar, como tú lo hacías, á los animales que he enseñado. Y tampoco me digas que hostigabas así á tu yegua para divertir á los espectadores, pues no solamente no les divertía ese espectáculo inhumano, sino que les escandalizaba y á mí también me escandalizaba con ellos. Y en poco estuvo ¡por Alah! que me diese á conocer en público para castigarte como merecías y poner fin á un espectáculo tan repugnante. Habla, pues, sin mentir y sin ocultarme nada del mo-

tivo de tu conducta, porque es el único medio que te queda de escapar á mi rencor y de entrar en mi gracia. Y si tu relato me satisface y tus palabras disculpan tu conducta, dispuesto estoy incluso á perdonarte y á olvidar todo lo que de ofuscante hubiese en tu manera de obrar.»

Cuando el joven dueño de la yegua blanca hubo oído las palabras del califa, se le puso la tez muy amarilla y bajó la cabeza guardando silencio, presa visiblemente de un embarazo muy grande y de una pena sin límites. Y como continuara erguido de tal suerte, sin poder llegar á pronunciar una sola palabra, mientras brotaban lágrimas de sus ojos y le caían en el pecho, el califa cambió de tono con él, y más intrigado que nunca, le dijo con voz dulce: «¡Oh joven! Olvida que estás en presencia del Emir de los Creyentes y habla con toda libertad, como si estuvieras entre tus amigos, pues bien veo que tu historia debe ser una historia muy extraña y el motivo de tu conducta un motivo muy extraño. Y te juro, por los méritos de mis antecesores los Gloriosos, que no se te hará ningún daño.» Y Giafar, por su parte, se puso á hacer al joven, con la cabeza y con los ojos, señas inequívocas de estímulo que significaban claramente: «Habla con toda confianza. Y no tengas la menor inquietud.»

Entonces el joven comenzó á recobrar el aliento perdido, y tras de alzar la cabeza, besó la tierra una vez más entre las manos del sultán, y dijo:



Historia del joven dueño de la yegua blanca



«Has de saber ¡oh Emir de los Creyentes! que soy muy conocido en mi barrio, donde me llaman Sidi Nemán. Y la historia que es mi historia y que, por orden tuya, voy á contarte, constituye un misterio de la fe musulmana. Y si estuviera escrita con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de enseñanza á quien la leyera con espíritu atento.»

Y el joven se calló un instante, para reunir en la memoria todos sus recuerdos, y prosiguió:

«Cuando murió mi padre, me dejó lo que Alah me había escrito para herencia. Y advertí que los beneficios de Alah sobre mi cabeza eran más numerosos y más escogidos de lo que anhelara nunca mi alma. Y además observé que de día en día yo iba siendo el hombre más rico y más considerado de mi barrio. Pero mi nueva vida, lejos de infundirme pedanteria y orgullo, no hizo mas que desarrollar mis acentuadas aficiones á la calma y á la soledad. Y continué viviendo soltero, felicitándome todas las mañanas de Alah por no tener preocupaciones de familia ni responsabilidades. Y me decia

todas las noches: «¡Ya Sidi Nemán, cuán modesta y tranquila es tu vida! ¡Y cuán deleitosa es la soledad del celibato!»

Pero, un día entre los días, ¡oh mi señor! me desperté con un violento é incomprensible deseo de cambiar de vida repentinamente. Y entró en mi alma este deseo bajo la forma del matrimonio. Y en aquella hora y en aquel instante, me levanté, movido por los movimientos interiores de mi corazón, diciéndome: «¿No te da vergüenza, ya Sidi Nemán, vivir de tal suerte, solo en esta morada, como un chacal en su guarida, sin ninguna presencia dulce al lado tuyo, sin un cuerpo de mujer fresco siempre para refrescarte los ojos y sin ningún afecto que te haga sentir que en realidad vives del soplo de tu Creador? ¿Esperas, pues, para conocer las ventajas de nuestras jóvenes, á que los años te hayan vuelto impotente, y bueno, cuando más, para ver sin consecuencias?»

Ante estos pensamientos tan naturales, que acudían á mi espíritu por vez primera, no vacilé ya más en seguir las incitaciones de mi alma, puesto que el alma nos es cara y todos sus anhelos merecen ser satisfechos. Pero como yo no conocía á mujeres casamenteras que pudiesen buscarme una esposa entre las hijas de los notables de mi barrio y de los mercaderes ricos del zoco, y como, por otra parte, estaba muy resuelto á casarme con conocimiento de causa, es decir, dándome cuenta por mis propios ojos de los encantos y cualidades de mi

esposa, y no siguiendo la costumbre que exige no se vea el rostro de la desposada mas que después de extendido el contrato y de las ceremonias matrimoniales, me decidí á elegir á mi esposa sencillamente entre las hermosas esclavas que se venden y se compran. Y salí de mi casa inmediatamente y me dirigí al zoco de los esclavos, diciéndome: «¡Ya Sidi Nemán, excelente es tu determinación de tomar esposa entre las jóvenes esclavas, en vez de buscar alianza con las muchachas notables! Porque con eso eludes muchos fastidios y trabajos, no sólo evitándote el tener á tu espalda la nueva familia de tu esposa, y en tu estómago las miradas, de continuo enemigas, de la madre de tu esposa, vieja calamitosa ciertamente, y en tus hombros la carga de los hermanos mayores y menores de tu esposa y de los parientes viejos y jóvenes de tu esposa, y de las relaciones enfadosas y pesadas de tu tío, padre de tu esposa, sino también alejando de ti las futuras recriminaciones de la hija de notables, que no dejaría de hacerte sentir en toda ocasión que era de extracción superior á la tuya, y que para con ella no tenías mas que deberes, y que le debias todos los miramientos y todas las obligaciones. Y entonces sería cuando podrías desear tu vida de soltero y morderte los dedos hasta hacerte sangre. ¡Mientras que, escogiendo por ti mismo una esposa probada con tus ojos y con tus dedos y que no tenga nada que la ate y esté sola en absoluto con su belleza, simplificas tu existencia, te evitas complica-

ciones y tienes todas las ventajas del matrimonio sin tener sus inconvenientes!»

Y alimentando aquella mañana estos pensamientos nuevos, ¡oh Emir de los Creyentes! llegué al zoco de esclavas para escoger una esposa agradable con quien vivir entre dulzuras de todas clases, amor mutuo y bendiciones. Porque como por naturaleza estaba yo capacitado para el afecto, anhelaba con todas mis fuerzas encontrar en la joven de mi agrado las cualidades de alma y cuerpo que me permitieran consagrar á ella las reservas acumuladas de una ternura de la que todavía no había consagrado la menor partícula á ningún otro ser viviente.

Aquel era precisamente día de mercado, y un arribo reciente había traído á Bagdad hacia poco muchachas jóvenes de Circasia, de Jonia, de las islas del extremo Norte, de Etiopía, del Irán, del Korassán, de Arabia, del país de los Rums, de la ribera anadoliana, de Serendib, de la India y de la China. Y cuando llegué al centro del mercado, los corredores y los subastadores ya habían dispuesto allí los diversos lotes separadamente, para evitar los desórdenes que hubiese ocasionado la mezcla de aquellas razas distintas. Y en cada uno de los tales lotes se ponía bien de relieve á cada joven, de modo que se la pudiese examinar en todos sentidos y que cada trato se ultimase á sabiendas y sin engaños.

Y el Destino quiso—¡nadie podría escapar á su destino!—que mis primeros pasos se encaminasen

por sí mismos hacia el grupo de las jóvenes llegadas de las islas del extremo Norte. Y además, aunque mis pasos no se hubiesen encaminado por sí mismos hacia aquel lado, hacia aquel lado habrían mirado mis ojos inmediatamente. Porque aquel grupo se distinguía, entre los grupos más sombríos que estaban próximos á él, por su claridad y por una cascada de pesadas cabelleras, amarillas como el oro, que ondulaban sobre cuerpos de una blancura de plata virgen. Y las jóvenes que en pie integraban aquel grupo se parecían todas de manera extraña, como las hermanas se asemejan á sus hermanas cuando son del mismo padre y de la misma madre. Y todas tenían los ojos azules cual la turquesa iránica cuando todavía conserva la humedad de la roca...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 862.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y todas tenían los ojos azules cual la turquesa iránica cuando todavía conserva la humedad de la roca.

Y yo, que en mi vida ¡oh mi señor! había tenido

ocasión de ver jóvenes de una belleza tan extraña, estaba maravillado y sentía que se me salía del pecho el alma en pos de aquel espectáculo emocionante. Y al cabo de una hora de tiempo, sin poder llegar á fijar mi elección en alguna de ellas, pues todas eran igualmente hermosas, cogí de la mano á la que me parecía que era la más joven y en seguida la adquirí sin regatear ni escatimar. Porque la circundaban por entero las gracias, y era como la plata en la mina y como la almendra mondada, clara y pálida hasta el exceso, con su vellón de seda amarilla, con inmensos ojos mágicos, azules, bajo sombrías pestañas curvadas como las hojas de las cimitarras y velando una mirada de dulzura marina. Y á su vista me acordé de estos versos del poeta:

¡Oh tú, cuya preciosa tez está matizada de ámbar, como la tez de la rosa china, y cuya boca con su contenido es una manzanilla purpúrea que floreciera sobre dos sartas de granizos!

¡Oh poseedora de dos ojos de ágata sombreados por pétalos de jacinto y más rasgados que los de una anti-gua faraona!

¡Oh espléndida! ¡Si te comparase á las más bellas de nuestras amadas me equivocaría, porque eres bella sin comparación!

¡Pues aunque sólo tuvieras el grano de belleza que se aloja en el hoyuelo amable de la comisura de tus labios, harías que los humanos titubearan en la locura!

¡Aunque sólo tuvieras esas piernas esbeltas que se

yerguen mirándose en el espejo de tus pies desnudos, superarian ellas á los juncos que se miran en el agua!

¡Aunque sólo tuvieras ese talle dócil al ritmo de tus esplendores, darías envidia á las ramas tiernas del árbol ban!

¡Y aunque sólo tuvieras ese tu porte, más magnífico que el de un navío sobre el mar cuando lo tripulan piratas, martirizarías con tus pupilas á los corazones todos!

Y cogí, pues, de la mano á la joven, ¡oh mi señor! y tras de proteger con mi manto su desnudez, me la llevé á mi morada. Y me complació con su dulzura, su silencio y su modestia. Y comprendí hasta qué punto me atraía su belleza exótica, su palidez, sus cabellos amarillos como el oro en fusión y sus ojos azules, siempre bajos, que eludían los míos siempre por timidez, sin duda alguna. Y como ella no hablaba nuestra lengua y yo no hablaba la suya, evité fatigarla con preguntas que quedarían sin respuesta. Y di gracias al Donador, que había conducido á mi morada una mujer cuya contemplación ya por sí sola constituía un encanto.

Pero la misma noche de su entrada en la casa no dejé de notar en ella cosas singulares. Porque en cuanto cayó la noche, sus ojos azules se hicieron más sombríos, y su mirada, anegada en dulzura durante el día, se tornó chispeante, como animada de un fuego interior. Y la poseyó una especie de exaltación que se traducía en sus facciones por una pa-

lidez mayor aún y por un ligero temblor de los labios. Y de cuando en cuando miraba hacia la puerta, como si deseara salir para tomar el aire. Pero como la hora nocturna no era favorable al paseo, y además ya era tiempo de tomar nuestra cena, me senté y la hice sentarse á mi lado.

Y mientras esperábamos á que nos sirvieran la comida, quise aprovechar la oportunidad para hacerle comprender hasta qué punto su llegada era una bendición para mí y los tiernos sentimientos que germinaban en mi corazón al verla. Y la acaricié dulcemente, y traté de mimarla y de domesticar su alma extranjera. Y la cogí la mano dulcemente y me la llevé á los labios y al corazón. Y pasé ligeramente mis dedos por la seda incitante de su cabellera, con tanto cuidado como si tocara una antiquísima tela pronta á abrirse al menor contacto. Y ya no olvidaré ¡oh mi señor! lo que hube de experimentar á aquel contacto. En vez de sentir la tibieza de los cabellos vivos, fué como si las crines amarillas de sus trenzas se hubiesen extraído de algún metal helado, ó como si mi mano, al acariciar aquel vellón, rozara seda empapada en nieve derretida. Y á la sazón no dudé de que su cabellera estuviese desde un principio tejida por entero con hilillos de filigrana de oro.

Y pensé con mi alma en la omnipotencia infinita del Dueño de las criaturas, que en nuestros climas hace don á nuestras jóvenes de sus cabelleras negras y cálidas como el ala de la noche, y co-

rona la frente de las claras hijas del Norte con esa corona de llama congelada.

Y ¡oh mi señor! no pude por menos de emocionarme con una emoción mezcla de asombro á la par que de delicias al saberme esposo de una criatura tan rara y tan diferente á las mujeres de nuestros climas. Y hasta tuve la percepción de que ella no era de mi sangre ni de nuestra extracción común. Y en poco estuvo que no le atribuyera de pronto dones sobrenaturales y virtudes desconocidas. Y la miré con admiración y asombro.

Pero en seguida entraron los esclavos llevando á la cabeza las bandejas cargadas de manjares, que colocaron ante nosotros. Y observé que, no bien vió aquellos manjares, se acentuaba el azoramiento de mi esposa, y que por sus mejillas de raso mate pasaban alternativas de rubor y de palidez, en tanto que se dilataban sus ojos, fijos en los objetos sin verlos.

Y atribuyendo todo aquello á su timidez y á su ignorancia de nuestras costumbres, quise animarla á probar los manjares servidos, y empecé por un plato de arroz cocido con manteca, del que me puse á comer utilizando para ello los dedos, como hacemos generalmente.

Pero aquello, en lugar de abrir el apetito en el alma de mi esposa, debió ocasionarle, á no dudar, un sentimiento parecido á la repulsión, si no á la náusea. Y lejos de seguir mi ejemplo, volvió ella la cabeza y miró en torno suyo, como buscando

algo. Después, tras de un largo rato de vacilación, como viera que mi mirada le suplicaba que tocase á los manjares, se sacó del seno un estuchito tallado en un hueso de niño, y extrajo de él un finísimo tallo de grama, semejante á esos menudos tallos que utilizamos de limpiaoidos. Y cogió delicadamente con dos dedos aquel tallito puntiagudo y se puso á pinchar con él lentamente el arroz y á llevárselo á los labios más lentamente todavía y grano á grano. Y entre cada dos de sus minúsculos bocados dejaba transcurrir un largo intervalo de tiempo. De modo que ya había acabado yo mi comida cuando ella aún no habría tomado de aquella manera más de una docena de granos de arroz. Y eso fué cuanto quiso comer aquella noche. Y me parecía adivinar, por un gesto vago, que estaba harta. Y no quise aumentar su azoramiento ni enfadarla insistiendo para que tomase algún otro alimento.

Y aquello no hizo mas que afirmarme en la creencia de que mi esposa extranjera era un ser diferente á los habitantes de nuestros países. Y pensaba para mi fuero interno: «¿Cómo no ha de ser distinta á las mujeres de aquí esta joven que, para alimentarse, sólo necesita la pitanza que un pajarito? Y si así es en cuanto á las necesidades de su cuerpo, ¿qué será en cuanto á las necesidades de su alma?» Y resolví consagrarme por completo á tratar de adivinar su alma, que me parecía impenetrable.

Y procurando darme á mí mismo una explicación plausible de su manera de obrar, me imaginé

que no tendría ella costumbre de comer con hombres, menos aún con un marido, ante quien tal vez la habrían enseñado á que se contuviera. Y me dije: «¡Sí, eso es! Ha llevado la continencia demasiado lejos, porque es sencilla é inocente. ¡O acaso haya cenado ya! O bien, si no lo ha hecho todavía, se reserva para comer sola y con libertad.»

Y al punto me levanté y la cogí de la mano con precauciones infinitas, y la conduje á la estancia que le había hecho preparar. Y allí la dejé sola, á fin de que quedase libre de obrar á su antojo. Y me retiré discretamente.

Y por miedo á molestarla ó á parecerle importuno, no quise entrar aquella noche en el aposento de mi esposa, como, por lo general, hacen los hombres en la noche nupcial, sino que, al contrario, pensé que con mi discreción me atraería la gracia de mi esposa y así le demostraría que los hombres de nuestros países están lejos de resultar brutales y desprovistos de cortesía, y saben, cuando es preciso, aparecer delicados y reservados. No obstante, ¡oh Emir de los Creyentes! por tu vida te juro que aquella noche no me faltó el deseo de penetrar en mi clara esposa, la joven hija de hombres del Norte, que era dulce á mi vista y que había sabido encantar mi corazón con su gracia extraña y el misterio que la envolvía. Pero era mi placer demasiado precioso para comprometerse precipitando los acontecimientos, y sólo ganancias podría reportarme el preparar el terreno y dejar que el fruto per-

diera su acidez y llegara á plena madurez con la lozanía conveniente. Sin embargo, pasé aquella noche presa del insomnio, pensando en la belleza rubia de la joven extranjera que perfumaba mi morada, y cuyo cuerpo lustral me parecía sabroso como el albaricoque cogido bajo el rocío, y aterciopelado como él, y como él deseable...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 863.^a NOCHE*

Ella dijo:

...pensando en la belleza rubia de la joven extranjera que perfumaba mi morada, y cuyo cuerpo lustral me parecía sabroso como el albaricoque cogido bajo el rocío, y aterciopelado como él, y como él deseable.

Y al día siguiente, cuando nos reunimos para comer, la acogí con semblante sonriente é inclinándome ante ella, como había visto hacer en otras ocasiones á los emires de Occidente llegados aquí ó enviados de parte del rey de los francos. Y la hice sentarse á mi lado ante las bandejas de manjares, entre los cuales había, como la víspera, un plato de arroz cocido con manteca y cuyos granos estaban

suelos, maravillosamente condimentados y perfumados con manteca. Pero mi esposa se condujo exactamente igual que la vispera, sin tocar mas que al plato de arroz, con exclusión de todos los demás manjares y pinchando lentamente los granos uno á uno con el tallito puntiagudo para llevárselos á la boca.

Y yo, aún más sorprendido que la vispera por aquella manera de comer, pensé: «¡Por Alah! ¿dónde ha podido aprender á comer el arroz de esta manera? Acaso con su familia, en su país. ¿O tal vez lo hace así porque come muy poco? ¿O es que quiere contar los granos de arroz, á fin de no comer una vez más que otra? Pero si se conduce así por espíritu de economía y para enseñarme á no ser pródigo, por Alah que se equivoca, pues nada tenemos que temer por ese lado, y no será eso lo que pueda arruinarnos un día. Porque, gracias al Retribuidor, tenemos para vivir con gran desahogo y sin privarnos de lo necesario ni de lo superfluo.»

Pero, hubiera ó no comprendido mis pensamientos y mi perplejidad, mi esposa no dejó de comer de aquella manera incomprensible. Y como si hubiera querido apenarme más todavía, pinchó los granos de arroz más de tarde en tarde, y acabó por limpiar el tallito puntiagudo sin decirme una sola palabra ni mirarme, guardándolo en su estuche de hueso. Y aquello fué todo lo que la vi hacer aquella mañana. Y he aquí que, por la noche, al cenar, ocurrió exactamente lo mismo, así como al

día siguiente y cuantas veces nos pusimos ante el mantel extendido para comer juntos.

Cuando me di cuenta de que no era posible que una mujer viviese con tan poco alimento como la veía tomar, ya no dudé de que tras ello hubiese algún misterio más extraño todavía que la existencia de mi esposa. Y aquello me hizo tomar el partido de aguardar aún, abrigando la esperanza de que con el tiempo se acostumbraría ella á vivir conmigo, como anhelaba mi alma. Pero no tardé en advertir que era vana mi esperanza y que, costase lo que costase, tenía que decidirme á dar con la explicación de aquella manera de vivir tan distinta á la nuestra. Y he aquí que se presentó la ocasión por sí misma cuando yo menos la esperaba.

En efecto, al cabo de quince días de paciencia y de discreción por mi parte, resolví intentar una visita por primera vez á la cámara nupcial. Y una noche en que yo creía que mi esposa dormía hacía largo rato, me dirigí muy sigilosamente al aposento que ocupaba ella en el lado opuesto al mío, y llegué á la puerta de su cuarto, amortiguando mis pasos por temor á turbar su sueño. Porque no quería despertarla muy bruscamente, á fin de poder contemplarla á mi sabor dormida, figurándomela, con sus párpados cerrados y sus largas pestañas curvadas, tan hermosa como las huríes del cielo.

Y he aquí que, cuando llegué á la puerta, oí dentro los pasos de mi esposa. Y como yo no podía comprender qué propósito la retenía aún despierta

á hora tan avanzada de la noche, me indujo la curiosidad á esconderme detrás de la cortina de la puerta para ver qué ocurría.

Y en seguida se abrió la puerta, y mi esposa apareció en el umbral vestida con sus ropas de calle y deslizándose por las baldosas de mármol sin hacer el menor ruido. Y la miré al pasar ella por delante de mí en la oscuridad, y asombrado se me congeló la sangre en el corazón. En medio de las tinieblas, su faz entera aparecía iluminada por los dos tizones de sus ojos, semejantes á los ojos de los tigres, que se dice que arden en la oscuridad é iluminan el camino del exterminio y la matanza. Y se parecía á esas figuras medrosas que en sueños nos envían los genn malhechores cuando quieren hacernos prever las catástrofes que traman contra nosotros. ¡Hasta ella misma me parecía una genia de la especie más cruel, con su cara pálida, sus ojos incendiarios y sus cabellos amarillos, que se erizaban de un modo terrible en su cabeza!

Y yo ¡oh mi señor! sentí que se me encajaban y se me rompían las mandíbulas, y que se me secaba la saliva en la boca, y que me quedaba sin aliento. Por otra parte, aunque hubiese podido moverme, me habría guardado mucho de hacer el menor acto de presencia detrás de aquella cortina, en aquel sitio que no me correspondía. Esperé, pues, á que ella se alejase para salir de mi escondrijo, recobrando el aliento perdido. Y me dirigí á la ventana que daba al patio de la casa, y miré á través de la ce-

losía. Y pude ver que abría ella la puerta de la calle y salía, hollando apenas el suelo con sus pies desnudos.

Y la dejé alejarse un poco, y corri á la puerta que había dejado ella entreabierta y la seguí de lejos, llevando mis sandalias en la mano.

Y afuera todo estaba iluminado por el cuarto menguante de la luna, y el cielo entero se desplegaba sublime, como todas las noches, con sus luces titilantes. Y á pesar de mi emoción, elevé mi alma hacia el Dueño de las criaturas y dije mentalmente: «¡Oh Señor, Dios de exaltación y de verdad! ¡sé testigo de que he obrado con discreción y honradez respecto de mi esposa, esa hija de extranjeros, aunque desconozco todo lo referente á ella, que acaso pertenezca á una raza descreída que ofenda Tu faz, Señor! Y ahora no sé qué va á hacer esta noche bajo la claridad propicia de Tu cielo. Pero que ni de cerca ni de lejos aparezca yo como cómplice de sus acciones. Porque de antemano las repruebo si son contrarias á Tu ley y á la enseñanza de Tu Enviado (¡con Él la paz y la plegaria!).»

Y tras de calmar así mis escrúpulos, no vacilé más en seguir á mi esposa adonde fuese.

Y he aquí que atravesó ella todas las calles de la ciudad, caminando con notable seguridad, como si hubiese nacido entre nosotros y se hubiese criado en nuestros barrios. Y yo la seguía de lejos al revolar de su cabellera, que huía siniestramente detrás de ella en la noche. Y llegó ella á las últi-

mas casas, transpuso las puertas de la ciudad y penetró en los campos deshabitados que desde hace centenares de años sirven de morada á los muertos. Y dejó atrás el primer cementerio, cuyas tumbas eran excesivamente antiguas, y se apresuró á entrar en el que se seguía enterrando á diario. Y yo pensaba: «Seguramente tiene aquí muerta una amiga ó una hermana de las que con ella vinieron de países extranjeros. Y quiere cumplir sus deberes cerca de ella durante la noche, en medio de la soledad y del silencio.» Pero de pronto recordé su aspecto terrible y sus ojos inflamados, y de nuevo se me agolpó la sangre al corazón.

Y he aquí que surgió de entre las tumbas una forma cuya especie no podía yo adivinar aún y que salió al encuentro de mi esposa. Y por el horror de su fisonomía y por su cabeza de hiena carnícera, reconocí una ghula en aquella forma sepulcral.

Y caí en tierra detrás de una tumba, porque me flaquearon las piernas. Y merced á aquella circunstancia, á pesar de la sorpresa espantosa que me embargaba, pude ver á la ghula, que no me veía, aproximarse á mi esposa y cogerla de la mano para llevarla al borde de una fosa. Y se sentaron ambas, una frente á otra, al borde de aquella fosa. Y la ghula se inclinó hasta el suelo y se incorporó sosteniendo en sus manos un objeto redondo, que entregó en silencio á mi esposa. Y en aquel objeto reconocí un cráneo humano recientemente separado de un cuerpo sin vida. Y mi esposa, lanzando un

grito de bestia feroz, clavó con fruición sus dientes en aquella carne muerta y se puso á roerla de un modo horroroso.

Al ver aquello, ¡oh mi señor! sentí que el cielo se desplomaba con todo su peso sobre mi cabeza. Y en mi espanto, debí lanzar un grito de horror que traicionó mi presencia. Porque de improviso vi á mi esposa de pie sobre la tumba que me cobijaba. Y mirábame con los ojos del tigre hambriento cuando va á caer sobre su presa. Y ya no dudé de mi perdición irremisible. Y antes de que yo tuviese tiempo de hacer el menor movimiento para defenderme ó para pronunciar una fórmula invocadora que me precaviera contra los maleficios, la vi extender el brazo por encima de mí y gritar ciertas sílabas en una lengua desconocida que tenía acentos semejantes á los rugidos que se oyen en los desiertos. Y apenas hubo ella vomitado aquellas sílabas diabólicas, de repente me vi metamorfoseado en perro...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 864.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y apenas hubo ella vomitado aquellas sílabas diabólicas, de repente me vi metamorfoseado en perro. Y mi esposa se precipitó sobre mí, seguida de la espantable ghula. Y tan violentamente la emprendieron ambas conmigo á puntapiés, que no sé cómo no me quedé en el sitio. Sin embargo, el peligro extremado en que me encontraba y el apego á la vida me dieron fuerza y valor para saltar sobre mis cuatro patas y ponerme en fuga con el rabo entre piernas, perseguido con igual furor por mi esposa y por la ghula. Y sólo cuando me arrojaron muy lejos del cementerio fué cuando cesaron de maltratarme y de correr detrás de mí, que ladraba de dolor lastimeramente y me caía cada diez pasos. Y las vi volverse al cementerio. Y me apresuré á franquear las puertas de la ciudad, como un perro perdido y desgraciado.

Y al día siguiente, tras de una noche pasada dando tumbos por la ciudad y evitando los mordiscos de los perros del barrio, que me perseguían como á intruso, se me ocurrió la idea de refugiarme en cualquier parte para escapar á sus ataques crueles. Y me metí corriendo en la primera tienda

abierta á aquella hora temprana. Y fuí á esconderme en un rincón para sustraerme á su vista.

Aquella tienda era de un vendedor de cabezas y patas de carnero. Y el tendero me protegió en un principio contra mis agresores, que querían penetrar en persecución mía hasta el interior de la tienda. Y consiguió echarlos y alejarlos; pero fué para volver á mi lado con el propósito evidente de espantarme. Y vi, en efecto, que no podía contar con el asilo y la protección que esperaba. Porque aquel tripicallero era una de esas personas escrupulosas hasta más no poder y supersticiosamente fanáticas, que tienen á los perros por animales inmundos y no encuentran bastante agua ni jabón para lavar su ropa cuando, por casualidad, les roza un perro al pasar junto á ellos. Se acercó, pues, á mí, y me conminó con el gesto y con la voz á que me marchara de su tienda cuanto antes. Pero yo hice la rosca, gimoteando con aullidos lastimeros y mirándole á los pies con ojos implorantes. Entonces, un tanto apiadado, soltó el bastón con que me amenazaba, y como aspiraba á desembarazar á todo trance de mi presencia su tienda, cogió uno de los admirables pedazos olorosos de patas cocidas, y sosteniéndolo en la punta de los dedos de modo que yo lo viera bien, salió á la calle. Y atraído por el tufillo de aquel buen bocado, ¡oh mi señor! me levanté de mi rincón y seguí al tripicallero, quien me arrojó el pedazo en cuanto me vió fuera de su tienda y se volvió á su casa. Y no bien hube devo-

rado aquella carne excelente, quise volver á toda prisa á mi rincón. Pero no había contado con el vendedor de cabezas, quien, previendo mi impulso, permanecía en el umbral, incommovible, con el terrible bastón de nudos en la mano. Y hube de mirarle en actitud suplicante, meneando la cola para indicarle que imploraba de él me otorgase el favor de aquel refugio. Pero se mantuvo inflexible, y hasta empezó á enarbolar su bastón, gritándome con voz que no me dejaba lugar á dudas sobre sus intenciones: «¡Vete, oh proxeneta!»

Entonces, muy humillado y temiendo, además, los ataques de los perros del barrio, que ya empezaban á caer sobre mí desde todos los puntos del zoco, eché á correr y alcancé á toda prisa la tienda abierta de un panadero, que estaba muy próxima á la del tripicallero.

Y he aquí que, á primera vista, aquel panadero me pareció, muy al contrario del vendedor de cabezas de carnero, devorado por los escrúpulos y dominado por las supersticiones, un hombre alegre y de buen augurio. Y lo era, en efecto. Y en el momento en que yo llegué delante de su tienda estaba él sentado en su estera tomando el desayuno. Y aunque yo no le había dado ninguna prueba de mi gana de comer, su alma compasiva le indujo en seguida á arrojarme un trozo grande de pan empapado en salsa de tomate, diciéndome con cariñosa voz: «Toma, ¡oh pobre! come á tu gusto.» Pero yo, lejos de abalanzarme con avidez y glotonería sobre

el bien de Alah, como hacen, por lo general, los demás perros, miré al generoso panadero haciéndole una seña con la cabeza y meneando la cola para patentizarle mi gratitud. Y debió conmoverle mi cortesía y verla con agrado, porque le vi sonreírme con bondad. Y aunque no me torturaba el hambre y no tenía gana de comer, no dejé de coger con los dientes el trozo de pan, únicamente por complacerle, y me lo comí con bastante lentitud para darle á entender que lo hacía por consideración á él y en honor suyo. Y él lo comprendió todo, y me llamó y me hizo seña de que me sentara junto á su tienda. Y me senté, dejando oír pequeños gruñidos de placer y mirando á la calle para indicarle que por el momento no le pedía otra cosa que su protección. Y gracias á Alah, que le había dotado de inteligencia, comprendió todas mis intenciones, y me hizo caricias que me animaron y me dieron confianza: osé, pues, introducirme en su casa. Pero fui bastante hábil para darle á entender que sólo lo haría con su permiso. Y lejos de oponerse á mi entrada, se mostró, por el contrario, lleno de afabilidad y me indicó un sitio donde podría instalarme sin incomodarle. Y tomé posesión de aquel sitio, que desde entonces conservé todo el tiempo que viví en la casa.

Y á partir de aquel momento mi amo sintió por mí una gran afección y me trató con benevolencia extremada. Y no podía almorzar, ni comer, ni cenar sin tenerme á su lado y darme una ración más

que suficiente. Y por mi parte, yo le demostraba toda la fidelidad y toda la abnegación de que puede ser capaz la mejor alma perruna. Y á causa del agradecimiento que sentía por sus cuidados, tenía los ojos fijos constantemente en él y no le dejaba dar un paso en la casa ó por la calle sin ir detrás de él fielmente, tanto más cuanto que hube de notar que mi atención le gustaba, y que si por casualidad se disponía á salir sin que yo, por algún indicio, me hubiese dado cuenta de antemano, no dejaba de llamarme familiarmente, silbándome. Y al punto me lanzaba yo á la calle desde mi sitio, y saltaba y me deshacía en cabriolas, dando mil vueltas en un instante y haciendo mil idas y venidas á la puerta. Y no cesaba en tales alborozos hasta que salía él á la calle. Y entonces le acompañaba por donde fuera, siguiéndole ó corriendo delante de él y mirándole de cuando en cuando para demostrarle mi alegría y mi contento.

Hacía ya algún tiempo que estaba yo en casa de mi amo el panadero, cuando un día entre los días entró en la tienda una mujer, que compró un panecillo que acababa de salir muy hueco del horno. Y tras de pagar á mi amo, la mujer cogió el pan y se dirigió á la puerta. Pero mi amo, que advirtió que era falsa la moneda que acababa de tomar, llamó á la mujer y le dijo: «¡Oh tía, que Alah alargue tu vida! ¡pero si no te enfada, prefiero otra moneda á ésta!» Y al mismo tiempo mi amo le tendió la moneda consabida. Pero la mujer, que era una vieja

empedernida, se negó con muchas protestas á tomar su moneda, pretendiendo que era buena, y diciendo: «¡Además, no soy yo quien la ha fabricado, y las monedas no se pueden escoger como las sandías y los cohombros!» Y mi amo no quedó ni por asomo convencido con los argumentos sin consistencia de aquella vieja, y le dijo con voz tranquila y no sin cierto desdén: «Tu moneda es tan visiblemente falsa, que hasta este perro mío que aquí ves, y que sólo es un animal mudo, sin discernimiento, no se equivocaría al verla.» Y sencillamente, con objeto de humillar á aquella calamitosa, y sin creer ni por pienso en el buen resultado del acto que iba á llevar á cabo, me gritó, llamándome por mi nombre: «¡Bakht! ¡Bakht! ¡Ven! ¡ven aquí!» Y al oír su voz, acudí á él meneando la cola. Y al punto cogió él el cajón de madera donde guardaba su dinero y lo volcó en el suelo, esparciendo ante mí todas las monedas que contenía. Y me dijo: «¡Aquí! ¡aquí! ¿Ves todo este dinero? ¡Mira bien todas estas monedas! ¡Y dime si no hay entre ellas una moneda falsa!» Y yo examiné atentamente todas las monedas, una tras otra, empujándolas ligeramente con la pata, y no tardé en caer sobre la moneda falsa. Y la dejé á un lado, separándola del montón y poniendo encima la pata para hacer comprender á mi amo que había dado con ella. Y le miré, dando pequeños chillidos y meneándome mucho.

Al ver aquello, mi amo, que estaba lejos de esperar semejante prueba de perspicacia en un ani-

mal de mi especie, llegó al límite extremo de la sorpresa y de la maravilla, y exclamó: «¡Alah es el más grande! ¡Y sólo en Alah está la omnipotencia!» Y la vieja, sin poder negar ya lo que sus propios ojos habían visto, y espantada además de lo que presenciaba, se apresuró á recoger su moneda falsa y á dar en cambio una buena. Y salió á toda prisa, enredándose en la cola de su traje.

En cuanto á mi amo, sin volver del asombro que hubo de producirle mi perspicacia, llamó á sus vecinos y á todos los tenderos del zoco...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 865.^a NOCHE*

Ella dijo:

...En cuanto á mi amo, sin volver del asombro que hubo de producirle mi perspicacia, llamó á sus vecinos y á todos los tenderos del zoco. Y les contó, con admiración, lo que había pasado, no sin exagerar mi mérito, que ya de por sí era bastante asombroso.

Al oír aquel relato de mi amo, todos los presentes se hicieron lenguas de mi inteligencia, diciendo que jamás habían visto un perro tan maravilloso.

Y para comprobar por sí mismos las palabras de mi amo, no porque sospechasen de su buena fe, sino sólo con el fin de alabarme más, quisieron poner á prueba mi sagacidad. Y fueron á buscar todas las monedas falsas que tenían en sus casas, y me las enseñaron juntas con otras de buena ley. Y al ver aquello, pensé: «¡Ya Alah! ¡asombra el número de monedas falsas que hay en casa de toda esta gente!»

Sin embargo, como no quería con mi retraimiento que se ennegreciera el rostro de mi amo en presencia de sus vecinos, examiné con atención todas las monedas que me pusieron delante de los ojos. Y no se presentó ni una sola falsa sobre la cual no pusiese yo la pata y la separase de las demás.

Y mi fama cundió por todos los zocos de la ciudad, y llegó hasta los harenes, merced á la locuacidad de la esposa de mi amo. Y desde por la mañana hasta por la noche asaltaba la panadería una muchedumbre de curiosos que querían experimentar mi habilidad para distinguir la moneda falsa. Y toda la jornada estaba yo ocupado en complacer así á los clientes, más numerosos de día en día, que iban á casa de mi amo desde los barrios más apartados de la ciudad. Y de tal suerte, mi reputación procuró á mi amo más ganancias que las de todos los panaderos de la ciudad reunidos. Y no cesaba mi amo de bendecir mi llegada, que había sido para él tan preciosa, como un tesoro. Y su fortuna, debida á sus sentimientos caritativos, hubo de apenar al vendedor de cabezas de carnero, que

se mordía los dedos de rabia. Y devorado por la envidia, no dejó de prepararme emboscadas para llevarme con él unas veces, y otras para darme disgustos, excitando contra mí, en cuanto yo salía, á todos los perros del barrio. Pero yo no tenía nada que temer; pues, por una parte, estaba bien guardado por mi amo, y por otra, estaba bien defendido por los tenderos, admiradores de mi habilidad.

Y hacía ya algún tiempo que vivía yo de aquel modo, rodeado de la consideración general; y hubiera estado verdaderamente contento de mi vida, si no asaltase de continuo mi memoria el recuerdo de mi antiguo estado de criatura humana. Y lo que sobre todo me hacía sufrir no era el ser un perro entre los perros, sino el verme privado del uso de la palabra y el estar reducido á expresarme con la mirada solamente y con las patas ó con gritos inarticulados. Y á veces, cuando me acordaba de la terrible noche del cementerio, se me erizaban los pelos del lomo y me estremecía.

Un día entre los días, una vieja de aspecto respetable fué, como todo el mundo, á comprar pan á la panadería, atraída por mi reputación. Y como todo el mundo, cuando cogió el pan y tuvo que pagar, no dejó de tirarme algunas monedas entre las cuales había puesto á propósito, para hacer la experiencia, una moneda falsa. Y al punto separé de las demás la moneda de mala ley y puse la pata encima, mirando á la vieja, como para invitarla á comprobar si había acertado. Y cogió ella la mone-

da, diciendo: «¡Has acertado! ¡es la falsa!» Y me miró con gran admiración, pagó á mi amo el pan que había comprado, y al marcharse me hizo una seña imperceptible que significaba claramente: «¡Sígueme!»

Y he aquí ¡oh Emir de los Creyentes! que adiviné que aquella mujer se interesaba por mí de un modo muy particular, pues la atención con que me había examinado era muy distinta de la manera como me miraban los demás. Sin embargo, como medida de prudencia, la dejé marcharse, contentándome con mirarla solamente. Pero después de dar algunos pasos, se volvió ella hacia mí, y al ver que yo no hacía mas que mirarla sin moverme de mi sitio, me hizo otra seña más apremiante que la primera. Entonces, impulsado por una curiosidad más fuerte que mi prudencia, aprovechándome de que mi amo estaba á lo último de la tienda ocupado en cocer pan, salté á la calle y seguí á aquella señora. Y eché á andar detrás de ella, parándome de cuando en cuando, vacilante y meneando la cola. Pero, animado por ella, acabé por sobreponerme á mi inquietud y la seguí hasta su casa.

Y abrió ella la puerta de la casa, entró la primera y me invitó con voz muy dulce á hacer lo propio, diciéndome: «¡Entra, entra, ¡oh pobre! que no te arrepentirás!» Y entré detrás de ella.

Entonces, después de cerrar la puerta, me llevó á los aposentos interiores y abrió una estancia, en la que me introdujo. Y vi sentada en un diván á

una joven como la luna, que bordaba. Y aquella joven, al verme, se tapó inmediatamente con el velo; y la señora vieja le dijo: «¡Oh hija mía! Te traigo al famoso perro del panadero, el mismo que tan bien sabe diferenciar las monedas buenas de las monedas falsas. Y ya sabes las dudas que te participé desde que corrió el primer rumor acerca del particular. Y hoy he ido á comprar pan en casa de su amo el panadero y he sido testigo de la verdad de los hechos; y me hice seguir por este perro tan raro que maravilla á Bagdad. ¡Dime, pues, tu opinión, ¡oh hija mía! á fin de que sepa si me he equivocado en mis conjeturas!» Y al punto contestó la joven: «¡Por Alah ¡oh madre! que no te equivocaste! Y en seguida voy á probártelo.»

Y la joven se levantó en aquella hora y en aquel instante, cogió un tazón de cobre rojo lleno de agua, murmuró sobre él ciertas palabras que no entendí, y rociándome con algunas gotas de aquella agua, dijo: «¡Si naciste perro, sigue siendo perro; pero si naciste ser humano, sacúdete y recobra tu forma primitiva en virtud de esta agua!» Y al instante me sacudí. Y se rompió el encanto, y perdí la forma de perro para convertirme en hombre, que era mi estado natural.

Entonces, conmovido de agradecimiento, me eché á los pies de mi libertadora para darle gracias por tan gran beneficio; y besé la orla de su traje, y le dije: «¡Oh joven bendita! Alah te premie con Sus mejores dones el beneficio sin igual de que te soy

deudor y con el que no has vacilado en favorecer á un hombre que no conoces, que es extraño en tu casa. ¿Cómo encontraré palabras para darte gracias y bendecirte como mereces? Sabe, al menos, que no me pertenezco ya y que me has comprado por un precio que excede en mucho á mi valor. Y á fin de que conozcas con exactitud al esclavo que ahora es de tu propiedad y posesión, voy á contarte mi historia en pocas palabras para no pesar sobre tus oídos ni fatigar tu entendimiento.»

Y entonces le dije quién era y cómo, siendo soltero, me decidí súbitamente á tomar mujer y á escogerla, no entre las hijas de los notables de Badad, nuestra ciudad, sino entre las esclavas extranjeras que se venden y se compran. Y mientras mi libertadora y su madre me escuchaban con atención, les conté también cómo me había seducido la extraña belleza de la joven del Norte, y mi matrimonio con ella, y mi complacencia y mis miramientos para su persona, y mi proceder delicado, y mi paciencia al soportar sus maneras extraordinarias. Y les hice el relato del espantoso descubrimiento nocturno, y de todo lo consiguiente, desde el principio hasta el fin, sin ocultarles un detalle.

Cuando mi libertadora y su madre oyeron mi relato, llegaron al límite de la indignación contra mi esposa, la joven del Norte. Y la madre de mi libertadora me dijo: «¡Oh hijo mío! ¡qué conducta tan extraña ha sido tu conducta! ¿Cómo ha podido inclinarse tu alma hacia una hija de extranjeros,

cuando nuestra ciudad es tan rica en jóvenes de todos colores, y cuando tan escogidos y tan numerosos son los beneficios de Alah sobre las cabezas de nuestras jóvenes? Ciertamente, tendrías que estar hechizado para haber elegido de ese modo sin discernimiento y haber confiado tu destino en las manos de una persona que se diferenciaba de ti en la sangre, en la raza, en la lengua y en el origen. Y bien veo que todo ha sido instigación del Cheitán, del Maligno, del Lapidado. ¡Pero demos gracias á Alah, que, por mediación de mi hija, te ha librado de la maldad de la extranjera y te ha devuelto tu anterior forma de ser humano!» Y tras de besarle las manos, le contesté: «¡Oh madre mía bendita! Me arrepiento, ante Alah y ante tu faz venerable, de mi acción desconsiderada. Y no anhele otra cosa que entrar en tu familia como he entrado en tu misericordia. Así, pues, si quieres aceptarme por esposo legítimo de tu hija la de alma noble, no tienes mas que pronunciar la palabra de conformidad.» Y contestó ella: «Por mi parte, no veo inconveniente en ello. Pero ¿qué te parece á ti, hija mía? ¿Te conviene este excelente joven que Alah ha puesto en nuestro camino?» Y mi joven libertadora contestó: «Sí, por Alah, me conviene, ¡oh madre mía! ¡Pero no es eso todo! Es preciso primero que para en adelante le pongamos al abrigo de las asechanzas y de la maldad de su antigua esposa. ¡Porque no es suficiente haber roto el encanto por el cual le había excluido ella de la sociedad de los seres humanos,

y tenemos que reducirla para siempre á la imposibilidad de hacerle daño!» Y tras de hablar así, salió de la habitación en que estábamos, volviendo al cabo de un instante con un frasco entre los dedos. Y me entregó aquel frasco, que estaba lleno de agua, y me dijo: «Sidi Nemán, mis libros antiguos, que acabo de consultar, me afirman que la perversa extranjera no está en tu casa á la hora de ahora y tardará en volver. Y también me afirman que la taimada finge, ante tus servidores, que siente gran inquietud por tu ausencia. Apresúrate, pues, mientras ella esté fuera, á volver á tu casa con el frasco que acabo de poner entre tus manos, y á esperarla en el patio, de modo que cuando vuelva se encuentre bruscamente cara á cara contigo. Y presa del asombro que la acometerá al verte de nuevo sin esperarlo, volverá la espalda para emprender la fuga. Y al punto la rociarás con el agua de este frasco, gritándole: «¡Abandona tu forma humana y conviértete en yegua!» Y ella en seguida se tornará yegua entre las yeguas. Y saltarás á su lomo, y la cogerás por la crin, y sin hacer caso de su resistencia, harás que le pongan en la boca un bocado doble á toda prueba. Y para castigarla como se merece, la emprenderás con ella á latigazos hasta que el cansancio te obligue á interrumpirte. Y todos los días de Alah le harás sufrir un trato análogo. Y de tal suerte será como la domines. Sin lo cual, su maldad acabará por sobreponerse. Y te hará padecer.»

Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! contesté con el oído y la obediencia, y me apresuré á ir á mi casa para esperar la llegada de mi antigua esposa, situándome disimuladamente de modo que la viese venir desde lejos y pudiese presentarme cara á cara de ella con brusquedad. Y he aquí que no tardó en mostrarse. Y á pesar de la emoción que me embargó á su vista y á la vista de su belleza conmovedora, no dejé de hacer aquello para lo cual había ido. Y logré á satisfacción convertirla en yegua.

Y desde entonces, tras de unirme por los lazos lícitos con mi libertadora, que era de mi sangre y de mi raza, no dejé de hacer sufrir á la yegua que viste en el meidán ¡oh Emir de los Creyentes! el trato cruel, sin duda alguna, que ha herido tu vista, pero que tiene justificación en la perniciosa maldad de la extranjera. ¡Y esta es mi historia!»

Cuando el califa hubo oído este relato de Sidi Nemán, se asombró mucho en su alma, y dijo al joven: «Ciertamente, tu historia es singular, y resulta merecido el trato que haces sufrir á esta yegua blanca. Sin embargo, me gustaría verte interceder con tu esposa para que consintiese en buscar el modo de no castigarla á diario con tanto rigor, aunque conservando á esa yegua con su forma de yegua. ¡Pero si la cosa no es posible, Alah es el más grande!»

Y tras de hablar así, Al-Rachid se encaró con el segundo personaje, que era el hermoso jinete que

cuando se le encontró iba á la cabeza del cortejo en un caballo que con su aspecto pregonaba su raza, aquel jinete que caracoleaba como un emir ó un hijo de rey, y á cuyo cortejo seguían un palanquín en que iban sentadas dos princesas jóvenes y unos músicos que tocaban aires indios y chinos, y le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 866.^a NOCHE*

La pequeña Doniazada exclamó: «¡Oh hermana mía! ¡por favor, apresúrate á decirnos qué pasó cuando el califa se hubo encarado con el joven jinete detrás del cual tocaban aires indios y chinos!» Y contestó Schahrazada: «¡De todo corazón amistoso!» Y continuó de esta manera:

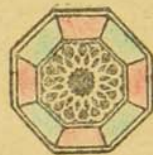
...Cuando el califa se encaró con el hermoso jinete que estaba de pie entre sus manos, y á quien había encontrado caracoleando sobre un caballo que con su aspecto pregonaba su raza, le dijo: «¡Oh joven! Por la cara me has parecido un noble extranjero, y para facilitarte el acceso á mi palacio te he hecho venir á mi presencia á fin de que nuestro oído y nuestra vista se regocijen contigo. Así, pues, si tienes alguna cosa que pedirnos, ó alguna

cosa admirable que contarnos, no te detengas más.» Y después de besar la tierra entre las manos del califa, el joven se inclinó y contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! El motivo de mi llegada á Bagdad no es una embajada ó comisión, como tampoco una simple curiosidad, sino sencillamente el deseo de volver á ver el país en que nací y donde he de vivir hasta mi muerte. ¡Pero tan asombrosa es mi historia, que no vacilo en contársela á nuestro dueño el Emir de los Creyentes!»

Y dijo:



Historia del jinete detrás del cual
tocaban aires indios y chinos



«Has de saber ¡oh mi señor y corona de nuestra cabeza! que por mi antiguo oficio, que también fué el oficio de mi padre y del padre de mi padre, era yo un leñador y el más pobre entre los leñadores de Bagdad. Y era mucha mi miseria, y á diario estaba agravada por la presencia, en mi casa, de la hija de mi tío, mi propia esposa, mujer de mal carácter, avara, pendenciera, dotada de ojos vacíos y de espíritu mezquino. Además, no servía para nada absolutamente, y la escoba de nuestra cocina se hubiera podido comparar con ella en ternura y en flexibilidad. Y como era más tenaz que una mosca borriquera y más escandalosa que una gallina asus-

tada, había yo decidido, tras de muchas disputas y sinsabores, no dirigirle la palabra nunca y ejecutar, sin discutir, todos sus caprichos, con objeto de tener alguna tranquilidad á mi regreso del trabajo fatigoso de la jornada. Con lo cual, cuando el Donador retribuía mis desvelos con algunos dracmas de plata, la maldita no dejaba de acudir á apoderarse de ellos en cuanto franqueaba yo el umbral. Y así es como transcurría mi vida, ¡oh Emir de los Creyentes!

Un día entre los días, teniendo necesidad de comprarme una cuerda para atar los haces, pues la que poseía estaba toda deshilachada, me decidí, á pesar del mucho terror que me inspiraba la idea de dirigir la palabra á mi esposa, á participarle la necesidad que tenía de comprar aquella cuerda nueva. Y apenas salieron de mi boca las palabras «comprar» y «cuerda», ¡oh Emir de los Creyentes! creí que sobre mi cabeza se abrían todas las puertas de las tempestades. Y aquello fué una tormenta desencadenada de injurias y de recriminaciones, que no es preciso repetir en presencia de nuestro amo. Y puso fin al altercado, diciéndome: «¡Ah, el peor de los tunantes y de los malos sujetos! Sin duda sólo me reclamas ese dinero para ir á gastártelo con las pelanduscas de Bagdad. Pero estate tranquilo, porque vigilo tu conducta ojo avizor. Y si realmente reclamas para una cuerda ese dinero, saldré contigo á fin de que la compres en mi presencia. ¡Y además, no saldrás de casa sin mí en lo sucesivo!» Y así diciendo, me arrastró airadamente al zoco, y ella

misma pagó al mercader la cuerda que me era necesaria para ganarme el pan. Pero sólo Alah sabe á costa de cuántos regateos y miradas atravesadas, dirigidas alternativamente á mí y al asustado mercader, se ultimó aquella accidentada compra.

Pero ¡oh mi señor! aquello no era mas que el principio de mi infortunio de aquel día. Porque, al salir del zoco, como quisiera yo despedirme de mi esposa para ir á mi trabajo, me dijo ella: «¿Cómo, cómo se entiende? ¡Yo voy contigo, y no te dejo!» Y sin más ni más, saltó al lomo de mi asno, y añadió: «En adelante, con objeto de vigilar tu trabajo, te acompañaré á la montaña donde aseguras que pasas el día.»

Y al escuchar semejante noticia, ¡oh mi señor! vi ennegrecerse ante mí el mundo entero, y comprendí que ya no me quedaba más remedio que morir. Y me dije: «¡He aquí ¡oh pobre! que la calamitosa no va ya á dejarte en paz! Antes, al menos, tenías alguna tranquilidad cuando estabas solo en la selva. Pero ahora se terminó aquello. ¡Muere en tu miseria y en tu desesperación! ¡No hay recurso ni poder mas que en Alah el Misericordioso! ¡De Él venimos y á Él volveremos!» Y una vez que hube llegado á la selva, resolví echarme de bruces y dejarme morir de muerte negra.

Y así pensando, sin contestar una palabra, eché á andar detrás del asno que llevaba áuestas el peso que gravitaba sobre mi alma y sobre mi vida.

Y he aquí que, de camino, el alma del hombre,

que le es cara á la vida, me sugirió, á fin de evitar la muerte, un proyecto en el cual no había pensado hasta entonces. Y no dejé de ponerlo en ejecución al punto.

En efecto, no bien llegamos al pie de la montaña y mi esposa se apeó del asno, le dije: «Escucha, ¡oh mujer! Ya que no es posible ocultarte nada, voy á declararte que la cuerda que acabamos de comprar no la tenía yo destinada á atar mis haces, sino que debía servir para enriquecernos por siempre.» Y estando mi esposa bajo la impresión de la sorpresa en que habíala sumido esta declaración inesperada, la conduje hacia el brocal de un pozo antiguo, seco desde hacía años, y le dije: «¿Ves este pozo? ¡Pues bien; contiene nuestro destino! Y voy á cogerlo con la cuerda.» Y como la hija del tío estuviese más perpleja cada vez, añadí: «¡Sí, por Alah! Hace mucho tiempo que he tenido la revelación de un tesoro oculto en este pozo y que está escrito en mi destino. Y hoy es el día en que tengo que bajar á buscarlo. Y por eso me decidí á rogarte que me compraras esa cuerda.»

Apenas hube pronunciado las palabras «tesoro» y «bajar al pozo», realizóse plenamente lo que yo había previsto. Porque mi esposa exclamó: «¡No, por Alah! ¡yo soy quien bajará ahí dentro! Porque tú nunca sabrías abrir el tesoro y apoderarte de él. Y además, no tengo confianza en tu honradez.» Y al punto se quitó su velo, y me dijo: «Vamos, date prisa á atarme con esa cuerda y á hacerme bajar

á ese pozo.» Y yo, ¡oh mi señor! después de poner algunas dificultades, nada más que por fórmula, y ganarme algunas injurias por mi vacilación, suspiré: «Hágase la voluntad de Alah y tu voluntad, ¡oh hija de hombres de bien!» Y la até fuertemente con la cuerda, pasándosela por debajo de los brazos, y la dejé escurrirse á lo largo del pozo. Y cuando sentí que había llegado al fondo, lo solté todo, tirando la cuerda al fondo del pozo. Y lancé un suspiro de satisfacción como no se había exhalado de mi pecho desde que salí del seno de mi madre. Y grité á la calamitosa: «¡Oh hija de hombres de bien! ¡ten la amabilidad de permanecer ahí hasta que yo venga á sacarte!» Y sin escuchar su respuesta, me volví tranquilamente á mi trabajo, y me puse á hacer haces cantando, cosa que no me había ocurrido desde mucho tiempo atrás. Y poseído de felicidad, creí que me habían crecido alas, pues me sentía ligero como los pájaros.

Y libre así de la causa de mis tribulaciones, por fin pude gustar el sabor de la tranquilidad y de la paz. Pero, al cabo de dos días, pensé para mi ánimo: «Ya Ahmad, la ley de Alah y de Su Enviado (¡con Él la plegaria y las bendiciones!) no permite á la criatura quitar la vida á otra criatura hecha á su imagen. Y al abandonar en el fondo del pozo á la hija de tu tío, la expones á morir de inanición. Claro que una criatura semejante merece el peor de los tratos. Pero no cargues tu conciencia con su muerte y sácala del fondo del pozo. ¡Y además,

quién sabe si esa lección le habrá corregido para siempre su mal carácter!»

Y sin poder resistir á este aviso de mi conciencia, me dirigí al pozo, y grité á la hija de mi tío, echándole otra cuerda: «Vamos, date prisa á atarte, que ya te saco. Espero que esta lección te habrá corregido.» Y cuando sentí que cogían la cuerda en el fondo del pozo, esperé un momento para dar tiempo á mi esposa á que se atara con ella fuertemente. Tras de lo cual, sintiendo que imprimía sacudidas á la cuerda para significarme que ya estaba dispuesta, la izé á duras penas, de tan pesado como era el peso que había al extremo de la tal cuerda. Y cuál no sería mi espanto ¡oh Emir de los Creyentes! al ver atado á aquella cuerda, en lugar de la hija de mi tío, un genni gigante, de aspecto poco tranquilizador...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 867.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y cuál no sería mi espanto ¡oh Emir de los Creyentes! al ver atado á aquella cuerda, en lugar de la hija de mi tío, un genni gigante, de aspecto

poco tranquilizador, que, en cuanto hubo tocado tierra, se inclinó ante mí y me dijo: «¡Cuántas gracias tengo que darte, ya Sidi Ahmad, por el servicio que acabas de hacerme! Has de saber, en efecto, que me cuento en el número de los genn que no tienen la facultad de volar por los aires y sólo pueden arrastrarse por la tierra, por más que de esta manera sea grande su velocidad y les permita andar tan de prisa como los genn aéreos. Y he aquí que desde hace años, yo, genni terrestre, había elegido este pozo antiguo para hacer de él mi morada. Y acá vivía muy en paz, cuando, hace dos días, bajó á mi mansión la peor mujer del Universo. No ha cesado de atormentarme desde que me tocó por compañera, y durante todo este tiempo me ha obligado á maniobrar con ella sin descanso, á mí, que hace años que vivía en el celibato y había perdido la costumbre de la copulación. ¡Ya Alah, cuán agradecido te estoy por haberme librado de esa calamitosa! ¡Ah! Ciertamente, un servicio tan importante no quedará sin recompensa, porque ha caído en el alma de quien sabe su valor. He aquí, pues, lo que puedo y quiero hacer por ti.»

Y se interrumpió un momento para tomar aliento, en tanto que yo, tranquilizado por sus buenas intenciones para conmigo, pensaba: «¡Por Alah, esa mujer es cosa tan espantosa, que ha conseguido asustar á los mismos genn y á los más gigantescos de entre los genn! ¿Cómo pude resistir tanto tiempo su malicia y su maldad?» Y lleno de conmiseración

para mí mismo y para mi compañero de infortunio, le escuché entonces, prosiguiendo él de este modo: «Sí, ya Sidi Ahmad; de leñador que eres, voy á hacer de ti un igual de los reyes más poderosos. Y he aquí cómo. Sé que el sultán de la India tiene una hija única, que es una adolescente como la luna en su décimocuarto día. Y es púber precisamente, con catorce años y cuarto de edad y virgen como la perla en su nácar. Y quiero hacer que te la dé en matrimonio su padre el sultán de la India, que la quiere más que á su propia vida. Y para realizar este proyecto, voy á ir á buen paso, lo más de prisa que pueda, al palacio del sultán, en la India, y entraré en el cuerpo de la joven princesa y tomaré posesión de su espíritu momentáneamente. Y de tal suerte, convertida en posesa, parecerá loca á cuantos la rodean, y su padre, el sultán, procurará que la curen los médicos más hábiles de la India. Pero ninguno podrá adivinar la verdadera causa del mal, que será mi presencia en el cuerpo de la joven; y todos los cuidados que con ella tengan fracasarán bajo mi aliento y por mi voluntad. Y entonces te presentarás tú, y serás quien cure á la princesa. Y voy á indicarte los medios para ello.» Y tras de hablar así, el genni se sacó del pecho algunas hojas de un árbol desconocido, las cuales me entregó, añadiendo: «Una vez que se te haya introducido á presencia de la princesa enferma, la examinarás como si ignorases completamente su mal, tomarás actitudes cabizbajas y pensativas para imponer con

ellas á tu alrededor, y acabarás por coger una de estas hojas, que empaparás en agua, y con la cual frotarás el rostro de la joven. Y al punto me veré forzado á salir de su cuerpo, y en aquella hora y en aquel instante recobrará ella la razón y tornará á su estado pristino. Y en vista de ello, como recompensa á la curación verificada, serás esposo de la joven, hija de rey. Y esta es, ya Sidi Ahmad, la manera como quiero corresponder al servicio capital que me has hecho librándome de esa mujer aterradora que ha venido á hacerme imposible la estancia en mi pozo, el tranquilo paraje donde esperaba yo que transcurriesen mis días en el retraimiento. ¡Y Alah maldiga á la calamitosa!»

Y tras de hablar así, el genni se despidió de mí, apremiándome para que me pusiese en camino hacia el país de la India; me deseó buen viaje y desapareció á mis ojos, corriendo por la superficie de la tierra como un gran navío empujado por la tempestad.

Entonces, ¡oh mi señor! al saber que en la India me esperaba mi destino, no vacilé en seguir las instrucciones del genni y en ponerme al punto en camino para aquel país lejano. Y Alah me escribió la seguridad, y después de un largo viaje lleno de fatigas, de privaciones y de peligros, que no hay ninguna utilidad en narrar á nuestro amo, llegué sin contratiempo al país de la India, donde reinaba el sultán, padre de mi futura esposa la princesa.

Y llegado de tal suerte al término de mi viaje,

me enteré de que, en efecto, hacía ya algún tiempo que habíase declarado la locura de la princesa, la cual tenía sumidos en la mayor consternación á la corte y á todo el país, y que, después de haber empleado en vano la ciencia de los médicos más hábiles, el sultán había prometido en matrimonio la princesa al que la curara.

Entonces yo, ¡oh Emir de los Creyentes! seguro de las instrucciones que me había dado el genni y sin ninguna inquietud respecto al éxito, me presenté á la audiencia que una vez al día concedía el sultán á los que querían ensayar una cura para el espíritu de la princesa. Y entré con toda confianza en el aposento donde estaba encerrada la joven, y no dejé de poner en práctica la lección del genni, adoptando todo género de actitudes importantes para que se me tomase completamente en serio. Luego, una vez que me impuse á cuantos me rodeaban, y sin hacer ni una pregunta acerca del estado de la enferma, mojé en agua una de las hojas que poseía y froté con ella el rostro de la princesa.

Y al instante, la joven fué presa de convulsiones, lanzó un grito estridente y cayó desvanecida. Era que el genni, con la impetuosidad de su salida del cuerpo de la joven, había producido aquel estado, que hubiera podido asustar á cualquier otro que no fuese yo. Pero, lejos de mostrarme alarmado, rocié con agua de rosas el rostro de la joven y la hice volver en sí. Y se despertó en su cabal razón, y se puso á hablar á todo el mundo con cor-

dura, dulzura y aplomo, reconociendo á quienes la rodeaban y llamando por su nombre á cada cual.

Y fué inmenso el júbilo en palacio y en toda la ciudad. Y el sultán de la India, en agradecimiento al servicio prestado, no renegó de su promesa, y me concedió á su hija. Y aquel mismo día se celebraron nuestras bodas con la mayor pompa, en medio del regocijo y la felicidad de todo un pueblo.

Y he aquí cómo llegué á ser esposo de la princesa, hija del rey de la India.

En cuanto á la segunda princesa, á quien viste sentada en el lado izquierdo del palanquín, ¡oh Emir de los Creyentes! he aquí lo que pasó.

Cuando el genni gigante hubo abandonado el cuerpo de la princesa de la India, en virtud del pacto concertado entre nosotros, torturó su espíritu para saber adónde iría á habitar en lo sucesivo, pues que ya no tenía albergue y el pozo seguía ocupado por la calamitosa hija de mi tío. Por otra parte, durante su estancia en el cuerpo de la joven, había acabado por tomarle el gusto á aquella especie de retiro, y se había prometido, á su salida de allí, ir á escoger el cuerpo de otra joven. Tras de reflexionar, pues, un instante, hizo su composición de lugar, y á toda velocidad se dirigió al reino de la China, como un gran navío ahuyentado por la tempestad.

Y no encontró nada mejor que ir á alojarse en el cuerpo de la hija del sultán de la China, una joven princesa de catorce años y cuarto, bella como

la luna en su décimocuarto día y virgen como la perla en su nácar. Y de repente, la princesa posesía se entregó á una serie de contorsiones y movimientos desordenados y á un desbordamiento de palabras incoherentes que hicieron creer en su locura. Y por más que el desdichado sultán de la China llamó á presencia de su hija á los más hábiles médicos chinos, no consiguió que su hija volviera á su estado anterior. Y con su palacio y su reino, quedó sumido en la desolación y la desesperación, pues la princesa era su única hija y era tan amable como encantadora y hermosa. Pero al fin Alah se apiadó de él, é hizo llegar hasta sus oídos el rumor de la curación maravillosa, merced á mis cuidados, de la princesa india que había llegado á ser mi esposa. Y al punto envió un embajador al padre de mi esposa para que me rogara que fuese á curar á su hija, la princesa de la China, prometiéndomela en matrimonio, caso de éxito.

Entonces fui en busca de mi joven esposa, hija del sultán de la India, y la puse al corriente de la demanda y de la proposición que se me hacía. Y logré convencerla de que podía muy bien aceptar por hermana á la princesa de la China que me ofrecían por esposa en caso de curación. Y partí para la China.

Pero ¡oh Emir de los Creyentes! todo lo que acabo de contarte acerca de la posesión de la princesa china por el genni sólo hube de saberlo al llegar á la China, y de los propios labios del genni en

cuestión. Porque hasta entonces yo no conocía con exactitud la naturaleza del mal que sufría la princesa china, y suponía que mis hojas llegarían á curarla cualquier dolencia. Por eso hube de partir lleno de confianza, sin sospechar que era mi antiguo amigo, el genni gigante, quien había causado el daño eligiendo para domicilio el cuerpo de la hija del sultán.

Así es que, una vez entré en el aposento de la princesa china, adonde había pedido que me dejaran solo con la enferma, fué extremado mi asombro al reconocer la voz de mi amigo el genni gigante, que me decía por boca de la princesa: «¡Cómo! ¿eres tú, ya Sidi Ahmad? ¿Eres tú, á quien he colmado de beneficios, quien viene á echarme de la morada que he escogido para mi vejez? ¿No te da vergüenza corresponder al bien con el mal? ¿Y no temes que, si me fuerzas á salir de aquí, vaya yo derecho á la India para entregarme, durante tu ausencia, á diversas copulaciones extremadas con la persona de tu esposa india, y la mate luego?»

Y como no era poco lo que me asustaba aquella amenaza, se aprovechó de ello para contarme su historia á partir del día en que había salido del cuerpo de mi esposa india, y por mi bien me adjuró á que le dejara vivir tranquilamente en el nuevo alojamiento que había escogido.

Entonces yo, muy perplejo, y sin querer caer en falta de gratitud con aquel excelente genni que, en suma, había sido el causante de mi fortuna, ya

iba á decidirme á volver al lado del sultán de la China para declararle que me sentía incapaz de librar, con mi ciencia, de su mal á la princesa, cuando Alah infundió en mi espíritu una estratagema. Me encaré, pues, con el genni, y le dije: «¡Oh jefe de los genn y corona suya, ¡oh excelente! No es para curar á la princesa de la China por lo que he venido aquí, sino que hice todo este viaje para rogarte, por el contrario, que vengas en mi socorro. Sin duda te acordarás de aquella mujer con quien pasaste en el pozo algunos malos ratos. Pues bien; aquella mujer era mi esposa, la hija de mi tío. Y fui yo quien la arrojó á aquel pozo para tener paz. Y he aquí que la calamidad me persigue, porque no sé quién ha podido sacar de allí á esa hija de perro. Pero el caso es que está en libertad y me sigue los pasos. Va detrás de mí por todas partes, y ¡qué desgracia la nuestra! dentro de un instante estará aquí mismo. Y ya la oigo gritar con su voz aborrecible en el patio del palacio. Por favor, ayúdame, ¡oh amigo mío! ¡Vengo á implorar tu concurso!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 868.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...Y ya la oigo gritar con su voz aborrecible en el patio del palacio. Por favor, ayúdame, ¡oh amigo mío! ¡Vengo á implorar tu concurso!»

Cuando el genni hubo oído mis palabras, sintió que le poseía un terror indescriptible, y exclamó: «¡Mi concurso! ¡ya Alah! ¡mi concurso! ¡Que mis hermanos los genn me preserven de encontrarme nunca cara á cara con una mujer semejante! ¡Amigo Ahmad, arréglate como puedas! En cuanto á mí, nada podría hacer. Y me voy al instante.»

Dijo, y salió con estrépito del cuerpo de la princesa para echar á correr y devorar á su paso la distancia: parecía un gran navío ahuyentado en el mar por la tempestad.

Y la princesa china volvió á la razón. Y llegó á ser mi segunda esposa. Y desde entonces viví con las dos jóvenes reales entre delicias de todas clases y placeres delicados.

Y á la sazón pensé, antes de ser sultán de la India ó de la China y de encontrarme en la imposibilidad de viajar, en volver á ver el país en que nací y donde viví como leñador, esta ciudad de Bagdad, ciudad de paz.

Y ya sabes ¡oh Emir de los Creyentes! por qué me has encontrado en el puente de Bagdad á la cabeza de mi cortejo, seguido del palanquín que llevaba á mis dos esposas, las princesas de la India y de la China, en honor de las cuales los músicos tocaban en sus instrumentos aires indios y chinos.

Y tal es mi historia.

¡Pero Alah es más sabio!»

Cuando el califa hubo oído el relato del noble jinete, se levantó en honor suyo y le invitó á sentarse junto á él en el lecho del trono. Y le felicitó por haber sido escogido por los decretos del Todopoderoso para convertirse, de pobre leñador que era, en heredero del trono de la India y del trono de la China. Y añadió: «¡Alah selle nuestra amistad y te guarde y te conserve para dicha de tus futuros reinos!»

Tras de lo cual, Al-Rachid se encaró con el tercer personaje, que era el venerable jeque de mano generosa, y le dijo: «¡Oh jeque! Te he encontrado ayer en el puente de Bagdad, y lo que he visto de tu generosidad, de tu modestia y de tu humildad ante Alah me ha incitado á tratarte más de cerca. Y estoy convencido de que las vías de que plugo al Retribuidor servirse para gratificarte con Sus dones deben ser extraordinarias. Tengo gran curiosidad de saberlas por ti mismo, y para darme esa satisfacción te he hecho venir. Háblame, pues, con sinceridad, á fin de que me regocije partici-

pando de tu dicha con más conocimiento. ¡Y ten la seguridad de que, digas lo que digas, de antemano estás cubierto con el pañuelo de mi protección y de mi salvaguardia!»

Y después de besar la tierra entre las manos del califa, contestó el jeque de mano generosa: «¡Oh Emir de los Creyentes! Te haré el relato fiel de lo que merece ser contado de mi vida. ¡Y si mi historia es asombrosa, más asombrosos son todavía el poderío y la munificencia del Dueño del Universo!»

Y contó su historia como sigue:



Historia del jeque de mano generosa



«Has de saber ¡oh mi señor y señor de todo beneficio! que toda mi vida ejercí el oficio de pobre cordelero, trabajando en el cáñamo, como antes que yo habían trabajado mi padre y mis antepasados. Y lo que ganaba con mi oficio apenas bastaba para alimentarnos á mí, á mi esposa y á mis hijos. Pero, exento de capacidades para ejercer otra profesión, me contentaba, sin renegar demasiado, con lo poco que nos deparaba el Retribuidor, y sólo atribuía mi miseria á mi falta de maña y á la pesadez de mi espíritu. Y en eso no me equivocaba; debo declararlo con toda humildad ante el Dueño de la inteligencia. Pero ¡oh mi señor! la intelligen-

cia no ha sido nunca patrimonio de los cordeleros que trabajan en cáñamo, y su sitio predilecto no iba á estar debajo del turbante de un cordelero que trabajara en cáñamo. Por eso, al fin y al cabo, no me quedaba más remedio que comer el pan de Alah sin emitir aspiraciones más irrealizables que pasar de un salto la cumbre de la montaña Kaf.

Un día entre los días, estando yo sentado en mi tienda, con una cuerda de cáñamo sujeta al dedo gordo del pie y acabando de confeccionarla, vi acercarse dos ricos habitantes de mi barrio, que tenían costumbre de ir á sentarse delante de mi tienda para charlar de unas cosas y de otras, tomando el aire de la tarde. Y aquellos dos notables de mi barrio estaban unidos por la amistad, y les gustaba discutir entre sí, tan pronto sobre una cosa como sobre otra, desgranando su rosario de ámbar. Pero jamás, en la animación de sus charlas, habían llegado á pronunciar una palabra más alta que otra ni á salirse de la cortesía que los amigos deben tener con los amigos en las relaciones de la vida. Bien al contrario, cuando uno hablaba el otro escuchaba, y viceversa. Con lo cual sus discursos eran siempre sensatos, y yo mismo, no obstante mi poca inteligencia, solía sacar provecho de tan buenas palabras.

Y aquel día, una vez que me hicieron la zalema y yo se la devolví como es debido, fueron á su sitio habitual, delante de mi tienda, y continuaron una charla que ya habían iniciado en su paseo. Y uno

de ellos, que se llamaba Si Saad, dijo al otro, que se llamaba Si Saadi: «¡Oh amigo mío Saadi! No es por contradecirte; pero, por Alah, un hombre no puede ser dichoso en este mundo mas que teniendo bienes y grandes riquezas, para vivir con toda independencia. Y por otra parte, los pobres no son pobres mas que porque han nacido en la pobreza, transmitida de padres á hijos, ó porque, nacidos con riquezas, las han perdido á causa de la prodigalidad, de la relajación, de algún mal negocio, ó sencillamente por una de esas fatalidades contra las cuales es impotente la criatura. De todos modos, ¡oh Saadi! mi opinión es que los pobres sólo son pobres porque no pueden llegar á acumular una cantidad de dinero lo bastante importante para permitirles enriquecerse definitivamente con algún negocio comercial emprendido á tiempo. Y entiendo que si, enriquecidos de tal suerte, hacen un uso conveniente de su riqueza, no solamente serán ricos, sino que llegarán á ser más opulentos por el tiempo.»

A lo cual respondió Si Saadi, diciendo: «¡Oh amigo mío Saad! No es por contradecirte; pero, por Alah, que estoy contrariado por no ser de tu opinión. Por lo pronto, claro que más vale, generalmente, vivir con desahogo que con pobreza. Pero la riqueza por sí misma no tiene nada que pueda tentar á un alma sin ambición. A lo más, es útil para sembrar dádivas en torno nuestro. ¡Pero cuántos inconvenientes tiene! ¿No sabemos algo de eso por nosotros mismos, que á diario tenemos que aguantar tantos

ajetreos y sinsabores? ¿Y no es, en suma, preferible á la nuestra la suerte de nuestro amigo Hassán el cordelero? Y además, ¡oh Saad! el medio que propones para que un pobre se vuelva rico no me parece tan seguro como á ti. Considera, en efecto, que ese medio es muy problemático, porque depende de una porción de circunstancias y coincidencias tan problemáticas como él mismo, y que sería demasiado prolijo discutir. Por mi parte, creo que un pobre desprovisto de todo dinero en un principio tiene, por lo menos, tantas probabilidades de hacerse rico como si poseyera algo; quiere decirse, pues, que sin un ahorro inicial puede llegar á ser inmensamente rico sin tomarse el menor trabajo, sencillamente porque tal sea su destino. Por eso entiendo que es del todo inútil hacer economías en previsión de los días malos, pues los días malos como los buenos nos vienen de Alah, y hacemos mal en escatimar los bienes que nos depara el Retribuidor en el presente, tratando de apartar lo que nos sobre. Este exceso, ¡oh Saad! si existe, debe ir á parar á los pobres de Alah; y reservárnoslo supone falta de confianza en la generosidad del Retribuidor. En cuanto á mí, ¡oh amigo mío! no se pasa día en que no me despierte diciéndome: «¡Regocíjate, ya Si Saadi, porque quién sabe en qué consistirá hoy el beneficio que te haga tu Señor!» Y jamás ha sido defraudada mi fe en el Retribuidor. Y por eso en mi vida he trabajado ni me he preocupado nunca del mañana. Y esta es mi opinión.»

Al oír estas palabras de su amigo, el notable Si Saad contestó: «¡Oh Saadi! Bien se me alcanza que por hoy sería verdaderamente inútil persistir en sostener mi opinión en contra de la tuya. Por eso, en vez de discutir sin objeto, prefiero intentar una experiencia que pueda convencerte de la excelencia de mi manera de considerar la vida. Quiero, pues, ir sin tardanza en busca de un hombre verdaderamente pobre, nacido de un padre tan miserable como él, á quien daré sin más ni más una suma importante que le sirva de ahorro inicial. Y como el hombre que escogeré tendrá que haber dado pruebas de honradez, la experiencia nos probará quién de nosotros dos tiene razón, si tú, que todo lo esperas del Destino, ó yo, que entiendo es preciso que cada uno edifique por sí mismo la propia casa.»

Y contestó Si Saadi: «Está muy bien, ¡oh amigo mío! Y para dar con el hombre pobre y honrado de que hablas, no tenemos necesidad de ir á buscarle lejos. He ahí á nuestro amigo Hassán el cordelero, que, verdaderamente, reúne las condiciones requeridas. ¡Y no podrá caer tu liberalidad sobre cabeza más digna!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 869.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...He ahí á nuestro amigo Hassán el cordele-
ro, que, verdaderamente, reúne las condiciones re-
queridas. ¡Y no podrá caer tu liberalidad sobre ca-
beza más digna!»

Y contestó Si Saad: «¡Por Alah, que dices ver-
dad! Y sólo por olvido quise buscar fuera de aquí
lo que tenemos al alcance de la mano.»

Luego se encaró conmigo, y me dijo: «¡Ya Has-
sán! Sé que tienes una numerosa familia, la cual
tiene á su vez bocas numerosas y dientes numero-
sos, y que ni uno de los cinco hijos con que te ha
gratificado el Donador está todavía en edad de
ayudarte á la menor cosa. Por otra parte, sé que
el cáñamo sin trabajar, aunque no está demasiado
caro á la cotización actual del zoco, precisa de
algún dinero para comprarlo. Y para disponer de
ese dinero hay que haber hecho economías. Y las
economías no son posibles en un hogar como el
tuyo, donde el haber es más exiguo que el debe.
Así, pues, ¡ya Hassán! para ayudarte á salir de la
miseria, quiero hacerte don de una suma de dos-
cientos dinares de oro, que te servirá de fondo ini-
cial para ampliar tu comercio cordelero. ¡Dime,

pues, si con esa suma de doscientos dinares crees que podrás sacar adelante el negocio, haciendo fructificar el dinero con habilidad y sagacidad!»

Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! contesté: «¡Oh amo mío! ¡que Alah alargue tu vida y te haga recuperar el céntuplo de lo que me ofrece tu munificencia! Y puesto que te dignas interrogarme, me atrevo á decirte que en mi tierra el grano cae en un suelo fértil, y que, sin presumir con exceso de mis aptitudes, una suma mucho menor entre mis manos bastaría, no solamente para que fuera yo tan rico como los principales cordeleros de mi profesión, sino hasta para que fuera yo solo más opulento que todos los cordeleros reunidos de esta ciudad de Bagdad, no obstante lo populosa y grande que es—siempre que Alah me favorezca—, ¡inschala!»

Y Si Saad, muy satisfecho de mi respuesta, me dijo: «¡Me inspiras mucha confianza, ya Hassán!» Y se sacó del seno una bolsa, que puso entre mis manos, y me dijo: «Toma esta bolsa, que contiene los doscientos dinares consabidos. ¡Y ojalá hagas de ellos un uso afortunado y prudente y encuentres ahí el germen de la riqueza! ¡Y ten la seguridad de que yo y mi amigo Si Saadi nos regocijaremos en extremo si un día sabemos que en la prosperidad eres más dichoso que en medio de privaciones!»

Entonces, ¡oh mi señor! tomando la bolsa, llegué al límite de los transportes de alegría. Y era tal mi emoción, que me sentí incapaz de hacer

decir á mi lengua las palabras de gratitud que convenía pronunciar en semejante circunstancia; y á duras penas pude inclinarme hasta tierra y coger el borde del traje de mi bienhechor, llevándomelo á los labios y á la frente. Pero él se apresuró á retirarlo con modestia y se despidió de mí. Y acompañado de su amigo Si Saadi, se levantó para continuar su interrumpido paseo.

En cuanto á mí, cuando se hubieron alejado ellos, el primer pensamiento que asaltó naturalmente mi espíritu fué buscar un sitio donde guardar bien la bolsa de doscientos dinares para que estuviese segura del todo. Y como en mi pobre casita, compuesta de una sola pieza, no había ni armario, ni olor de armario, ni cajón, ni cofre, ni nada semejante donde esconder un objeto que se tuviese que esconder, quedé extremadamente perplejo, y por un momento pensé en ir á enterrar aquel dinero en algún paraje desierto, fuera de la ciudad, mientras daba con el modo de hacerlo fructificar. Pero volví de mi acuerdo al pensar que mi mala suerte podía hacer que se descubriera mi escondite ó que algún labrador me viera. Y al punto se me ocurrió la idea de que lo mejor sería ocultar la bolsa en los pliegues de mi turbante. Y en aquella hora y en aquel instante me levanté, cerré la puerta de la tienda, y desenrollé mi turbante en toda su extensión. Y empecé por sacar de la bolsa diez monedas de oro, que aparté para gastarlas, y envolví el resto, con la bolsa, en los pliegues de la tela, co-

giéndola por un extremo. Y anudando este extremo á la bolsa, lo junté con mi gorro y me hice de nuevo el turbante con cuatro vueltas perfectamente combinadas. Y entonces pude respirar más á mis anchas.

Acabado este trabajo, volvi á abrir la puerta de mi tienda, y me apresuré á ir al zoco para aprovisionarme de cuanto tenía necesidad. Comencé por comprarme una buena cantidad de cáñamo, que llevé á mi tienda. Tras de lo cual, como hacía tiempo que no había yo visto carne en mi casa, fui á la carnicería y compré una espaldilla de cordero. Y emprendí el camino á casa para llevar á mi mujer aquella espaldilla de cordero, á fin de que nos la guisase con tomates. Y de antemano me regocijaba con el júbilo de los niños á la vista de aquel manjar succulento.

Pero ¡oh mi señor! mi presunción era demasiado notoria para que se quedase sin castigo. Porque me había yo puesto á la cabeza aquella espaldilla, y caminaba moviendo mucho los brazos, con el espíritu perdido en mis ensueños de opulencia. Y he aquí que un gavilán hambriento se abalanzó á la espaldilla de cordero, y antes de que yo pudiese alzar los brazos ó hacer el menor movimiento, me la arrebató, así como el turbante con lo que contenía, y remontó el vuelo llevándose la espaldilla en el pico y el turbante en las garras.

Y al ver aquello, me puse á lanzar gritos tan desaforados, que los hombres, mujeres y niños de

la vecindad se conmovieron y juntaron sus gritos á los míos para asustar al ladrón y hacerle soltar su presa. Pero en vez de producir este efecto, nuestros gritos no hicieron mas que excitar al gavián y acelerar el movimiento de sus alas. Y pronto desapareció en los aires con mi hacienda y mi suerte.

Y yo, despechado y entristecido, tuve que resignarme á comprar otro turbante, lo que ocasionó una nueva disminución en los dinares de oro que había tenido cuidado de sacar de la bolsa, y que á la sazón constituían todo mi haber. Y he aquí que, como había gastado buena parte de ellos en la compra de mis provisiones de cáñamo, lo que me quedaba estaba lejos de bastar para hacerme concebir en adelante sólidas esperanzas en mi porvenir de opulencia. Pero en verdad que lo que me causó más pena y ensombreció el mundo ante mis ojos fué el pensamiento de que mi bienhechor Si Saad tuviera que arrepentirse de haber escogido tan mal al hombre á quien había confiado su dinero y del éxito de la experiencia proyectada. Y me decía yo, además, que cuando él se enterara de la funesta aventura, acaso la considerase una invención de mi parte y me abrumara con su desprecio.

De todos modos, ¡oh mi señor! mientras duraron los escasos dinares que me quedaron después del robo llevado á cabo por el gavián, no tuvimos en casa demasiados motivos de queja. Pero cuando se gastó la última moneda menuda, no tardamos en caer en la misma miseria de tiempo atrás, y me vi

en igual imposibilidad de salir de mi estado. Sin embargo, me guardé bien de murmurar contra los decretos del Altísimo, y pensé: «¡Oh pobre! ¡el Retribuidor te ha dado bienes cuando menos los esperabas, y te los ha quitado casi al mismo tiempo, porque así le plugo, y suyos eran esos bienes! ¡Resígnate ante Sus decretos, y sométete á Su voluntad!» Y mientras á mí me agitaban estos sentimientos, estaba de lo más inconsolable mi mujer, á quien yo no había podido por menos de participar la pérdida que sufrí y de dónde me llegaba. Y para colmo de infortunio, como en mi turbación también se me había escapado decir á mis vecinos que con mi turbante perdía el valor de ciento noventa dinares de oro, mis vecinos, para quienes era conocida mi pobreza desde hacía mucho tiempo, se rieron de mis palabras con sus hijos, persuadidos de que la pérdida de mi turbante me había vuelto loco. Y las mujeres decían á mi paso, riendo: «¡Ahí va el que dejó echar á volar su razón con su turbante!»

¡Eso fué todo!

Y he aquí ¡oh Emir de los Creyentes! que haría unos diez meses que el gavilán me había ocasionado aquella desgracia, cuando los dos señores amigos Si Saad y Si Saadi pensaron ir á pedirmé cuentas del uso que había hecho yo de la bolsa de doscientos dinares. Y mientras se dirigían á mí, Si Saad decía á Si Saadi: «¡Ya hace días que pensaba en nuestro amigo Hassán, complaciéndome mucho

en la satisfacción que voy á tener al hacerte testigo del éxito de nuestra experiencia! Vas á notar en él un cambio tan grande, que nos costará trabajo reconocerle.» Y como ya estaban muy próximos á la tienda, Si Saadi contestó, sonriendo: «Me parece, por Alah, ¡oh amigo mío Saad! que te comes el cohombro antes de que esté maduro. Por lo que á mí respecta, con mis propios ojos veo ya á Hassán sentado, como de ordinario, con el cáñamo sujeto al dedo gordo del pie; pero no asombra mi vista ningún cambio notable de su persona. Porque hele ahí tan pobremente vestido como antes, y la única diferencia que observo en él es que su turbante es un poco menos feo y grasiento que el que tenía hace diez meses. Además, miralo por ti mismo, y verás que lo que he dicho no tiene vuelta de hoja.»

A la sazón, Si Saad, que ya había llegado ante la tienda, me examinó y vió también que en mi estado no había alteración, ni mejora en mi aspecto. Y entraron en mi casa ambos amigos, y después de las zalemas de rigor, Si Saadi me dijo: «Y bien, Hassán, ¿á qué obedece esa cara demudada y ese aire compungido? ¡Por lo visto, tus negocios te dan quehacer y el cambio de vida te entristece un poco!» Y con los ojos bajos, contesté: «¡Oh mis señores! Alah prolongue vuestra vida; pero el Destino siempre es enemigo mío y las tribulaciones del presente son peores que las del pasado. ¡En cuanto á la confianza que mi amo Si Saad ha cifrado en su esclavo, se ve defraudada, no ciertamente por cul-

pa de su esclavo, sino por culpa de la hostilidad del Destino!» Y le conté mi aventura con todos sus detalles, tal como te la he contado, ¡oh Emir de los Creyentes! Pero no hay utilidad en repetirla.

Cuando hube terminado mi relato, vi que Si Saadi sonreía con malicia, mirando á Si Saad, que estaba muy abatido. Y hubo un momento de silencio, al cabo del cual me dijo Si Saad: «En verdad que el éxito no es tal como yo esperaba. Pero no voy á hacerte reproches, aunque esa historia del gavilán sea un poco extraña, y me induzca, en uso de mi derecho, á no creerla y á suponer que te has divertido, te has regalado y has estado de comilona con el dinero que te di para que de él hicieras un uso muy distinto. De todos modos, deseo intentar la experiencia contigo una vez más, y entregarte otra suma igual á la primera. ¡Porque no quiero que mi amigo Saadi se salga con la suya después de una sola tentativa por mi parte!»

Y tras de hablar así, me contó doscientos dinares, diciéndome: «Quiero creer que esta vez no guardarás esa suma en tu turbante...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 870.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Quiero creer que esta vez no guardarás esa suma en tu turbante.» Y cuando ya le cogía yo las manos para llevármelas á los labios, me dejó y se fué con su amigo.

Por lo que á mí respecta, no reanudé mi trabajo cuando se marcharon, y me apresuré á cerrar la tienda y á entrar en casa, sabiendo que á aquella hora no encontraría allí á mi mujer ni á los niños. Y puse aparte diez dinares de oro de los doscientos, y envolví los otros ciento noventa en un lienzo, atándolo. Y ya sólo me quedaba dar con un lugar seguro para esconder aquel dinero. Así es que, después de haber reflexionado mucho tiempo, se me ocurrió meterlo en el fondo de una cuba llena de salvado, donde me imaginaba con razón que nadie pensaría en ir á buscarlo. Y tras de colocar otra vez la cuba en su rincón, salí, mientras mi mujer entraba á preparar la comida. Y dejándola sola le dije que iba á comprar cáñamo, pero que volvería á la hora de comer.

Y he aquí que, mientras yo estaba en el zoco para hacer aquella compra, acertó á pasar por mi calle un vendedor de esa tierra que limpia los ca-

bellos y de la cual se sirven las mujeres en el hammam, y se anunció con su pregón. Y mi mujer, que desde hacía mucho tiempo no se había limpiado el cabello, llamó al vendedor. Pero como no tenía dinero encima, no sabía qué hacer para pagarle, y pensó, diciéndoselo á sí misma: «Esta cuba de salvado que hace tanto tiempo que está aquí, por el momento no nos es de ninguna necesidad. Voy, pues, á dársela al vendedor á cambio de la tierra de limpiar el cabello.» Y así lo hizo. Y tras de consentir el vendedor en este cambio, quedó ultimado el trato. Y se llevó la cuba con su contenido.

En cuanto á mí, á la hora de comer volví cargado con cuanto cáñamo podía llevar á cuestas, y lo puse en el sobradillo que á este efecto había dispuesto en la casa. Luego me apresuré á echar disimuladamente una ojeada á la cuba que contenía mi fortuna. Y vi lo que vi. Y pregunté con precipitación á mi mujer por qué había quitado la cuba de su sitio habitual. Y me contestó contándome tranquilamente el cambio consabido. Y con la impresión entró la muerte roja en mi alma. Y me desplomé en el suelo como un hombre atacado de vértigo. Y exclamé: «Alejado sea el Lapidado, ¡oh mujer! Acabas de cambiar mi destino, tu destino y el destino de nuestros hijos por un poco de tierra de limpiar los cabellos. ¡Esta vez estamos perdidos sin remedio!» Y en pocas palabras la puse al corriente de la cosa. Y ella empezó á lamentarse, á golpearse el pecho, á mesarse los cabellos y á desgarrarse los

vestidos con desesperación. Y exclamó: «¡Oh, qué desgracia por culpa mía! He vendido la fortuna de los niños á ese vendedor de tierra de limpiar, á quien no conozco. Es la primera vez que pasa por nuestra calle, y ya no volveré á encontrarle nunca, sobre todo ahora que habrá descubierto la bolsa.» Luego, tras de la reflexión, hubo de reprocharme mi falta de confianza en ella para un asunto de tanta importancia, diciéndome que seguramente se habría evitado aquella desgracia si yo le hubiese dado parte de mi secreto. Y sin duda sería demasiado prolijo contarte, ¡oh mi señor! pues no ignoras cuán elocuentes son las mujeres en la aflicción, todo lo que el dolor le puso entonces en la boca. Y yo no sabía qué hacer para calmarla. Le decía: «¡Oh hija del tío, modérate, por favor! ¿No ves que vas á atraer con tus gritos y tus llantos á todos los vecinos, y verdaderamente no hay necesidad de que se enteren de esta segunda desgracia, cuando no tienen ya bastantes sonrisas y palabras burlonas para hacer befa de nosotros y humillarnos con lo del gavilán? Y ahora tendrían doble gusto en bromearnos por nuestra candidez. Así, que es preferible para nosotros, que ya hemos aguantado sus bromas, ocultar esta pérdida y soportarla pacientemente, sometiéndonos á los decretos del Altísimo. Todavía hemos de bendecirle por no haber querido quitarnos de Sus dones mas que ciento noventa monedas, dejándonos estas diez, cuyo empleo no dejará de proporcionarnos algún desahogo.» Pero, por muy buenas que

fuesen mis razones, á mi mujer le costó mucho trabajo rendirse á ellas. Y sólo conseguí consolarla poco á poco, diciéndole: «Es verdad que somos pobres. Pero, en suma, ¿qué tienen más que nosotros en la vida los ricos? ¿No respiramos el mismo aire? ¿No disfrutamos del mismo cielo y de la misma luz? ¿Y no se mueren ellos como nosotros?» Y hablando así, ¡oh mi señor! no solamente acabé por convencerla, sino por convencerme á mí mismo. Y reanudé mi trabajo, con el espíritu tan libre como si no nos hubiesen sucedido aquellas dos afflictivas aventuras.

Una sola cosa, sin embargo, continuaba apenándome: me sentía inquieto al preguntarme á mí mismo cómo iba á resistir la presencia de Si Saad, mi bienhechor, cuando fuera á pedirme cuentas del empleo de los doscientos dinares de oro. Y esta idea ennegrecía ante mi rostro el mundo y la vida.

Por fin llegó el tan temido día que me puso en presencia de ambos amigos. Y felicitándose por haber tardado tanto en ir á saber noticias mías, Si Saad debía decir sin duda á Si Saadi: «No nos apremuremos á ir en busca de Hassán el cordelero. Porque cuanto más retrasemos nuestra visita, más se habrá enriquecido, y será mayor la satisfacción que yo tenga.» Y Si Saadi supongo que respondería, sonriendo: «¡Por Alah, que no deseo otra cosa que estar de acuerdo contigo! No obstante, me temo que el pobre Hassán todavía tenga que recorrer mucho camino antes de llegar al paraje donde le espera

la opulencia. Pero ya hemos llegado. ¡Y él mismo ha de decirnos cómo van sus negocios!»

Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! estaba tan confuso, que no tenía mas que un deseo, y era el de ocultarme á su vista; y con todas mis fuerzas anhelaba que la tierra se abriese y me tragase. Así es que cuando estuvieron delante de la tienda, hice como que no les advertía, y aparenté estar muy atareado en mi trabajo de cordelero. Y sólo levanté los ojos para mirarlos cuando me hicieron la zalema y me vi obligado á devolvérsela. Y para que no durasen mucho rato mi suplicio y mi azoramiento, no quise esperar á que me preguntaran, y me encaré resueltamente con Si Saad y le conté, sin tomar aliento, la segunda desgracia que me había ocurrido, es decir, el cambio que mi mujer hizo de la cuba de salvadó, donde escondí la bolsa, por un poco de tierra de limpiar el cabello. Y habiéndome desahogado así un tanto, bajé los ojos, me volví á mi sitio y reanudé mi trabajo, sujetando de nuevo la madeja de cáñamo al dedo gordo de mi pie izquierdo. Y pensé: «Ya he dicho lo que tenía que decir. ¡Y Alah solo sabe lo que sucederá!»

Pero, lejos de enfadarse conmigo ó de injuriarme, motejándome de embustero y de hombre de mala fe, Si Saad supo contenerse, sin demostrar ni por asomo el despecho que sentía al ver que el Destino le quitaba la razón con tanta persistencia. Y se contentó con decirme: «Después de todo, Has-sán, es posible que sea verdad cuanto me cuentas, y

que verdaderamente se haya esfumado la segunda bolsa, como se esfumó su hermana. Sin embargo, es un poco asombroso, en verdad, que el gavilán y el vendedor de tierra de limpiar se hayan presentado, para arrebatarte lo que estaba tan bien escondido, precisamente en el momento en que te hallabas distraído ó ausente. ¡De cualquier modo, renuncio á intentar nuevas experiencias en lo sucesivo!» Luego se encaró con Si Saadi, y le dijo: «Pero ¡oh Saadi! no persisto menos en pensar que sin dinero nada es posible, y que un pobre permanecerá pobre mientras con su trabajo no fuerce al Destino para que le sea favorable.»

Pero Si Saadi contestó: «¡Qué error el tuyo, ¡oh generoso Saad! Para que prevaleciera tu opinión, no has vacilado en tirar cuatrocientos dinares, llevándose la mitad un gavilán y la otra mitad un vendedor de tierra de limpiar los cabellos. Pues bien; por mi parte, no seré tan generoso como tú has sido, sino que solamente quiero, á mi vez, tratar de probarte que la marcha del Destino es la única norma de nuestra vida, y que los decretos del Destino son los únicos elementos de buena ó mala suerte con que podemos contar.» Luego se encaró conmigo, y enseñándome un gran trozo de plomo que acababa de coger del suelo, me dijo: «¡Oh Hassán, de quien huyó la suerte hasta el presente! Quisiera ayudarte, como lo ha hecho mi generoso amigo Si Saad. Pero Alah no me ha favorecido con tantas riquezas, y todo lo que puedo darte

es este pedazo de plomo, que sin duda ha perdido algún pescador al recoger sus redes.»

A estas palabras de Si Saadi, su amigo Si Saad se echó á reir á carcajadas, creyendo que quería gastarme una broma. Pero Si Saadi no prestó atención á ello, y con grave ademán me ofreció el trozo de plomo, diciéndome: «Tómalo, y deja que se ría Si Saad. Porque llegará día en que este trozo de plomo te será más útil, si tal es tu destino, que toda la plata de las minas.»

Y sabiendo hasta qué punto era hombre de bien Si Saadi, y cuán grande era su sabiduría, no quise desairarle haciendo la menor observación. Y cogí el trozo de plomo que me ofrecía, y lo guardé cuidadosamente en mi cinturón, vacío de toda moneda. Y no dejé de darle gracias calurosamente por sus buenos deseos y por sus buenas intenciones. Y acto seguido los dos amigos me dejaron para continuar su paseo, en tanto que yo, de nuevo, me entregaba á mi trabajo. Y cuando, por la noche, regresé á casa, y después de cenar me desnudé para acostarme, sentí que algo caía al suelo de pronto. Y lo busqué y lo recogí, viendo que era el trozo de plomo que me había guardado en el cinturón. Y sin darle la menor importancia, lo puse donde primero se me ocurrió, y me tumbé sobre el colchón, no tardando en dormirme...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 871.^a NOCHE*

Ella dijo:

...sobre el colchón, no tardando en dormirme.

Y he aquí que aquella noche, cuando se despertó tan temprano como de costumbre un pescador de mi vecindad, advirtió, al repasar sus redes antes de cargárselas á la espalda, que les faltaba un trozo de plomo precisamente en un sitio en que la carencia de plomo constituía un defecto grave para el buen funcionamiento de lo que le proporcionaba el pan. Y como no tenía á mano otro plomo de recambio y no era hora de ir á comprarlo en el zoco, pues todas las tiendas estaban cerradas, sintió una perplejidad grande al pensar que si no se iba de pescados horas antes del día no tendría con qué alimentar á su familia al día siguiente. Y entonces se decidió á decir á su mujer que, á pesar de lo intempestivo de la hora y el trastorno que aquello suponía, fuera á despertar á sus vecinos más próximos y á exponerles la situación, rogándoles que le dieran un trozo de plomo que supliese al que faltaba á su red.

Y como precisamente éramos nosotros los vecinos más próximos al pescador, la mujer llamó á nuestra puerta, mientras sin duda pensaba: «Voy

á pedir plomo á Hassán el cordelero, aunque por experiencia sé que á su casa hay que ir cuando no se tiene necesidad de nada.» Y siguió llamando á la puerta hasta que me desperté. Y grité: «¿Quién hay á la puerta?» Ella contestó: «¡Soy yo, la hija del tío de tu vecino el pescador! ¡Oh Hassán! Se me ha ennegrecido el rostro por turbar así tu sueño; pero se trata de lo que da el pan al padre de mis hijos, y obligo á mi alma á este acto de mala educación. Por favor, dispénsame, y para que no te tenga levantado más tiempo, dime si dispones de un trozo de plomo que prestar á mi esposo para que arregle sus redes.»

Y al punto me acordé del plomo que me había dado Si Saadi, y pensé: «¡Por Alah, que no podré utilizarlo mejor que haciendo ese servicio á mi vecino el padre de sus hijos!» Y contesté á la vecina que precisamente tenía un trozo de plomo que podía servirle, y fui á buscar á tientas el trozo consabido, y se lo entregué á mi mujer para que se lo diera á la vecina.

Y la pobre mujer, satisfecha de no haber andado en vano y de no volverse á su casa sin resultado, dijo á mi mujer: «¡Oh vecina nuestra! ¡qué gran servicio es el que nos presta esta noche el jeque Hassán! ¡Así es que, en cambio, todo el pescado que coja mi esposo á la primer redada estará escrito á vuestra salud, y os lo traeremos mañana, por encima de nuestra cabeza!» Y se apresuró á ir á entregar el trozo de plomo á nuestro vecino el pescador,

que compuso con él sus redes, y salió de pesca dos horas antes del día, como de costumbre.

Y he aquí que la primer redada, á nuestra salud, no proporcionó mas que un solo pez. Pero aquel pez era de más de un codo de largo y grueso en proporción. Y el pescador lo apartó en su cesto y prosiguió su pesca. Pero, de todo el pescado que cogió, ni un solo pez igualaba al primero en hermosura ni en tamaño. Así es que, cuando el pescador acabó de pescar, su primer cuidado, antes de ir á vender al zoco el producto de su pesca, fué poner el pez apartado en una almohada de follaje oloroso y llevárnoslo, diciéndonos: «¡Alah haga que os parezca delicioso y agradable!» Y añadió: «Os ruego que admitáis esta dádiva, aunque no sea suficiente ni oportuna. Y dispensadme su escasez, ¡oh vecinos! Porque así es vuestra suerte, ya que eso constituye toda mi primer redada.» Y contesté: «He ahí un trato en el que sales perdiendo, ¡oh vecino! Porque esta es la primera vez que se vende un pez tan hermoso y de tanta valía por un trozo de plomo que apenas vale una infima moneda de cobre. Pero lo recibimos como regalo de tu parte, para no desairarte, y porque lo haces de corazón amistoso y generoso.» Y aún cambiamos algunos cumplidos, y se marchó.

Y entregué á mi esposa el pez del pescador, diciéndole: «Ya ves ¡oh mujer! que no estaba equivocado Si Saadi cuando me decía que un pedazo de plomo podría serme más útil, si Alah quisiera, que

todo el oro del Sudán. He aquí un pez como jamás lo han tenido en sus bandejas los emires y los reyes.» Y aunque le regocijaba mucho el ver aquel pez, no dejó de replicarme mi esposa: «¡Sí, por Alah! pero ¿cómo voy á arreglarle para guisarlo? No tenemos parrillas, ni tampoco tenemos una olla bastante grande para cocerlo en ella entero.» Y contesté: «¡No te apures por eso, pues nos lo comeremos con mucho gusto entero ó en pedazos! No tengas escrúpulos por su presentación, y no temas cortarlo en pedazos para ponerlo guisado.» Y partiéndolo por la mitad, mi mujer le sacó las entrañas, y vió en medio de aquellas entrañas una cosa que brillaba con vivo resplandor. La cogió, la lavó en el cubo, y vimos que era un trozo de vidrio del tamaño de un huevo de paloma y transparente como el agua de roca. Y tras de contemplarlo algún tiempo, se lo dimos á nuestros hijos para que les sirviese de juguete y no molestasen á su madre, que preparaba el excelente pez.

Y he aquí que por la noche, á la hora de cenar, mi mujer advirtió que, aunque no había encendido todavía su lámpara de aceite, iluminaba la estancia una luz que no había traído ella. Y miró á todos lados para ver de dónde procedía aquella luz, y vió que la proyectaba el huevo de vidrio abandonado en el suelo por los niños. Y cogió aquel huevo y lo puso al borde del aparador, en el sitio ordinario de la lámpara. Y llegamos al limite del asombro al ver la vivacidad de la luz que salía de él, y exclamé:

«Por Alah, ¡oh mujer! he aquí que el trozo de plomo de Si Saadi no sólo nos alimenta, sino que nos alumbra y nos dispensará, para en lo sucesivo, de comprar aceite de arder.»

Y á la claridad maravillosa de aquel huevo de vidrio, nos comimos el deleitoso pescado, comentando nuestro doble provecho de aquel día bendito y glorificando al Retribuidor por sus beneficios. Y aquella noche nos acostamos satisfechos de nuestra suerte y sin desear nada mejor que la continuación de aquel estado de cosas.

Y he aquí que al día siguiente, gracias á la lengua larga de la hija del tío, no tardó en correr por todo el barrio el rumor de que en el vientre del pescado habíamos descubierto aquel vidrio luminoso. Y en seguida recibió mi mujer la visita de una judía, vecina nuestra, cuyo marido era joyero del zoco. Y tras de las zalemas y saluciones por una y otra parte, la judía, después de contemplar durante largo rato el huevo de vidrio, dijo á mi esposa: «¡Oh vecina mía Aischach! Da gracias á Alah, que me ha conducido hoy á tu casa. Porque, como me gusta este trozo de vidrio, y tengo otro trozo de vidrio muy parecido, con el que me adorno algunas veces y que hace pareja con éste, quisiera comprártelo, y te ofrezco por él, sin regatear, la enorme suma de diez dinares de oro nuevo.» Pero nuestros hijos, que oyeron hablar de vender su juguete, se echaron á llorar, rogando á su madre que lo guardara para ellos. Y á fin de apaciguarlos, y tam-

bién porque aquel huevo nos servía de lámpara, ella declinó oferta tan tentadora, con gran despecho de la judía, que se marchó muy cariacontecida.

A la sazón volví yo del trabajo, y mi mujer me puso al corriente de lo que acababa de pasar. Y le contesté: «En verdad ¡oh hija del tío! que si este huevo de vidrio no tuviese algún valor, esa hija de judíos no nos habría ofrecido la suma de diez dinares. Supongo, pues, que volverá otra vez para ofrecernos más. Pero ya veré yo el modo de hacer subir la oferta.» Y aquello me indujo al punto á pensar en las palabras de Si Saadi, que me había predicho que un trozo de plomo seguramente podría hacer la fortuna de un hombre, si tal era su destino. Y esperé con toda confianza á que por fin se mostrase mi destino, después de huirme durante tanto tiempo.

Aquella misma noche, de acuerdo con mis presentimientos, la judía esposa del joyero fué á hacer una segunda visita á mi esposa; y tras de las zalemas y saluciones de rigor, le dijo: «¡Oh vecina mía Aischah! ¿cómo puedes despreciar los dones del Retribuidor? ¡Y al despreciarlos rechazas el pan que te ofrezco por un trozo de vidrio! Pero ya que se trata del bien de tus hijos, sabe que he hablado de ese huevo con mi marido, y como estoy encinta y no conviene que el deseo de las mujeres encinta se reconcentre sin verse cumplido, ha consentido en dejarme que te ofrezca veinte dinares de oro nuevo á cambio de tu trozo de vidrio.»

Pero mi mujer, que había recibido instrucciones

mías á este respecto, contestó: «¡Ay, Ualah! ¡oh vecina! Me haces volver en mí. Pero yo no tengo voto en casa, pues el hijo de mi tío es el amo de la casa y de su contenido, y á él es á quien tienes que dirigirte. Espera, pues, á su regreso para hacerle esa oferta.»

Y cuando regresé, la judía me repitió lo que había dicho á mi esposa, y añadió: «Te traigo el pan de tus hijos ¡oh hombre! por un trozo de vidrio. Porque debe satisfacerse mi antojo de mujer encinta, y mi esposo no quiere tener sobre su conciencia la reconcentración del deseo de las mujeres encinta. ¡Por eso ha consentido en dejarme proponerte ese cambio y esa venta, con gran pérdida para él!»

Y yo, ¡oh mi señor! dejando á aquella judía que me dijera cuanto quería decirme, me tomé tiempo para responderle y acabé por mirarla sin decir una palabra, meneando la cabeza por toda respuesta.

Al ver aquello, á la hija de judíos se le puso muy amarilla la tez, me miró con ojos llenos de desconfianza, y me dijo: «Ruega á tu Profeta, ¡oh musulmán!» Y contesté: «¡Con Él la plegaria y la paz ¡oh descreída! y las más escogidas bendiciones del Dios único!» Y ella repuso: «¿A qué vienen esos ojos vacíos ¡oh padre de tus hijos! y ese ademán negativo para los beneficios del Retribuidor sobre tu casa por mediación nuestra?» Yo contesté: «¡Los beneficios de Alah sobre Sus criaturas ¡oh hija de descreídos! son ya incalculables! ¡Glorificado sea, sin mediación de los que se apartan del camino derecho!» Y

ella me dijo: «¿Entonces rehusas los veinte dinares de oro?» Y tras de hacer de nuevo yo el signo negativo, me dijo ella: «¡Pues bien, ¡oh vecino! te ofrezco por tu vidrio cincuenta dinares de oro! ¿Estás satisfecho?» Y con mi gesto más indiferente, de nuevo hice un signo negativo de cabeza. Y me puse á mirar á otra parte...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 872.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y con mi gesto más indiferente, de nuevo hice un signo negativo de cabeza. Y me puse á mirar á otra parte.

Entonces la mujer del joyero recogió sus velos como para marcharse, se dirigió á la puerta, hizo ademán de abrirla, y como decidiéndose de pronto, se encaró conmigo y me dijo: «¡La última palabra! ¡Cien dinares de oro! ¡Y eso que no sé si mi marido querrá darme tan formidable suma!»

Y entonces accedí á contestar, y le dije, no sin un aire de profunda indiferencia: «No es para que te marches disgustada, ¡oh vecina! pero estás muy lejos de ponerte en razón. Porque este huevo de

vidrio, por el que me ofreces el precio irrisorio de cien dinares, es una cosa maravillosa, y su historia es tan maravillosa como él mismo. Por eso, y únicamente para darte gusto á ti y á nuestro vecino, y para no hacer que se reconcentre el deseo de una mujer encinta, me limitaré á reclamar, como precio de este huevo luminoso, la suma de cien mil dinares de oro, ni uno más, ni uno menos. ¡Y si quieres, lo tomas, y si no, lo dejas, pues más me ofrecerán otros joyeros que están más al corriente que tu marido del valor real de las cosas hermosas y únicas! En cuanto á mí, ante Alah el Omnisciente juro que no variaré la tasación ni para aumentarla ni para disminuirla. ¡Uassalam!»

Cuando la mujer del judío hubo oído estas palabras y comprendido su significado, no supo replicar nada, y me dijo, marchándose: «Yo ni vendo ni compro, sino que es mi marido quien manda. Si la cosa le conviene, ya te hablará de ello. ¡Prométeme, sin embargo, tener paciencia y esperar, antes de entrar en tratos con otros joyeros, á que él vea por sí mismo ese huevo de vidrio!» Y se lo prometí. Y se marchó.

Después de aquella discusión, ¡oh Emir de los Creyentes! ya no dudé de que el tal huevo, que yo creía de vidrio, era una gema entre las gemas del mar, desprendida de la corona de algún rey marino. Y por otra parte, yo, como todo el mundo, sabía que en las profundidades yacen tesoros con los que se adornan las hijas del mar y las reinas del

mar. Y aquel hallazgo sirvió para confirmarme en mi creencia. Y glorifiqué al Retribuidor, que, por conducto del pez del pescador, había puesto entre mis manos aquella maravillosa muestra de los adornos de las jóvenes marinas. Y determiné no desdecirme de la cifra de cien mil dinares que había dicho á la mujer del judío, pensando que mejor habría hecho en no apresurarme á fijar de aquel modo la tasación, cuando tal vez hubiera podido obtener más del joyero judío. Pero como había fijado esta cifra solemnemente, no quise desdecirme, y me prometí mantenerme en lo que hube de indicar.

Y como había yo previsto, no tardó en presentarse en mi casa el joyero judío en persona. Y tenía un aire de redomado que no me anunciaba nada bueno, sino que me advertía que el hijo de cochinos iba á utilizar toda su astucia para escamotearme la gema como el que no quiere la cosa. Y por mi parte, me puse en guardia, adoptando la actitud más sonriente y más amable, y le rogué que tomara asiento en la estera. Y después de las zalemas y saluciones de rigor, me dijo él: «¡Espero ¡oh vecino! que no estará el cáñamo demasiado caro en estos tiempos y que los negocios de tu tienda serán benditos!» Y yo contesté en el mismo tono: «La bendición de Alah no falta á Sus creyentes, ¡oh vecino! Y espero que á ti te serán favorables los negocios en el zoco de los joyeros.» Y me dijo él: «¡Por vida de Ibrahim y de Yacub, ¡oh vecino! créeme que peligran, créeme que peligran! Y apenas si te-

nemos para comer un pedazo de pan y de queso.» Y durante un buen rato continuamos hablando de tal suerte, sin abordar la única cuestión que nos interesaba, hasta que el judío, al ver que nada sacaba de mí por este medio, acabó por ser el primero en decirme: «La hija de mi tío ¡oh vecino! me ha hablado de cierto huevo de vidrio, sin gran valor por lo demás, que sirve de juguete á tus hijos, y ya sabes que cuando una mujer está encinta, como lo está la mía, tiene antojos extraños y estrambóticos. Pero, desgraciadamente, nos vemos precisados á satisfacer tales antojos, hasta cuando son irrealizables, á trueque de que el objeto deseado llegue á imprimirse en el cuerpo del niño y á deformarle. Y en el caso actual, como el deseo de mi mujer se ha cifrado en ese huevo de vidrio, mucho me temo que, si no lo satisfago, se reproduzca ese huevo en tamaño natural sobre la nariz de nuestro hijo, cuando nazca, ó sobre cualquier otra parte más delicada todavía y que la decencia me impide nombrar. Te ruego, pues, ¡oh vecino! que me enseñes, ante todo, ese huevo de vidrio, y en caso de que viera que me es imposible adquirir uno parecido en el zoco, tengas á bien cedérmelo mediante un precio razonable que tú me indicarás, sin aprovecharte demasiado de la situación.»

Y á estas palabras del judío, contesté: «Escucho y obedezco.» Y me levanté y fui hacia mis hijos, que jugaban en el patio con el huevo consabido, y se lo quité de las manos, á pesar de sus gritos y sus

protestas. Luego volví á la estancia donde me esperaba el judío sentado en la estera, y cerré la puerta y las ventanas, de modo que fuese completa la obscuridad, disculpándome por obrar así. Y hecho lo cual, me saqué del seno el huevo y lo puse bien á la vista, sobre un taburete, ante el judío.

Y al punto se iluminó la habitación como si ardieran en ella cuarenta antorchas. Y al ver aquello, el judío no pudo por menos de exclamar: «¡Es una de las gemas que adornan la corona de Soleimán ben Daud!» Y tras de asombrarse de tal suerte, comprendió que había hablado demasiado, y se rehizo, diciendo: «Pero ya las he tenido semejantes entre mis manos. ¡Y como no eran de fácil venta, me he apresurado á revenderlas con pérdida! ¡Ay! ¿por qué estará encinta ahora la hija del tío, para obligarme á adquirir una cosa invendible?» Luego me dijo: «¿Cuánto pides ¡oh vecino! por este huevo marino?» Yo contesté: «No está de venta, ¡oh vecino! pero te lo daré para no hacer que se reconcentre el deseo de la hija de tu tío. Y ya he marcado el precio de esta cesión. ¡Alah es testigo de que no me desdeciré!» Y me dijo él: «¡Sé razonable, ¡oh hijo de gentes de bien! y no arruines mi casa! ¡Aunque vendiera mi tienda y mi casa, y aunque me vendiera yo mismo en el zoco de los subastadores, con mi mujer y mis hijos, no llegaría á realizar la cifra exorbitante que has señalado, en broma sin duda alguna! ¡Cien mil dinares de oro, ya Alah! ¡cien mil dinares de oro, ¡oh jeque! ni uno más, ni uno me-

nos! ¡Es mi muerte lo que reclamas!» Y tras de volver á abrir la puerta y las ventanas, contesté tranquilamente: «¡Cien mil dinares de oro, ni uno más, que el aumento sería ilícito! ¡Pero ni uno menos! ¡Lo tomas, si quieres, y si no, lo dejas!» Y añadí: «Y cuenta que si yo hubiera sabido que este huevo maravilloso era una gema entre las gemas marinas de la corona de Soleimán ben Daud (¡con ambos la plegaria y la paz!), no hubiese pedido cien mil dinares, sino diez veces cien mil, y además, algunos collares y joyeles de tu tienda como presente para mi mujer, que ha preparado el negocio difundiendo nuestro descubrimiento. Date, pues, por muy contento con pagar ese precio irrisorio, ¡oh hombre! y ve en busca de tu oro.»

Y el joyero judío, con la nariz muy alargada al ver que nada podía hacer, se reconcentró un instante, luego me miró con resolución, y dijo, lanzando un gran suspiro: «¡El oro está á la puerta! ¡Dame la gema!» Y así diciendo, sacó la cabeza por la ventana, y gritó á un esclavo negro que permanecía estacionado en la calle y tenía de la brida á un mulo cargado con varios sacos: «¡Hola, Mubarak! ¡sube aquí los sacos y la balanza!»

Y el negro subió á mi casa los sacos llenos de dinares, y el judío los abrió uno tras otro y me pesó los cien mil dinares, como yo los había pedido, ni uno más, ni uno menos. Y la hija de mi tío sacó de nuestro cofre grande de madera, único que poseíamos, toda la ropa que contenía, y lo llenamos con

el oro del judío. Y sólo entonces me saqué del seno, donde la había guardado para que estuviese segura, la gema salomónica, y se la entregué al judío, diciéndole: «¡Ojalá la revendas diez veces más cara de lo que acabas de comprarla!» Y él se echó á reir con una boca que le llegaba hasta las orejas, diciéndome: «¡Por Alah, ¡oh jeque! que no está de venta! La destino á satisfacer el antojo de mi mujer encinta.» Y se despidió de mí y me hizo ver la anchura de sus hombros.

Y esto es lo referente á él.

Pero he aquí ahora lo que atañe á Si Saad, á Si Saadi y al destino que me trajo el pez...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 873.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Pero he aquí ahora lo que atañe á Si Saad, á Si Saadi y al destino que me trajo el pez.

Cuando de la noche á la mañana me vi más rico de lo que nunca había deseado mi alma, y rodeado de oro y opulencia, no me olvidé de que, al fin y al cabo, sólo era un antiguo cordelero pobre, hijo de cordelero, y di gracias al Retribuidor por Sus

beneficios y me puse á pensar en el uso que en adelante había de hacer de mis riquezas. Pero habría querido primeramente besar la tierra entre las manos de Si Saadi, para demostrarle mi gratitud y hacer lo mismo con Si Saad, á quien, en último término, debía el ser quien era, por más que él no viera realizadas, como Si Saadi, sus buenas intenciones para conmigo. Pero me lo impidió la timidez; y además, yo no sabía con exactitud dónde vivían ambos. Por eso preferí esperar á que fuesen ellos por propio impulso á pedir noticias del pobre cordelero Hassán. (¡Alah le tenga en Su compasión al tal antiguo Hassán, que ya ha fallecido y tuvo una juventud tan miserable!)

Y entretanto, decidí hacer el mejor uso posible de la fortuna que me había sido escrita. Y lo primero que hice no fué comprarme ricos trajes ni cosas suntuosas, sino ir en busca de todos los cordeleros pobres de Bagdad, que vivían en el mismo estado de miseria en que había vivido yo tanto tiempo, y congregándolos, les dije: «He aquí que el Retribuidor me ha escrito el bienestar y me ha enviado Sus beneficios, siendo yo el último en merecerlos. Y por eso ¡oh hermanos musulmanes! deseo que los favores del Altísimo no se acumulen sobre la misma cabeza y que os aprovechéis de ellos con arreglo á vuestras necesidades. Así es que desde hoy os tomo á todos á mi servicio, empleándoos en trabajar para mí en la obra de cordelería, con la seguridad de que se os pagará liberalmente, según

vuestra habilidad, al fin de la jornada. De esta manera tendréis la certeza de ganar abundantemente el pan de vuestra familia sin tener que preocuparos del día de mañana. Y ya sabéis por qué os he congregado en este local. Y esto es lo que tenía que deciros. ¡Pero Alah es más generoso y más magnánimo!»

Y los cordeleros me dieron gracias y alabaron mis buenas intenciones con respecto á ellos, y aceptaron lo que les propuse. Y desde entonces continuaban trabajando por mi cuenta con tranquilidad, contentos de tener asegurada su vida y la de sus hijos. Y yo, merced á esta organización, cada vez aumento más mis rentas y consolido mi situación.

Ya hacía algún tiempo que había abandonado yo mi pobre casa antigua, para establecerme en otra que había hecho construir á todo coste entre jardines, cuando Si Saad y Si Saadi pensaron por fin en ir á saber noticias del pobre cordelero Hassán conocido de ellos. Y fué extremado su asombro cuando nuestros antiguos vecinos, á quienes preguntaron al ver mi tienda cerrada como si me hubiese muerto, les aseguraron que no solamente estaba vivo todavía, sino que era uno de los mercaderes más ricos de Bagdad, que habitaba un maravilloso palacio rodeado de jardines, y que ya no me llamaban Hassán el cordelero, sino Si Hassán el Magnífico.

Entonces, tras de hacer que les dieran señas más precisas acerca del lugar en que se hallaba mi

palacio, se dirigieron á él y no tardaron en llegar ante la puerta principal, que daba acceso á los jardines. Y el portero les hizo atravesar un bosque de naranjos y de limoneros cargados de frutos, y cuyas raíces se refrescaban en el agua que perpetuamente corría por una reguera que partía del río. Y cuando llegaron á la sala de recepción, estaban ya encantados de la frescura, del sombraje, del murmullo del agua y del canto de los pájaros.

Y no bien me anunció su llegada uno de mis esclavos, les salí al encuentro apresuradamente y quise cogerles la orla del traje para besársela. Pero me lo impidieron y me abrazaron como si fuese su hermano, y les invité á entrar en el kiosco que había en el jardín, rogándoles que se sentaran en el sitio de honor que les correspondía. Y me senté un poco más lejos, como era debido.

Y después de hacer que les sirvieran sorbetes y refrescos, les conté cuanto me había sucedido punto por punto, sin olvidar el menor detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y Si Saadi, en el límite de la satisfacción, se encaró con su amigo y le dijo: «Ya lo ves, ¡oh Si Saad!» Y no le dijo nada más.

Y aún no habían vuelto del asombro en que hubo de sumirlos mi historia, cuando dos de mis hijos, que se divertían en el jardín, entraron de improviso, llevando en sus manos un gran nido de ave que acababa de coger para ellos en la copa de una palmera el esclavo que vigilaba sus juegos. Y nos asombramos mucho al ver que aquel nido, que

tenia pollos de gavián, estaba hecho en un turbante. Y al examinar más de cerca aquel turbante, observé, sin que me cupiese duda alguna, que era el mismo que en otro tiempo se me había llevado el gavián ladrón. Y me encaré con mis huéspedes y les dije: «¡Oh mis señores! ¿os acordáis todavía del turbante que llevaba yo el día en que Si Saad me hizo don de los primeros doscientos dinares?» Y contestaron: «No, por Alah, no nos acordamos con exactitud.» Y Si Saad añadió: «¡Pero lo reconoceré, indudablemente, si están en él los ciento noventa dinares!» Y contesté: «¡Oh mis señores, no lo dudéis!» Y saqué los pajarillos, dándoselos á los niños, y desbaraté el nido, y desenrollé el turbante en toda su longitud. Y de la punta colgaba intacta, y atada como yo la había atado, la bolsa de Si Saad con los dinares que contenía.

Y aún no habían vuelto de su asombro mis dos huéspedes, cuando entró uno de los palafreneros llevando en las manos una cuba de salvado, que al punto reconocí como la que mi mujer había cedido en otro tiempo al vendedor de tierra para limpiar el cabello. Y me dijo: «¡Oh mi señor! Esta cuba, que he comprado hoy en el zoco, porque se me había olvidado coger pienso para el caballo que montaba, contiene un saco atado, que traigo entre tus manos.» Y reconocimos la segunda bolsa de Si Saad.

Y desde entonces ¡oh Emir de los Creyentes! los tres vivimos como amigos, convencidos para siem-

pre del poder del Destino y maravillados de las vías que utiliza para llevar á cabo sus decretos.

Y como los bienes de Alah deben volver á sus pobres, no dejé de invertirlos en hacer las dádivas y limosnas prescritas. Y por eso me has visto dar esa limosna al mendigo del puente de Bagdad.

Y tal es mi historia.»

Cuando el califa hubo oído este relato del jeque generoso, le dijo: «¡Ciertamente, ¡oh jeque Hassán! las vías del Destino son maravillosas, y como prueba en apoyo de lo que me has contado, voy á enseñarte algo!» Y se encaró con el visir del Tesoro y le dijo unas palabras al oído. Y el visir salió para volver al cabo de algunos instantes con un estuche en la mano. Y el califa lo cogió, lo abrió, y enseñó el contenido al jeque, quien al punto reconoció la gema salomónica cedida al joyero judío. Y Al-Rachid le dijo: «Esta gema entró en mi tesoro el mismo día en que se la vendiste al judío.»

Luego se encaró con el cuarto personaje, que era el maestro de escuela lisiado y con la boca hendida, y le dijo: «Cuenta lo que tengas que contarnos.»

Y tras de besar la tierra entre las manos del califa, el hombre dijo:



Historia del maestro de escuela lisiado y con la boca hendida



«Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que, por mi parte, empecé á ganarme la vida como maestro de escuela, y tenía bajo mi mano unos ochenta muchachos. Y la historia de lo que me sucedió con estos muchachos es prodigiosa.

Debo empezar por decirte ¡oh mi señor! que yo era para ellos severo hasta el límite de la severidad, é inflexible y riguroso, hasta el punto de exigir que, incluso en las horas de recreo, continuasen trabajando, y no los enviaba á sus casas hasta una hora después de ponerse el sol. Y aun entonces no dejaba de vigilarlos, siguiéndolos por zocos y barrios, para impedirles que jugaran con granujillas que los pervirtieran.

Y he aquí que fué precisamente mi rigor el que atrajo sobre mi cabeza las calamidades, como vas á ver, ¡oh Emir de los Creyentes!

En efecto, al entrar un día entre los días en la sala de lectura en el momento en que todos mis alumnos estaban reunidos, los vi de pronto erguirse sobre sus piernas á todos y exclamar con una sola voz: «¡Oh maestro, qué amarillo tienes hoy el rostro!» Y me sorprendió mucho aquello; pero como no sentía ningún dolor interno que pudiese amari-

llearme de tal suerte el rostro, no me preocupé excesivamente de aquella noticia, y abrí la clase como de costumbre, gritándoles: «Empezad, ¡oh granujas! que ha llegado la hora de trabajar.» Pero he aquí que el alumno monitor avanzó hacia mí con un aire muy preocupado, y me dijo: «¡Por Alah, ¡oh maestro! tienes muy amarillo el rostro hoy, y Alah aleje tu mal! Si estás muy enfermo, yo daré hoy la clase en lugar tuyo.» Y al mismo tiempo, todos los alumnos, demostrando gran inquietud, me miraban llenos de conmiseración, como si ya estuviese yo á punto de rendir el alma. Y acabé por impresionarme mucho, y me dije á mí mismo: «¡Oh! Por lo visto, debes estar muy mal sin darte cuenta de ello. Y las peores enfermedades son las que entran en el cuerpo subrepticamente, sin que su presencia se revele por molestias muy marcadas.» Y me levante en aquella hora y en aquel instante, confié la dirección de la clase al alumno monitor, y entré en mi harén, donde me acosté cuan largo era, diciendo á mi esposa: «¡Prepárame lo que haya que preparar para inmunizarme contra la ictericia!» Y lo dije lanzando muchos suspiros y quejándome, como si ya estuviese bajo la acción de todas las pestes y enfermedades rojas.

A la sazón, el alumno monitor llamó á la puerta y pidió permiso para entrar. Y me entregó la suma de ochenta dracmas, diciéndome: «¡Oh maestro! Los buenos de tus alumnos acaban de verificar una colecta entre ellos para hacerte este presente, á fin

de que nuestra maestra pueda cuidarte bien sin reparar en gastos.»

Y me conmoví mucho con aquel rasgo de mis alumnos, y para demostrarles mi satisfacción, les di un día de asueto, sin sospechar que se había fraguado todo con este único fin. Pero ¿quién puede adivinar toda la malicia que se oculta en el pecho de los niños?

En cuanto á mí, pasé todo aquel día muy apurado, aunque la vista del dinero que habíame venido de manera tan inesperada me daba cierta satisfacción. Y al día siguiente volvió á verme el alumno monitor, y al encontrarse conmigo, exclamó: «Alah aleje de ti todo mal, ¡oh maestro! ¡Pero aún tienes la tez más amarilla que ayer! ¡Descansa! ¡descansa! ¡Y no te preocupes de lo demás!...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 874.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...Alah aleje de ti todo mal, ¡oh maestro! ¡Pero aún tienes la tez más amarilla que ayer! ¡Descansa! ¡descansa! ¡Y no te preocupes de lo demás!» Y muy impresionado con las palabras del maligno

muchacho, me dije á mí mismo: «Cuidate bien, ¡oh maestro! cuidate bien á costa de tus alumnos.» Y así pensando, dije al monitor: «¡Da tú la clase como si yo estuviera allí!» Y empecé á gemir y á lamentarme de mí mismo. Y dejándome en aquel estado, el muchacho se apresuró á reunirse con los demás alumnos para ponerlos al corriente de la situación.

Y aquel estado de cosas duró una semana entera, al cabo de la cual el alumno monitor me llevó otra suma de ochenta dracmas, diciéndome: «Es la colecta que han hecho los buenos de tus alumnos, á fin de que nuestra maestra te pueda cuidar bien.» Y aún me conmoví mucho más que la vez primera, y me dije: «¡Oh! En verdad que tu enfermedad es una enfermedad bendita, que te proporciona dinero sin trabajos ni esfuerzos, y que, al fin y al cabo, no te hace sufrir. ¡Ojalá dure mucho tiempo todavía, para mayor bien tuyo!»

Y desde aquel momento decidí fingir que seguía enfermo, persuadido á la larga de que mi organismo no estaba realmente atacado, y diciéndome: «Jamás tus lecciones te producirán tanto como tu enfermedad.» Y á partir de aquel momento, me tocó á mí hacer creer en lo que no existía. Y cada vez que el alumno monitor volvía á verme, le decía yo: «¡Voy á morir de inanición, porque mi estómago rehusa los alimentos!» Pero no era verdad, pues nunca había comido yo con tanto apetito ni me había encontrado mejor.

Y continué viviendo de tal suerte durante algún

tiempo, cuando he aquí que un día entró el alumno en el preciso momento en que me disponía á comer un huevo. Y al verle, mi primer impulso fué el de ocultar el huevo en mi boca, por temor de que, al encontrarme comiendo, sospechara la verdad y advirtiese mi falsía. Y como el huevo quemaba, me producía dolores intolerables. Y el empecatado chiquillo, que sin duda alguna debía saber á qué atenerse acerca de la situación, en vez de marcharse persistió en mirarme con aire compasivo y diciéndome: «¡Oh maestro, qué infladas tienes las mejillas y cuánto debes sufrir! Eso seguramente debe ser un abceso maligno.» Luego, como en mi tortura se me salían los ojos de la cabeza y no le contestaba, me dijo: «¡Hay que abrirlo! ¡hay que abrirlo!» Y avanzó hacia mí con presteza, y quiso clavarme en la mejilla una aguja gorda. Pero entonces salté sobre ambos pies vivamente, y corrí á la cocina, donde escupí el huevo, que ya me había quemado gravemente las mejillas. Y á consecuencia de aquella quemadura, ¡oh Emir de los Creyentes! se me declaró en la mejilla un verdadero abceso y me hizo ver la muerte roja. Y se hizo ir al barbero, que me sajó la mejilla para vaciarme el abceso. Y á consecuencia de aquella operación se me quedó la boca hendida y deformada.

Y he aquí el porqué de la rasgadura y de la deformación de mi boca. En cuanto al porqué de mi lisiadura, helo aquí.

Cuando, al cabo de algún tiempo, me repuse de

las consecuencias de la herida, volví á la escuela, donde fui más riguroso y severo que nunca para con mis alumnos, cuya turbulencia había que reprimir. Y cuando la conducta de uno de ellos dejaba algo que desear, le corregía á estacazos. Así acabé por enseñarles á respetarme de tal modo, que, cuando me ocurría estornudar, abandonaban al instante sus libros y cuadernos, se erguían sobre sus pies con los brazos cruzados y se inclinaban ante mí hasta tierra, exclamando de común acuerdo: «¡Bendición! ¡bendición!» Y yo contestaba, como era razón: «¡Y con vosotros el perdón! ¡y con vosotros el perdón!» Y también les enseñaba otras mil cosas, á cual más provechosa é instructiva. Porque no quería que sus padres gastasen en vano el dinero que me daban por su educación. Y de tal suerte esperaba hacer de los chicos excelentes sujetos y comerciantes respetables.

Un día, que era día de salida, los llevé de paseo un poco más lejos que de costumbre. Y á causa de haber andado mucho, teníamos mucha sed. Y como precisamente habíamos llegado junto á un pozo, decidí bajar á él para aplacar mi sed con el agua fresca que contenía y coger un cubo de ella, si podía, para los chicos.

Y al ver que no había cuerda, cogí todos los turbantes de los alumnos, y haciendo con los mismos una cuerda bastante larga, me la até á la cintura y ordené á mis alumnos que me bajaran al pozo. Y al punto me obedecieron. Y me vi colgado del

orificio del pozo. Y me bajaron con precaución para que no diese con la cabeza en la piedra. Y he aquí que el tránsito del calor al fresco y de la luz á la obscuridad me hizo estornudar. Y no pude reprimir un estornudo. Y sea involuntariamente, sea por costumbre, sea por malicia, mis escolares soltaron la cuerda con un ademán unánime, se cruzaron de brazos y exclamaron todos á la vez, como lo hacian en la escuela: «¡Bendición! ¡bendición!» Pero no pude contestarles en aquella circunstancia, porque caí pesadamente al fondo del pozo. Y como el agua no tenia mucha profundidad, no me ahogué; pero me rompí ambas piernas y la clavícula, en tanto que los chicos, espantados no sé si de su hazaña ó de su atolondramiento, huyeron á todo correr. Y yo lanzaba tales gritos de dolor, que unos transeúntes, de quienes llamé la atención, me sacaron del pozo. Y como me hallaba en un estado lamentable, me colocaron en un asno y me llevaron á casa, donde estuve postrado durante un tiempo considerable. Pero jamás me curé de mi accidente. Y no pude volver á ejercer mi profesión de maestro de escuela.

Y por eso ¡oh Emir de los Creyentes! me vi obligado á mendigar para dar de comer á mi mujer y á mis hijos.

Y así es como me has visto y socorrido generosamente en el puente de Bagdad.

Y tal es mi historia.»

Y cuando el maestro de escuela lisiado y con la boca hendida acabó de contar de tal suerte la causa de su lisiadura y de su deformidad, Massrur, el portaalfanje, le hizo volver á la fila. Y el ciego que se hacía abofetear en el puente avanzó á tientas entre las manos del califa, y obedeciendo á la orden que le habían dado, contó así lo que tenía que contar. Dijo:



Historia del ciego que se hacía
abofetear en el puente



«Has de saber ¡oh Emir de los Creyentes! que, por lo que á mí respecta, en tiempos de mi juventud yo era conductor de camellos. Y gracias á mi trabajo y á mi perseverancia, acabé por ser propietario de ochenta camellos de mi exclusiva pertenencia. Y los alquilaba á las caravanas que comercian de un país en otro, y en época de peregrinación, lo cual me valía crecidos beneficios y hacía aumentar de año en año mi capital y mis intereses. Y con mis beneficios aumentaba de día en día mi deseo de ser más rico aún, y pensaba nada menos que en llegar á ser el más rico de los conductores de camellos del Irak.

Un día entre los días, regresando yo de Bassra de vacío con mis ochenta camellos, á los que había conducido á aquella ciudad cargados de mer-

caderías con destino á la India, y habiendo hecho alto junto á un depósito de agua para darles de beber y dejarlos pacer por las cercanías, vi avanzar en dirección mía á un derviche. Y el tal derviche me abordó con aire cordial, y después de las zalemas por una y otra parte, se sentó á mi lado. Y reunimos nuestras provisiones, y con arreglo á las costumbres del desierto, tomamos juntos nuestra comida. Tras de lo cual nos pusimos á hablar de unas cosas y de otras y nos interrogamos mutuamente acerca de nuestro viaje y de su punto de destino. Y él me dijo que se dirigía á Bassra y yo le dije que iba á Bagdad. Y cuando reinó la intimidad entre nosotros, le hablé de mis negocios y de mis ganancias y le di cuenta de mis proyectos de riqueza y de opulencia.

Y dejándome hablar hasta que concluí, el derviche me miró sonriendo y me dijo: «¡Oh mi señor Babá-Abdalah, cuánto trabajo te tomas para llegar á un resultado tan poco proporcionado, cuando á veces basta un recodo de camino para que el Destino te haga, en un abrir y cerrar de ojos, no solamente más rico que todos los conductores de camellos del Irak, sino más poderoso que todos los reyes de la tierra reunidos!» Luego añadió: «¡Oh mi señor Babá-Abdalah! ¿oíste alguna vez hablar de tesoros escondidos y de riquezas subterráneas?» Y contesté: «Ciertamente, ¡oh derviche! he oído hablar á menudo de tesoros escondidos y de riquezas subterráneas. Y todos sabemos que cada uno

de nosotros puede, si tal es el decreto del Destino, despertarse un día más opulento que los reyes todos. Y no hay un labrador que, al labrar su tierra, no piense que llegará día en que caiga sobre la piedra sellada de algún tesoro maravilloso, y no hay un pescador que, al arrojar sus redes al agua, no piense que llegará día en que saque la perla ó la gema marina que le llevará al límite de la opulencia. ¡Pues no soy un ignorante, ¡oh derviche! y además estoy persuadido de que los hombres de tu corporación conocen secretos y palabras de gran poder!»

Y al oír este discurso, el derviche cesó de escarbar en la arena con su báculo, me miró de nuevo y me dijo: «¡Oh mi señor Babá-Abdalah! Creo que hoy no has tenido un mal encuentro al encontrarte conmigo, y se me antoja que este día es para ti precisamente el día en que hará recodo el camino que te conduzca frente á tu destino.» Y le dije: «¡Por Alah, ¡oh derviche! que le acogeré con firmeza y con ojos llenos, y tráigame lo que me traiga, lo aceptaré con corazón agradecido!» Y me dijo él: «Entonces, levántate ¡oh pobre! y sígueme.»

Y se irguió sobre ambos pies, y echó á andar delante de mí. Y le seguí, pensando: «¡Sin duda hoy es el día de mi destino, después de tanto tiempo como llevo aguardándole! Y al cabo de una hora de marcha llegamos á un pequeño valle bastante espacioso, cuya entrada era tan estrecha que mis camellos apenas podían pasar por ella uno á uno. Pero no tardó en ensancharse el terreno con el

valle, y nos vimos al pie de una montaña tan impracticable, que no había ni que pensar que una criatura humana llegase por allí nunca hasta nosotros. Y el derviche me dijo: «Henos aquí llegados adonde había que llegar. Por lo que á ti respecta, para tus camellos y haz que se sienten, á fin de que, cuando llegue el momento de cargarlos con lo que vas á ver, no nos cueste trabajo el hacerlo.» Y contesté con el oído y la obediencia, y me dediqué á sentar á todos los camellos, uno tras de otro, en el amplio espacio que se extendía al pie de aquella montaña.

Tras de lo cual me reuní con el derviche y le encontré con un eslabón en la mano prendiendo fuego á un montón de leña seca. Y en cuanto brotó llama del montón de leña, el derviche arrojó á él un puñado de incienso macho, pronunciando palabras cuyo significado no comprendí. Y al punto se elevó por el aire una columna de humo que el derviche partió en dos con su báculo. Y en seguida una roca grande, frente á la cual nos encontrábamos, se abrió por la mitad y nos dejó ver una ancha abertura en el sitio donde un instante antes había una muralla lisa y vertical...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 875.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y en seguida una roca grande, frente á la cual nos encontrábamos, se abrió por la mitad y nos dejó ver una ancha abertura en el sitio donde un instante antes había una muralla lisa y vertical. Y dentro aparecían montones de oro amonedado y de pedrerías, como esos montículos de sal que se ven á orillas del mar. Y á la vista de aquel tesoro, me abalancé sobre el primer montón de oro, con la rapidez del halcón que cae sobre la paloma, y empecé por llenar un saco de que ya me había provisto. Pero el derviche se echó á reir, y me dijo: «¡Oh pobre, estás haciendo un trabajo poco productivo! ¿No ves que si llenas de oro amonedado tus sacos, pesarán demasiado para cargarlos en tus camellos? Llénalos mejor con esas pedrerías amontonadas que hay un poco más allá, y una sola de las cuales vale por sí más que cada uno de esos montones de oro, siendo cien veces más ligera que una moneda de ese metal.»

Y contesté: «No hay inconveniente, ¡oh derviche!» Porque comprendí cuán justa era su observación. Y uno tras otro, llené mis sacos con aquellas pedrerías, y los cargué de dos en dos á lomos de

mis camellos. Y cuando de tal suerte hube cargado á mis ochenta camellos, el derviche, que me había mirado hacer sonriendo sin moverse de su sitio, se levantó y me dijo: «Ya no tenemos mas que cerrar el tesoro y marcharnos.» Y tras de hablar así, entró en la roca, y le vi que se dirigia á una orza labrada que había encima de un zócalo de madera de sándalo. Y en mi fuero interno me decía yo: «¡Por Alah, qué lástima no tener conmigo ochenta mil camellos que cargar con esas pedrerías y esas monedas y esas orfebrerías, en vez de los ochenta que son de mi propiedad únicamente!»

Y he aquí que vi al derviche acercarse á la conocida orza preciosa y levantar la tapa. Y sacó de ella un bote de oro, que se metió en el seno. Y como yo le mirara con una especie de interrogación en los ojos, me dijo: «¡No es nada! ¡Un poco de pomada para los ojos!» Y no me dijo más. Y como, impulsado por la curiosidad, quería yo avanzar á mi vez para coger de aquella pomada buena para los ojos, me lo impidió, diciendo: «Bastante tenemos por hoy, y ya es tiempo de que salgamos de aquí.» Y me empujó hacia la salida, y pronunció ciertas palabras que no comprendí. Y al punto se juntaron las dos partes de la roca, y en lugar de la anchurosa abertura apareció una muralla tan lisa como si acabasen de tallarla en la misma piedra de la montaña.

Y el derviche se encaró entonces conmigo y me dijo: «¡Oh Babá-Abdalah! Vamos ahora á salir de

este valle. Y una vez que lleguemos al paraje donde hubimos de encontrarnos, dividiremos ese botín con toda equidad y nos lo repartiremos amistosamente.»

Y en seguida hice levantarse á mis camellos. Y desfilamos en buen orden por donde habíamos entrado al valle, y fuimos juntos hasta el camino de las caravanas, donde debíamos separarnos para seguir cada cual el suyo, yo hacia Bagdad y el derviche hacia Bassra. Pero en el camino me había dicho yo, pensando en el reparto consabido: «¡Por Alah, este derviche pide demasiado por lo que ha hecho! ¡Verdad es que él me ha revelado el tesoro, y lo ha abierto merced á su ciencia de la hechicería, que el Libro Santo reprueba! Pero ¿qué hubiera hecho sin mis camellos? ¡Y hasta puede ser que sin mi presencia no hubiera tenido éxito la cosa, ya que el tesoro indudablemente está escrito á mi nombre, en mi suerte y en mi destino! Creo, pues, que si le doy cuarenta camellos cargados de estas pedrerías, salgo perdiendo yo, que me he fatigado cargando los sacos mientras él descansaba sonriendo; y al fin y al cabo, yo soy el dueño de los camellos. No conviene, por tanto, que le deje hacer el reparto á su antojo. Y sabré hacerle atender á razones.»

Así es que, cuando llegó el momento del reparto, dije al derviche: «¡Oh santo hombre! Tú que, según los principios de tu corporación, debes preocuparte muy poco de los bienes del mundo, ¿qué vas á hacer de esos cuarenta camellos con su carga,

que tan injustamente me reclamas como precio de tus indicaciones?» Y lejos de escandalizarse por mis palabras ó de enfadarse, como yo esperaba, el derviche me contestó con voz pausada: «Babá-Abdalah, estás en lo cierto al decir que debo ser hombre que se preocupe muy poco de los bienes de este mundo. Así, no es por mí por quien reclamo la parte que me corresponde en un reparto equitativo, sino para distribuirla por el mundo á todos los pobres y á todos los desheredados. En cuanto á lo que tú llamas injusticia, piensa, ya Babá-Abdalah, que con cien veces menos de lo que te he dado serías ya el más rico de los habitantes de Bagdad. Y olvidas que nada me obligaba á hablarte de ese tesoro, y que hubiera podido guardar para mí solo el secreto. ¡Desecha, pues, la avidez y conténtate con lo que Alah te ha dado, sin tratar de contravenir nuestro acuerdo!»

Entonces, aunque convencido de la mala calidad de mis pretensiones y seguro de mi falta de derecho, cambié la cuestión de aspecto y de forma y contesté: «¡Oh derviche! Me has convencido de mis errores. Pero permíteme que te recuerde que eres un excelente derviche que ignora el arte de conducir camellos y no sabe mas que servir al Altísimo. Por lo visto, olvidas el apuro en que te verías al querer conducir á tantos camellos acostumbrados á la voz de su amo. Si quieres creerme, coge lo menos posible, sin perjuicio de volver más tarde al tesoro para cargar de nuevo con pedrerías, ya que puedes abrir

y cerrar á tu antojo la entrada de la gruta. Escucha, pues, mi consejo y no expongas tu alma á sinsabores y preocupaciones á que no está acostumbrada.» Y el derviche, como si no pudiese rehusarme nada, contestó: «Confieso ¡oh Babá-Abdalah! que de primera intención no había reflexionado en lo que acabas de recordarme; y heme aquí ya extremadamente inquieto por las consecuencias de ese viaje, solo con todos esos camellos. Escoge, pues, de los cuarenta camellos que me corresponden los veinte que te plazca escoger, y déjame los veinte restantes. ¡Después vete, bajo la salvaguardia de Alah!»

Y yo, muy sorprendido de encontrar en el derviche tanta facilidad para dejarse persuadir, me apresuré á escoger primero los cuarenta que me correspondían del reparto y luego los otros veinte que me cedía el derviche. Y tras de darle gracias por sus buenos oficios, me despedí de él y me puse en camino para Bagdad, mientras él guiaba sus veinte camellos por el lado de Bassra.

Y he aquí que no había dado yo mas que unos veinte pasos, cuando el Cheitán infundió en mi corazón la envidia y la ingratitud. Y empecé á deplorar la pérdida de mis veinte camellos, y más aún las riquezas que llevaban de carga al lomo. Y me dije: «¿Por qué me arrebató mis veinte camellos ese derviche maldito, si es dueño del tesoro y puede sacar de allá cuantas riquezas quiera?» Y de repente paré mis animales y eché á correr detrás del

derviche, llamándole con todas mis fuerzas y haciéndole señas para que detuviese sus animales y me esperase. Y oyó mi voz y se detuvo. Y cuando le alcancé, le dije: «¡Oh hermano mío derviche! En cuanto te he dejado he empezado á preocuparme mucho por ti, debido al interés que me tomo por tu tranquilidad. Y no he querido resolverme á separarme de ti sin hacerte considerar una vez más cuán difíciles de conducir son veinte camellos cargados, sobre todo cuando se es, como tú, ¡oh hermano mío derviche! un hombre que no está acostumbrado á este oficio y á este género de ocupación. ¡Créeme que te encontrarás mucho mejor si no te llevas mas que diez camellos á lo sumo, aliviándote de los otros diez en un hombre como yo, á quien no cuesta más trabajo cuidar de ciento que de uno solo!» Y mis palabras produjeron el efecto que yo anhelaba, pues el derviche me cedió sin ninguna resistencia los diez camellos que le pedía, de modo que sólo le quedaron diez, y yo me vi dueño de setenta camellos con sus cargas, cuyo valor superaba á las riquezas de todos los reyes de la tierra reunidos.

Después de aquello parece ¡oh Emir de los Creyentes! que yo debía tener motivo para estar satisfecho. Pues bien; ni por asomo lo estaba. Y mis ojos permanecieron tan vacíos como antes, si no más, y mi avidez iba en aumento con mis adquisiciones. Y empecé á redoblar mis solicitudes, mis ruegos y mis importunidades para decidir al derviche á rematar su generosidad accediendo á cederme los diez

camellos que le quedaban. Y le abracé y le besé las manos, y tanto hice, que no tuvo el valor de rehusármelos, y me anunció que me pertenecían, diciéndome: «¡Oh hermano Babá-Abdalah! Haz buen uso de las riquezas que te vienen del Retribuidor, y acuérdate del derviche que te encontró en el recodo de tu destino...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 876.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...¡Oh hermano Babá-Abdalah! Haz buen uso de las riquezas que te vienen del Retribuidor, y acuérdate del derviche que te encontró en el recodo de tu destino.»

Y yo, ¡oh mi señor! en vez de llegar al límite de la satisfacción por haberme convertido en propietario de toda la carga de pedrerías, me sentí impulsado por la avidez de mis ojos á pedir otra cosa más. Y aquello era lo que debía ocasionar mi perdición. Me vino á las mientes, en efecto, la idea de que el bote de oro que contenía la pomada, y que el derviche había sacado de la orza preciosa antes de salir de la gruta, también tenía que pertenecer-

me como lo demás. Porque me decía yo: «¡Quién sabe las virtudes que podrá tener esa pomada! Y además, claro es que tengo derecho á llevarme ese bote, pues el derviche puede procurarse en la gruta otros iguales cuando le plazca.» Y este pensamiento me determinó á hablarle del particular. Así es que, cuando acababa de abrazarme para despedirse de mí, le dije: «Por Alah sobre ti, ¡oh hermano derviche! ¿qué quieres hacer con ese bote de pomada que te has escondido en el seno? ¿Y de qué le puede servir esa pomada á un derviche que de ordinario no utiliza pomadas ni olor de pomada ni sombra de pomada? ¡Mejor es que me des ese bote, á fin de que yo me lo lleve con lo demás como recuerdo tuyo!»

A la sazón yo esperaba que, irritado por mi insistencia, el derviche me rehusase sencillamente el bote consabido. Y estaba dispuesto á basarme en su negativa para arrebatárselo á la fuerza, pues que yo era, con mucho, el más fuerte, y en caso de que se resistiera, á dejarle en el sitio en aquel paraje desierto. Pero, en contra de mis suposiciones, el derviche me sonrió con bondad, se sacó del seno el bote y me lo presentó graciosamente, diciéndome. «¡Toma, aquí tienes el bote, ¡oh hermano Babá-Abdalah! y ojalá satisfaga el último de tus deseos! Por otra parte, si crees que puedo hacer más por ti, no tienes mas que hablar, y aquí estoy dispuesto á complacerte.»

Cuando tuve el bote entre las manos, lo abrí, y mirando su contenido, dije al derviche: «¡Por Alah

sobre ti, ¡oh hermano derviche! completa tus bondades diciéndome cómo se usa y qué virtudes tiene esta pomada que desconozco!» Y contestó el derviche: «¡De todo corazón amistoso!» Y añadió: «Sabe, ya que lo preguntas, que esta pomada ha sido triturada por los dedos de los genn subterráneos, que han puesto en ella facultades maravillosas. En efecto, si se aplica un poco alrededor del ojo izquierdo y en el párpado, hace aparecer ante quien la ha utilizado los escondrijos donde se encuentran los tesoros de la tierra. Pero si, por desgracia, se aplica esta pomada al ojo derecho, de repente queda uno ciego de ambos ojos á la vez. Y tal es la virtud y tal es el uso de esta pomada, ¡oh hermano Babá-Abdalah! ¡Uassalam!»

Y tras de hablar así, quiso de nuevo despedirse de mí. Pero le retuve por la manga, y le dije: «¡Por tu vida, hazme el último favor aplicándome tú mismo esta pomada en el ojo izquierdo, pues sabrás hacerlo mucho mejor que yo, y estoy en el límite de la impaciencia por experimentar la virtud de esta pomada de la que soy poseedor!» Y el derviche no quiso hacerse rogar más, y siempre amable y tranquilo, tomó un poco de pomada con la yema del dedo y me la aplicó alrededor del ojo izquierdo y en el párpado izquierdo, diciéndome: «¡Abre ahora el ojo izquierdo y cierra el derecho!»

Y abrí el ojo izquierdo untado de pomada, ¡oh Emir de los Creyentes! y cerré el ojo derecho. Y al punto desaparecieron todas las cosas visibles á mis

ojos habitualmente para dejar sitio á planos superpuestos de grutas subterráneas y marinas, de troncos de árboles gigantes ahuecados por la base, de estancias abiertas en roca y de escondrijos de todas clases. Y todo aquello estaba lleno de tesoros de pedrerías, orfebrerías, joyeles, alhajas y dinero de todos los colores y de todas las formas. Y vi metales en sus minas, plata virgen y oro natural, piedras cristalizadas en su ganga y filones preciosos circundando la tierra. Y no cesé de mirar y de maravillarme, hasta que sentí que mi ojo derecho, que me veía obligado á tener cerrado, se fatigaba y quería abrirse. Entonces lo abrí, y al punto los objetos del paisaje que me rodeaba se pusieron por sí solos en su sitio habitual, y todos los planos, debidos al efecto de la pomada mágica, desaparecieron, alejándose.

Y asegurándome así de la verdad acerca del efecto real de aquella pomada cuando se aplicaba al ojo izquierdo, no pude por menos de abrigar dudas acerca del efecto de su aplicación al ojo derecho. Y me dije para mi fuero interno: «Entiendo que el derviche está lleno de astucia y de doblez, y ha estado conmigo tan asequible y tan afable para engañarme á la postre. Porque no es posible que la misma pomada produzca dos efectos tan contrarios en las mismas condiciones, sencillamente á causa de la diferencia de sitio.» Y dije al derviche riendo: «¡Eh, ualah! ¡oh padre de la astucia, creo que te ríes de mí al presente! Porque no es posible que

una misma pomada produzca efectos tan opuestos uno á otro. Antes bien, me parece, pues que no la has ensayado en ti mismo, que, aplicada al ojo derecho, esta pomada tendrá la virtud de poner á mi disposición los tesoros que me ha enseñado mi ojo izquierdo. ¿Qué opinas? ¡Puedes hablar sin reticencias! Y por cierto que, me des ó me quites la razón, quiero experimentar en mi propio ojo el efecto de esta pomada al lado derecho, á fin de no tener ya duda. Te ruego, pues, que me la apliques sin tardanza al ojo derecho, porque es preciso que me ponga en camino antes de ocultarse el sol.»

Pero por primera vez desde que nos encontramos, el derviche tuvo un movimiento de impaciencia, y me dijo: «¡Babá-Abdalah, tu petición es irrazonable y nociva, y no puedo resolverme á hacerte mal después de haberte hecho bien! ¡No me obligues, pues, con tu obstinación á obedecerte en una cosa de la que te arrepentirás toda tu vida!» Y añadió: «Separémonos, pues, como hermanos, y que cada cual vaya por su camino.» Pero yo ¡oh mi señor! no le dejé, y cada vez estaba más persuadido de que las dificultades que ponía no tenían otro objeto que impedirme tener en mi mano, perteneciéndome absolutamente, los tesoros que podía ver con mi ojo izquierdo. Y le dije: «Por Alah, ¡oh derviche! si no quieres que me separe de ti con el corazón descontento por cosa tan fútil, después de tantas de importancia como me has concedido, no tienes mas que untarme el ojo derecho con esta po-

mada, pues yo no sabría. Y en verdad que no te dejaré mas que con esta condición.»

Entonces el derviche se puso muy pálido, y su rostro tomó un aire de dureza que no conocía yo en él, y me dijo: «Te vuelves ciego con tus propias manos.» Y tomó un poco de pomada y me la aplicó alrededor del ojo derecho y en el párpado derecho. Y ya no vi mas que tinieblas con mis dos ojos, y me convertí en el ciego que ves, ¡oh Emir de los Creyentes!

Y al sentirme en aquel estado lamentable, volví en mí de pronto y exclamé, tendiendo los brazos al derviche: «¡Sálvame de la ceguera, ¡oh hermano mío!» Pero no obtuve ninguna respuesta. Y se mantuvo él sordo á mis súplicas y á mis gritos, y le oí poner en marcha los camellos y alejarse, llevándose lo que había sido mi parte y mi destino.

Entonces me dejé caer al suelo, y estuve sin conocimiento un largo transcurso de tiempo. Y sin duda habría muerto de dolor y de confusión en aquel sitio, si al día siguiente no me hubiese recogido y traído á Bagdad una caravana que volvía de Bassra.

Y desde entonces, tras de haber visto pasar al alcance de mi mano la fortuna y el poder, me vi reducido á este estado de mendigo por los caminos de la generosidad. Y en mi corazón entró el arrepentimiento por mi avaricia y por lo que abusé de los beneficios del Retribuidor, y para castigarme, yo mismo me impuse la penitencia de una bofetada de mano de toda persona que me diera limosna.

Y tal es mi historia, ¡oh Emir de los Creyentes! Y

te la he contado sin ocultar en nada mi impiedad y la bajeza de mis sentimientos. Y heme aquí dispuesto á recibir una bofetada de mano de cada uno de los honorables circunstantes, aunque no sea ese bastante castigo. ¡Pero Alah es infinitamente misericordioso!»

Cuando el califa hubo oído esta historia del ciego, le dijo: «¡Oh Babá-Abdalah! ¡Indudablemente tu crimen es un crimen grande y la avidez de tus ojos una avidez imperdonable! Pero creo que te han redimido ya tu arrepentimiento y tu humildad ante el Misericordioso. Y por eso quiero que en adelante esté asegurada tu vida por cuenta de mi Tesoro, para no verte sufrir esa penitencia pública que te has impuesto. Y en consecuencia, el visir del Tesoro te dará á diario diez dracmas de moneda mía para tu subsistencia. ¡Y Alah te tenga en Su misericordia!» Y ordenó que también se entregase igual suma al maestro de escuela lisiado y con la boca hendida, y retuvo junto á él, para tratarlos según se merecía su rango y con toda la magnificencia que acostumbraba, al joven dueño de la yegua blanca, al jeque Hassán y al jinete detrás del cual tocaban aires indios y chinos.

«¡Pero no creas ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—que esta historia es comparable de cerca ni de lejos á la de LA PRINCESA SULEIKA!» Y como el rey Schahriar no conocía esta historia, Schahrazada dijo:



HISTORIA DE LA PRINCESA SULEIKA



He llegado á saber ¡oh rey del tiempo! que en el trono de los califas de Damasco había un rey entre los Omniadas que tenía como visir á un hombre dotado de cordura, de saber y de elocuencia, el cual había leído los libros de los antiguos y los anales y las obras de los poetas, reteniendo lo que había leído, y cuando era necesario, sabía contar á su señor las historias que hacen agradable la vida y deleitable el tiempo. Un día entre los días, como viera que su señor el rey sentía cierto aburrimiento, decidió distraerle, y le dijo: «¡Oh mi señor! Con frecuencia me has interrogado acerca de los acontecimientos de mi vida y acerca de lo que me había ocurrido antes de que llegase á

ser tu esclavo y el visir de tu poderío. Y hasta el presente me he excusado siempre de contestarte, por temor á parecer importuno ó atacado de pedantería, y he preferido contarte lo que hubo de ocurrirles á otros ajenos á mí. Pero aunque la buena educación nos prohíbe hablar de nosotros mismos, hoy quiero narrarte la aventura singular que influyó en toda mi vida, y á la cual debo haber llegado hasta el umbral de tu grandeza.» Y al ver que su señor le escuchaba con toda atención, contó así su historia:

«Nací ¡oh mi señor y corona de mi cabeza! en esta bienhadada ciudad de Damasco, de un padre que se llamaba Abdalah y que era uno de los mercaderes más estimables de todo el país de Scham. Y no se escatimó nada para mi educación, pues recibí lecciones de los maestros más versados en el estudio de la teología, de la jurisprudencia, del álgebra, de la poesía, de la astronomía, de la caligrafía, de la aritmética y de las tradiciones de nuestra fe. Y también me enseñaron cuantas lenguas se hablan en el dominio de tu soberanía, de un mar á otro mar, con objeto de que, si un día recorría el mundo por amor á los viajes, me pudiera servir tal enseñanza en los países de los hombres. Y así es como aprendí, entre todos los dialectos de nuestra lengua, el habla de los persas, de los griegos, de los tártaros, de los kurdos, de los indios y de los chinos. Y supieron mis maestros enseñarme todo aque-

llo de tal manera, que retuve cuanto aprendí, y se me ponía por modelo ante los estudiantes desaplicados...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 877.ª NOCHE*

La pequeña Doniazada se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada y besó á su hermana, y le dijo: «¡Oh Schahrazada! Por favor, date prisa á contarnos la historia que comenzaste, que es la de la princesa Suleika.» Y dijo Schahrazada: «¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido á este rey dotado de buenos modales!» Y añadió:

El visir del rey de Damasco continuó en estos términos la historia que contaba á su señor:

Cuando, gracias á las lecciones de mis maestros, aprendí ¡oh mi señor! todas las ciencias de mi tiempo, así como los dialectos de nuestra lengua y el habla de los persas, de los griegos, de los tártaros, de los kurdos, de los indios y de los chinos, y gracias al método excelente de mis maestros hube de retener cuanto aprendí, mi padre, tranquilo por mi

suerte, vió sin amargura acercársele el momento escrito para el término de la vida de cada criatura. Y antes de fallecer en la misericordia de su Señor, me llamó á su lado y me dijo: «¡Oh hijo mío! He aquí que la Separadora va á cortar el hilo de mi vida, y te vas á quedar sin una cabeza que te guíe por el mar de los acontecimientos. Pero me consuelo de dejarte solo al pensar que, merced á la educación que recibiste, sabrás acelerar la llegada del Destino favorable. No obstante, ¡oh hijo mío! ninguno entre los hijos de Adán puede saber lo que le reserva la suerte, y ninguna precaución puede prevalecer contra los dictados del Libro del Destino. Si llegara día, por tanto, en que el tiempo se volviera en contra tuya ¡oh hijo mío! y tu vida se tornara negra, no tienes mas que ir al jardín de esta casa y colgarte de la rama mayor del añoso árbol que ya conoces. ¡Y así te libertarás!»

Y tras de pronunciar tan extrañas palabras murió mi padre en la paz del Señor, sin haber tenido tiempo para explicarse mejor ó rectificar semejante consejo. Y mientras duraron los funerales y en los días del duelo, no dejé de reflexionar acerca de aquellas palabras tan singulares en boca de un hombre tan prudente y temeroso de Alah como lo había sido mi padre durante toda su vida. Y me preguntaba sin cesar: «¿Cómo es posible que mi padre me haya aconsejado, contraviniendo los preceptos del Libro Santo, que me dé la muerte ahorcándome, en caso de reveses de fortuna, mejor que confiarme á

la solicitud del Dueño de las criaturas? No alcanza á comprenderlo mi entendimiento.»

Más tarde, poco á poco, se fué borrando en mi el recuerdo de aquellas palabras, y como me gustaban el placer y el derroche, en cuanto me vi en posesión de la herencia que me correspondía, no tardé en seguir el curso de todas mis inclinaciones. Y viví varios años en el seno de las locuras y de las prodigalidades, de modo que acabé por comerme todo mi patrimonio, y un día me desperté tan desnudo como salí del seno de mi madre. Y me dije, mordiéndome los dedos: «¡Oh Hassán, hijo de Abdalah! Hete aquí reducido á la miseria por culpa tuya y no por traición del tiempo. Y ya no te queda por toda hacienda mas que esta casa con este jardín. Y vas á verte obligado á venderlos para mantenerte algún tiempo todavía. ¡Tras de lo cual quedarás reducido á la mendicidad, pues te abandonarán tus amigos, y nadie otorgará crédito á quien ha arruinado su casa con sus propias manos!»

Y entonces me acordé de las últimas palabras de mi padre, que á la sazón parecieronme muy juiciosas, diciéndome: «¡Ciertamente, más vale morir ahorcado que pedir limosna en los caminos!»

Y así pensando, cogí una cuerda gruesa y bajé al jardín. Y resuelto ya á ahorcarme, me dirigí al árbol consabido, busqué la rama mayor, la sujeté, y después de colocar dos piedras grandes al pie del añoso árbol, até la cuerda á la rama por un extremo, y con el otro extremo hice un nudo corredizo,

que me pasé al cuello; y pidiendo perdón á Alah por mi acto, salté al espacio desde la parte de arriba de las piedras. Y ya me balanceaba estrangulado, cuando la rama crujió con mi peso y se separó del tronco. Y caí al suelo con ella antes de que la vida hubiese abandonado mi cuerpo.

Y cuando volví de aquella especie de desmayo en que me hallaba sumido y comprendí que no estaba muerto, me mortificó mucho haber gastado semejante esfuerzo de voluntad para llegar á aquel fracaso final. Y ya me incorporaba con objeto de repetir mi acto criminal, cuando vi caer del árbol un guijarro, y advertí que aquel guijarro ardía en el suelo como un carbón encendido. Y con gran sorpresa mia noté que donde acababa de tener lugar mi caída el suelo estaba cubierto de aquellos guijarros brillantes, y que aún seguían cayendo del árbol, precisamente del mismo sitio por donde se había desprendido la rama. Y me volví á subir en las dos piedras grandes, y miré más de cerca la rotura. Y vi que por aquel lado el tronco no estaba lleno, sino hueco, y que de la cavidad se escapaban aquellos guijarros, que eran diamantes, esmeraldas y otras piedras de todos los colores.

Al ver aquello, ¡oh mi señor! comprendí la verdadera significación de las palabras de mi padre, y deduje su verdadero sentido, acordándome de que mi padre, lejos de aconsejarme que me ahorcara, me había aconsejado sencillamente que me colgara de la rama mayor del árbol, sabiendo de antemano

que cedería con mi peso y dejaría al descubierto el tesoro que él mismo había metido para mí en el tronco vacío del añoso árbol, en previsión de los malos días.

Y con el corazón dilatado de alegría, corrí á la casa para buscar un hacha, y agrandé la rotura. Y me encontré con que el inmenso tronco del añoso árbol estaba hueco y lleno hasta la base de rubíes, diamantes, turquesas, perlas, esmeraldas y todas las especies de gemas terrestres y marinas.

Entonces, tras de glorificar á Alah por sus beneficios y bendecir en mi corazón la memoria de mi padre, cuya prudencia había previsto mis locuras y me había reservado aquella salvación inesperada, renegué de mi antigua vida y de mis costumbres disipadas y pródigas, y resolví hacerme un hombre digno y ponderado. Y por el pronto, no quise vivir más tiempo en una ciudad que había sido testigo de mis extravagancias, y decidí ir al reino de Persia, donde me atraía con una atracción invencible la famosa ciudad de Schiraz, de la que con frecuencia había oído hablar á mi padre como de una ciudad en que estuvieran reunidas todas las elegancias del espíritu y todas las dulzuras de la vida. Y me dije: «¡Oh Hassán! En esa ciudad de Schiraz te instalarás como mercader de pedrerías, y entablarás conocimiento con los hombres más deliciosos de la tierra. Y como sabes hablar el persa, no tendrá eso ninguna dificultad para ti.»

E hice inmediatamente lo que tenía resuelto

hacer. Y Alah me escribió la seguridad, y tras de un largo viaje, llegué sin contratiempo á la ciudad de Schiraz, donde reinaba entonces el gran rey Sabur-Schah.

Y paré en el khan más lujoso de la ciudad, en el que alquilé una hermosa habitación. Y sin tomarme tiempo para descansar, cambié mis ropas de viaje por vestiduras nuevas y muy hermosas, y me fui á pasear por las calles y zocos de aquella ciudad espléndida.

Y he aquí que, al salir de la gran mezquita de porcelana, cuya hermosura había conmovido mi corazón y me había sumido en el éxtasis de la plegaria, vi que venía en dirección mía un visir entre los visires del rey. Y también me vió él, y se paró frente á mí, contemplándome como si yo fuese un ángel. Luego me abordó y me dijo: «¡Oh el más hermoso de los adolescentes! ¿de qué país eres? ¡Porque tu traje me indica que eres extranjero en nuestra ciudad!» Y contesté inclinándome: «Soy de Damasco, ¡oh mi señor! y he venido á Schiraz para instruirme con el trato de sus habitantes.» Y al oír mis palabras, el visir se dilató considerablemente, y me estrechó en sus brazos, y me dijo: «¡Hermosas palabras las de tu boca, ¡oh hijo mio! ¿Qué edad tienes?» Y contesté: «Tu esclavo se halla en su décimosexto año.» Y él se dilató aún más, pues descendía de los compañeros de Loth, y me dijo: «Es la edad más hermosa, ¡oh hijo mio! es la edad más hermosa. Y si no tienes que hacer nada mejor, ven

conmigo á palacio y te presentaré á nuestro rey, que gusta de los rostros hermosos, y te nombrará chambelán entre sus chambelanes. Y sin duda serás la gloria de los chambelanes y corona suya.» Y le dije: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos, y escucho y obedezco!»

Entonces me cogió de la mano. E hicimos el camino juntos, charlando de unas cosas y de otras. Y se asombraba él mucho al oirme hablar el persa, lengua que no era la mía, con desenfado y pureza. Y se maravillaba de mi cara y de mi elegancia. Y me decía: «¡Por Alah, si todos los jóvenes de Damasco son como tú, esa ciudad será una región del paraíso, y la parte del cielo que hay encima de Damasco será el paraíso mismo!» Y de tal suerte llegamos al palacio del rey Sabur-Schah, en presencia del cual me introdujo, y que, en efecto, sonrió al ver mi rostro, y me dijo: «¡Bien venido sea á mi palacio el rostro de Damasco!» Y añadió: «¿Cómo te llamas, ¡oh hermoso adolescente!?» Y contesté: «Tu esclavo Hassán, ¡oh rey del tiempo!» Y al oirme hablar así, se dilató y se esponjó, y me dijo: «¡Jamás nombre alguno cuadró mejor á un rostro semejante, ¡oh Hassán!» Y añadió: «¡Te nombro mi chambelán, á fin de que mis ojos se regocijen todas las mañanas viéndote!» Y besé la mano del rey, y le di gracias por la bondad que me demostraba. Y el visir me llevó consigo y me hizo quitar mis ropas, y me vistió él mismo con ropas de paje. Y me dió la primera lección de indumentaria precisa

para nuestras funciones de chambelán. Y no sabía yo cómo expresarle mi gratitud por todas sus atenciones. Y él me tomó bajo su protección. Y me hice amigo suyo. Y por su parte, todos los demás chambelanes, que eran jóvenes y muy hermosos, se hicieron amigos míos. Y parecía que iba á ser deliciosa en aquel palacio mi vida, pues que tanta alegría me proporcionaba ya y tantos placeres delicados me prometía.

Y he aquí que hasta entonces ¡oh mi señor! para nada absolutamente había intervenido en mi vida la mujer. Pero pronto debía hacer su aparición. Y con ella, mi vida había de entrar en la complicación...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 878.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y he aquí que hasta entonces ¡oh mi señor! para nada absolutamente había intervenido en mi vida la mujer. Pero pronto debía hacer su aparición. Y con ella, mi vida había de entrar en la complicación.

En efecto, debo apresurarme á decirte ¡oh mi

señor! que mi protector me había dicho el primer día: «Sabe ¡oh querido mío! que está prohibido á todos los chambelanes de las doce cámaras, así como á todos los dignatarios de palacio, oficiales y guardias, pasearse después de cierta hora de la noche por los jardines de palacio. Porque, á partir de esa hora, los jardines están reservados sólo á las mujeres del harén, á fin de que puedan ir allá á tomar el aire y charlar entre sí. Y si alguno, para su desdicha, es sorprendido en el jardín á esa hora, arriesga su cabeza.» Y yo hube de prometerme no correr nunca aquel riesgo.

Pero una tarde, á causa de la frescura y la dulzura del aire, me dejé ganar por el sueño en un banco de los jardines. Y no sé cuánto tiempo estuve dormido. Y entre sueños oía voces de mujeres que decían: «¡Oh! ¡es un ángel, es un ángel, es un ángel! ¡Oh! ¡qué hermoso, qué hermoso, qué hermoso!» Y me desperté de repente. Y no vi nada más que obscuridad. Y comprendí que acababa de tener un sueño. Y también comprendí que, si me sorprendían á aquella hora en los jardines, corría mucho riesgo de perder la cabeza, no obstante todo el interés que inspiraba al rey y á su visir. Y enloquecido con esta idea, me erguí sobre ambos pies, para correr al palacio antes de que me advirtiesen en aquellos lugares prohibidos. Pero he aquí que, de improviso, salió de la sombra y del silencio una voz de mujer, muy risueña de timbre, que me decía: «¿Adónde vas, adónde vas, ¡oh hermoso des-

pierto!?» Y más asustado que si me persiguiesen los guardias todos del harén, quise huir de aquel sitio, sin pensar mas que en llegar al palacio. Pero no bien hube dado algunos pasos, á la vuelta de una avenida, bajo la luna, que salía de detrás de una nube, vi aparecer una dama de belleza y de blancura extraordinarias, que se irguió ante mí sonriendo, con dos grandes ojos de gacela enamorada. Y su porte era tan majestuoso, como real era su actitud. Y la luna que brillaba en el cielo era menos brillante que su rostro.

Y ante aquella aparición, descendida sin duda del paraíso, no pude por menos de pararme. Y lleno de confusión, bajé los ojos y me mantuve en la actitud de la deferencia. Y me dijo ella con su voz amable: «¿Adónde ibas tan de prisa, ¡oh luz de los ojos!? ¿Y quién te obliga á correr así?» Y contesté: «¡Oh señora! Si perteneces á este palacio, no puedes ignorar las razones que me impulsan á alejarme tan precipitadamente de estos lugares. Debes saber, en efecto, que está prohibido á los hombres retardarse en los jardines, pasada cierta hora, y que les va la cabeza en contravenir esta prohibición. ¡Por favor, déjame, pues, alejarme antes de que me adviertan los guardias!» Y la joven señora, sin dejar de reir, me dijo: «¡Oh brisa del corazón! ¡un poco tarde te acuerdas de retirarte! La hora de que hablas ha pasado hace mucho tiempo. ¡Y mejor harías, en vez de procurar ponerte á salvo, en pasar aquí el resto de la noche, que será para ti

una noche bendita, una noche de blancura!» Pero yo, más asustado y más tembloroso que nunca, sólo pensaba en la fuga, y me lamentaba, diciendo: «¡Estoy perdido sin remedio! ¡Oh hija de gentes de bien, oh mi señora, quienquiera que seas, no me ocasiones la muerte con el atractivo de tus encantos!» Y quise escaparme. Pero ella me lo impidió extendiendo el brazo izquierdo, y con su mano derecha se quitó completamente su velo, y me dijo, cesando de reir: «Mirame, pues, joven insensato, y dime si todas las noches las puedes encontrar más bellas ó más jóvenes que yo. Apenas tengo diez y ocho años, y no me ha tocado ningún hombre. Respecto á mi rostro, que no es feo de mirar, ninguno antes que tú pudo envanecerse de haberlo entrevisto. Me ultrajarías, pues, violentamente si te obstinaras en rehuirme.» Y le dije: «¡Oh soberana mía! ¡ciertamente, eres la luna llena de la belleza, y aunque la noche, celosa, oculta á mis ojos parte de tus encantos, lo que de ellos descubro basta para encantarme! Pero te suplico que te pongas por un instante en mi situación, y verás cuán triste y delicada es.» Y contestó ella: «Convengo contigo ¡oh núcleo del corazón! en que tu situación es, en efecto, delicada; pero su delicadeza no proviene del peligro que corres, sino del propio objeto que la ocasiona. ¡Porque no sabes quién soy, ni cuál es mi rango en el palacio! Y en cuanto al peligro que corres, sería real para otro que tú, ya que te tengo bajo mi salvaguardia y mi protección. Dime, pues,

tu nombre, quién eres y cuáles son tus funciones en palacio.» Y contesté: «¡Oh mi señora! Soy Hassán de Damasco, el nuevo chambelán del rey Sabur-Schah y el favorito del visir del rey Sabur-Schah.» Y exclamó ella: «¡Ah! ¿conque eres tú el hermoso Hassán que ha volcado el cerebro del descendiente de Loth? ¡Cuán feliz soy por tenerte esta noche para mí sola, ¡oh querido mío! ¡Ven, corazón mío, ven! ¡Y deja de envenenar los momentos de dulzura y de gracia con penosas reflexiones!»

Y tras de hablar así, la hermosa joven me atrajo á la fuerza hacia ella, y frotó su rostro contra el mío, y aplicó sus labios á mis labios con pasión. Y yo, ¡oh mi señor! aunque era la primera vez que me ocurría una aventura semejante, sentía á aquel contacto vivir furiosamente en mí al niño de su padre, y tras de besar en un transporte á la joven, que estaba en éxtasis, saqué el niño y lo encaminé al nido. Pero, al verlo, en vez de empezar á moverse animándose, la joven se desenlazó de pronto y me rechazó rudamente, lanzando un grito de alarma. Y apenas tuve tiempo de guardarme al niño, pues al punto vi salir de un bosquecillo de rosas á diez jóvenes, que echaron á correr hacia nosotros, riendo á más no poder.

Y al divisarlas, ¡oh mi señor! comprendí que lo habían visto todo y oído todo, y que la joven con-sabida se había divertido á costa mía, y que sólo habló conmigo por broma, con el objeto evidente de hacer reir á sus compañeras. Y por cierto que, en

un abrir y cerrar de ojos, todas las jóvenes me habían rodeado, risueñas y saltarinas como corzas domesticadas. Y sin cesar en sus carcajadas, me miraban con ojos encendidos de malicia y de curiosidad, y decían á la que hubo de interpelarme: «¡Oh hermana nuestra Kairia, qué bien te has portado! ¡Oh, qué bien te has portado! ¡Cuán hermoso era el niño! ¡y vivaz!» Y otra dijo: «¡Y rápido!» Y otra dijo: «¡E irritable!» Y otra dijo: «¡Y galante!» Y otra dijo: «¡Y encantador!» Y otra dijo: «¡Y grande!» Y otra dijo: «¡Y robusto!» Y otra dijo: «¡Y vehemente!» Y otra dijo: «¡Y sorprendente!» Y otra dijo: «¡Un sultán!»

Y á la sazón prorrumpieron en prolongadas carcajadas, mientras yo estaba en el límite del azoramiento y de la confusión. Porque en mi vida ¡oh mi señor! había mirado á una mujer á la cara, ni había tratado con mujeres. Y aquéllas tenían un desenfado y una audacia sin precedente en los anales de la impudicia. Y allí me quedé, en medio de su delirio, desconcertado, vergonzoso y con la nariz alargada hasta los pies, como un tonto.

Pero de repente salió del bosquecillo de rosas, cual la luna que se eleva, una duodécima joven, cuya aparición hizo cesar súbitamente todas las risas y todas las bromas. Y era soberana su belleza y á su paso hacía inclinarse los tallos de las flores. Y avanzó hacia nuestro grupo, que hubo de abrirse al acercarse ella; y la joven me miró largamente y me dijo: «En verdad ¡oh Hassán de Damasco! que

tu audacia es mucha audacia, y el atentado que cometiste en la persona de esta joven merece un castigo. ¡Y por mi vida te juro que lo siento por tu juventud y tu hermosura!»

Entonces la joven que fué causa de toda aquella aventura, y que se llamaba Kairia, se adelantó y besó la mano de la que acababa de hablar así, y le dijo: «¡Oh nuestra señora Suleika! ¡por tu vida preciosa, perdónale su impulso de hace poco, que sólo prueba su impetuosidad! ¡Y su suerte está entre tus manos! ¿Es que vamos á abandonar ó á dejar sin socorro á este hermoso asaltante, á este perpetrador de atentados contra las jóvenes vírgenes?» Y la que se llamaba Suleika reflexionó un instante, y contestó: «Pues bien; por esta vez le perdonaremos, ya que tú, que has sufrido su atentado, intercedes en favor suyo. ¡Sea salva su cabeza y véase él libre del peligro en que se encuentra! Y para que se acuerde de las jóvenes que le han salvado, conviene que tratemos de hacerle algo más agradable aún su aventura de esta noche. Llevémosle, pues, con nosotras y hagámosle entrar en nuestros aposentos privados, que ningún hombre hasta ahora violó con su presencia.» Y tras de hablar así, hizo cierta seña á una de las jóvenes que la acompañaban, la cual desapareció en seguida bajo los cipreses, ligera, para volver al cabo de un instante llevando en brazos un montón de sedas. Y desenvolvió á mis pies las tales sedas, que constituían un encantador traje de mujer; y entre todas me ayu-

daron á ponérmelo encima de mis ropas. Y disfrazado de tal modo, me mezclé al grupo que formaban ellas. Y pasando por entre los árboles, ganamos los aposentos privados.

Y he aquí que, al entrar en la sala de recepciones reservadas al harén, que era toda de mármol calado é incrustado de perlas y turquesas, las jóvenes me dijeron al oído que en aquella sala era donde la hija única del rey tenía costumbre de recibir á sus visitas y á sus amigas. Y también me revelaron que la hija única del rey no era otra que la propia princesa Suleika.

Y observé que en medio de aquella sala tan hermosa y tan desamueblada había veinte alfombrines grandes de brocado dispuestos en círculo sobre el tapiz central. Y todas las jóvenes, que ni por un instante habían dejado de hacerme zalamerías ni de dirigirme ojeadas llameantes, fueron á sentarse en buen orden sobre los alfombrines de brocado, obligándome á que me sentara en medio de ellas, junto á la princesa Suleika misma, que me miraba con ojos que traspasaban mi alma.

Entonces Suleika pidió refrescos, y seis nuevas esclavas, no menos bellas y ricamente vestidas, aparecieron al instante, y empezaron por ofrecernos servilletas de seda en bandejas de oro, en tanto que las seguían diez más con grandes porcelanas, cuya contemplación ya era por sí sola un refresco...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 879.^a NOCHE*

Ella dijo:

...en tanto que las seguían diez más con grandes porcelanas, cuya contemplación ya era por sí sola un refresco. Y nos sirvieron las porcelanas, que contenían sorbetes de nieve, leche cuajada, confituras de toronja, rebanadas de cohombro y limones. Y la princesa Suleika se sirvió la primera, y con la misma cuchara de oro que se había llevado á los labios me ofreció un poco de confitura y una rebanada de toronja, dándome luego otra cucharada de leche cuajada. Después circuló de mano en mano varias veces la misma cuchara, de modo que todas las jóvenes sirviéronse repetidamente de aquellas cosas excelentes hasta que no quedó nada en las porcelanas. Y entonces las esclavas nos presentaron en copas de cristal agua muy pura.

Y no dejó de hacerse la conversación tan viva como si hubiéramos bebido los fermentos de los vinos todos. Y me asombré del atrevimiento de los discursos que salían de labios de aquellas jóvenes, las cuales reían á carcajadas en cuanto una de ellas aventuraba una broma picante y mordaz acerca del

niño de su padre, cuya contemplación las tenía preocupadas con exceso. Y la encantadora Kairia, contra quien iba dirigido mi atentado, si atentado hubo, no me guardaba ningún rencor, y se había colocado de frente á mí. Y me miraba sonriendo, y con el lenguaje de los ojos me daba á entender que me perdonaba mi ligereza del jardín. Y yo, por mi parte, levantaba los ojos hacia ella de cuando en cuando, y luego los bajaba vivamente en cuanto notaba que ella tenía la vista fija en mí; porque, no obstante los esfuerzos que hacía yo para aparentar cierto aplomo en mi rostro, seguía teniendo, en medio de aquellas extraordinarias jóvenes, un aspecto muy azorado. Y la princesa Suleika y sus compañeras, que demasiado lo comprendían, trataban, por su parte, de darme ánimos á todo trance. Y Suleika acabó por decirme: «¿Cuándo vas á mostrarte tranquilo y seguro, ¡oh amigo Hassán, oh damasquino!? ¿Acaso crees que estas inocentes jóvenes comen carne humana? ¿Y no sabes que no corres ningún peligro en los aposentos de la hija del rey, donde jamás se atrevería un eunuco á penetrar sin permiso? Olvida, pues, por un instante que hablas con la princesa Suleika, y figúrate que estás charlando con sencillas hijas de mercaderes modestos de Schiraz. Levanta la cabeza ¡oh Hassán! y mira á la cara á todas estas jóvenes encantadoras. Y cuando las hayas examinado con la mayor atención, date prisa en decirnos con toda franqueza, y ya sin temor á enfadar-nos, cuál de entre nosotras te gusta más.»

Estas palabras de la princesa Suleika, ¡oh rey del tiempo! en vez de darme ánimo y tranquilidad, no hicieron mas que aumentar mi turbación y mi embarazo, y sólo supe balbucear palabras incoherentes, sintiendo que se me subía al rostro el rubor de la emoción. Y en aquel momento hubiera querido que la tierra se abriese y me tragase. Y Suleika, al ver mi perplejidad, me dijo: «Ya veo ¡oh Hassán! que te he pedido una cosa que te pone en un aprieto. Porque sin duda temes, al declarar tu preferencia por una, disgustar á las demás é indisponerlas contra ti. Pues bien; estás equivocado si te oscurece el entendimiento ese temor. Has de saber, en efecto, que yo y mis compañeras estamos tan unidas y existen tantos lazos de ternura entre nosotras, que, hiciera un hombre lo que hiciera con una de nosotras, no podría alterar nuestros sentimientos mutuos. Desecha, pues, de tu corazón los temores que te hacen tan prudente, examínanos á tu antojo, é incluso si deseas que nos pongamos completamente desnudas delante de ti, dilo sin reticencia, y lo ejecutaremos por encima de nuestras cabezas y de nuestros ojos. Pero apresúrate á decirnos cuál es la elegida de tu gusto.»

Entonces ¡oh mi señor! hice una llamada al valor, que me volvía á impulsos de estas palabras alentadoras, y aunque las compañeras de Suleika eran perfectamente bellas, y hubiese sido muy difícil al ojo más experto hallar diferencia entre ellas, y aunque, por otra parte, la princesa Suleika era

por sí misma tan maravillosa al menos como sus jóvenes doncellas, mi corazón deseó ardientemente á la que fué la primera en hacerle latir con tanta violencia en el jardín, á la vivaracha y deliciosa Kairia, á la bienamada del niño de su padre. Pero, aun con todo el deseo que tenía de hacerlo, me guardé bien de revelar mis sentimientos, que era muy fácil, á despecho de las palabras tranquilizadoras de Suleika, que atrajeran sobre mi cabeza los rencores de todas aquellas vírgenes. Y tras de examinarlas á todas con la mayor atención, me limité á encararme con la princesa Suleika y á decirle: «¡Oh mi señora! Debo empezar por decirte que nunca me atrevería á comparar tus encantos con los de tus compañeras, porque no se compara el brillo de la luna con el titilar de las estrellas. Y es tanta tu belleza, que los ojos no acertarían á tener miradas mas que para ella.» Y diciendo estas palabras, no pude por menos de dirigir una ojeada de inteligencia á la deleitable Kairia para darle á entender que sólo la cortesía me dictaba aquella adulación á la princesa.

Y cuando hubo oído mi respuesta, Suleika me dijo, sonriendo: «Has estado galante, ¡oh Hassán! por más que la adulación sea aparente. ¡Apresúrate, pues, ahora que tienes más libertad para hablar, á descubrírnos el fondo de tu corazón, diciéndonos cuál, entre todas estas jóvenes, es la que te cautiva más!» Y por su parte, las jóvenes unieron sus ruegos á los de la princesa para apremiarme á

que les revelara mi preferencia. Y Kairia era entre todas quien se mostraba más decidida á hacerme hablar, pues ya había adivinado mis pensamientos secretos.

Entonces, desechando el resto de timidez que me quedaba, cedi á tan reiteradas instancias de las jóvenes y de su señora, me encaré con Suleika, y le dije señalando con un ademán de mi mano á la joven Kairia: «¡Oh soberana mía! ¡esa es la que prefiero! ¡Sí, por Alah, hacia la amable Kairia va mi mayor deseo!»

No había acabado yo de pronunciar estas palabras, cuando todas las jóvenes se echaron á reir á carcajadas á la vez, sin que en sus rostros alegres apareciese el menor indicio de agravio. Y pensé para mi ánima, mirándolas cómo se empujaban con el codo y se morían de risa: «¡Qué cosa tan prodigiosa! ¿Se trata de mujeres entre las mujeres y de jóvenes entre las jóvenes? ¿Pues desde cuándo las criaturas de ese sexo han adquirido esa indiferencia y tanta virtud para no sentirse envidiosas y no arañarse el rostro al saber un triunfo de una semejante suya? ¡Por Alah, ni las hermanas obrarían ante sus hermanas con tanta amabilidad y desinterés! He aquí algo que va más allá del entendimiento.»

Pero la princesa Suleika no me dejó sumido por mucho tiempo en aquella perplejidad, y me dijo: «¡Felicidades, felicidades, oh Hassán de Damasco! ¡Por mi vida, que los jóvenes de tu país tienen

buen gusto, vista fina y sagacidad! Y me satisface mucho ¡oh Hassán! que hayas dado la preferencia á mi favorita Kairia, que es la preferida de mi corazón y la más querida. Y no te arrepentirás de tu elección, ¡oh tunante! Además, te hallas muy distante de conocer todo el mérito y todo el valor de la elegida, pues ninguna de nosotras, tales como somos, puede pretender compararse de cerca ni de lejos con ella en encantos, perfecciones corporales ó atractivo espiritual. Y somos esclavas suyas, en verdad, aunque engañen las apariencias.»

Luego, todas, una tras otra, empezaron á felicitar á la encantadora Kairia y á gastarle bromas por el triunfo que acababa de obtener. Y no se quedaba ella corta en las réplicas, y para cada una de sus compañeras tenía la respuesta conveniente, en tanto que yo llegaba al límite del asombro.

Tras de lo cual, Suleika tomó de junto á ella un laúd, y lo puso en las manos de su favorita Kairia, diciéndole: «¡Alma de mi alma, conviene que hagas ver á tu enamorado un poco de lo que sabes, á fin de que no crea que hemos exagerado tus méritos!» Y la deleitable Kairia cogió el laúd de manos de Suleika, lo templó, y después de un preludio arrebatador, cantó en sordina, acompañándose:

*¡Soy la educanda del amor, que me ha enseñado las
buenas maneras*

*Y ha puesto en mi alma tesoros que reservo para
ese joven corzo que me ha punzado el corazón*

Con los escorpiones negros de sus hermosas sienes!
¡Mientras viva, amaré al joven que ha escogido mi
corazón, porque soy fiel al objeto de mi amor!

¡Oh enamorados! ¡cuando hayáis escogido un objeto
amable, amadle mucho y no os separéis de él nunca!
¡Objeto que se pierde no se encuentra jamás!

¡Por lo que á mí respecta, amo á ese joven corzo de
formas graciosas, cuya mirada ha penetrado en mi cora-
zón más profundamente que el filo de una hoja cortante!

¡La belleza escribió en su frente joven líneas encan-
tadoras de sentido conciso!

¡Su mirada de hechicería es tan encantadora que
fascina á los corazones todos con el arco tirante en que
brillan sus flechas negras!

¡Oh tú, sin quien yo ya no podré pasarme y á quien
no sabré reemplazar en mi intimidad!

¡Ven al hammam conmigo! ¡Arderán los nardos, y
sus vapores llenarán la sala! ¡Y cantaré sobre tu cora-
zón nuestro amor!

Cuando hubo acabado de cantar, posó los ojos en mí tan tiernamente, que, olvidando de pronto toda mi timidez y la presencia de la hija del rey y de sus maliciosas compañeras, me arrojé á los pies de Kairia, transportado de amor y en el límite del placer. Y aspirando el perfume que se exhalaba de sus finos vestidos y sintiendo el calor que su carne me comunicaba, llegué á tal estado de embriaguez, que de repente la cogí en mis brazos y empecé á besarla con vehemencia en donde podía,

mientras ella desfallecía como una tórtola. Y no volví á la realidad hasta oír las grandes carcajadas que lanzaban las jóvenes al verme fuera de mí como un morueco ayuno desde su pubertad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 880.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y no volví á la realidad hasta oír las grandes carcajadas que lanzaban las jóvenes al verme fuera de mí como un morueco ayuno desde su pubertad.

A continuación se pusieron á comer y á beber y á decir locuras y á hacerse caricias y mimos disimuladamente, hasta que entró una esclava vieja, la cual hubo de advertir á la reunión que pronto llegaría el día. Y contestaron todas á una: «¡Oh nodriza de nuestra señora, tu advertencia está por encima de nuestras cabezas y de nuestros ojos!» Y Suleika se levantó, diciéndome: «Ya es tiempo ¡oh Hassán! de ir á descansar. Y puedes contar con mi protección para llegar á unírte con tu enamorada, porque nada perdonaré para hacerte llegar á la satisfacción de tus deseos. Pero, por el momento, vamos á á hacerte salir sin miedo del harén.»

Y dijo algunas palabras al oído de su vieja nodriza, que me miró un instante á la cara y me cogió de la mano, diciéndome que la siguiera. Y después de inclinarme ante aquella bandada de palomas y de lanzar una ojeada apasionada á la deleitable Kairia, me dejé conducir por la vieja, que me llevó por varias galerías, y dando mil rodeos me hizo llegar á una puertecilla de la que tenía la llave. Y abrió aquella puerta. Y me deslicé afuera, y advertí que estaba al otro lado del recinto de palacio.

Ya era de día, y me apresuré á regresar á palacio ostensiblemente por la puerta principal, de modo que me notasen los guardias. Y corrí á mi cuarto, en donde, no bien hube franqueado el umbral, me encontré con mi protector el visir descendiente de Loth, que me esperaba, en el límite de la impaciencia y de la inquietud. Y se levantó vivamente al verme entrar, y me estrechó en sus brazos, y me besó tiernamente, diciéndome: «¡Oh Hasán! Mi corazón estaba contigo, y he tenido mucho cuidado por ti. Y no he cerrado los ojos en toda la noche, pensando que, como eres extranjero en Schiraz, corrias peligros nocturnos á causa de los bribones que infestan las calles. ¡Ah, querido mío! ¿dónde has estado, lejos de mí?» Y me guardé bien de contarle mi aventura, ni de decirle que había pasado la noche con mujeres, y sencillamente me limité á contestarle que me había encontrado con un mercader de Damasco establecido en Bagdad,

que acababa de partir para El-Bassra con toda su familia, y que me había retenido en su casa toda la noche. Y mi protector se vió obligado á creerme, y se contentó con lanzar algunos suspiros y reprenderme amistosamente. Y he aquí lo referente á él.

En cuanto á mí, me sentía con el corazón y el espíritu ligados á los encantos de la deleitable Kairia, y pasé todo aquel día y toda aquella noche recordando las menores circunstancias de nuestra entrevista. Y al día siguiente todavía estaba absorto en mis recuerdos, cuando un eunuco fué á llamar á mi puerta, y me dijo: «¿Es aquí donde habita el señor Hassán de Damasco, chambelán de nuestro amo el rey Sabur-Schah?» Y contesté: «¡En su casa estás!» Entonces él besó la tierra entre mis manos y se incorporó para sacarse del seno un papel enrollado que hubo de entregarme. Y se fué por donde había venido.

Y al punto desdoblé el papel, y vi que contenía estas líneas, trazadas con letra complicada: «Si el corzo del país de Scham viene esta noche á pasear entre las ramas su esbeltez á la luz de la luna, se encontrará con una corza joven en celo, desfalleciendo sólo con sentirle acercarse, la cual en su lenguaje le dirá cuán conmovido tiene el corazón por haber sido elegida entre las corzas de la selva y preferida entre sus compañeras.»

Y ¡oh mi señor! al leer esta carta, me sentí ebrio sin haber probado el vino. Porque, aunque desde la primera noche hube de comprender que la

deleitable Kairia sentía alguna inclinación por mí, no esperaba yo una prueba de adhesión semejante. Así es que, en cuanto pude disimular mi emoción, me presenté en casa de mi protector el visir y le besé la mano. Y predisponiéndole así en mi favor, le pedí permiso para ir á ver á un derviche de mi país, recientemente llegado de la Meca, que me había invitado á pasar con él la noche. Y habiéndoseme dado permiso, volví á mi cuarto y escogí, entre mis pedrerías, las más hermosas esmeraldas, los rubíes más puros, los diamantes más blancos, las perlas más gruesas, las turquesas más delicadas y los zafiros más perfectos, y con un hilo de oro los ensarté como un rosario. Y en cuanto descendió la noche sobre los jardines, me perfumé con almizcle puro, y gané sigilosamente los boscajes por la puertecilla disimulada, cuyo camino conocía, y que hallé abierta para mí.

Y llegué á los cipreses, al pie de los cuales me había dejado llevar del sueño la primera noche, y esperé anhelante la llegada de la bienamada. Y la impaciencia me abrasaba el alma, y me parecía que nunca iba á llegar el momento de nuestra entrevista. Y he aquí que, de pronto, bajo los rayos de la luna, movióse entre los cipreses una blancura ligera, y la deleitable Kairia se mostró ante mis ojos extáticos. Y me prosterné á sus pies, dando con la cara en tierra, sin poder decir una palabra, y permanecí en aquel estado hasta que me dijo ella con su voz de agua corriente: «¡Oh Hassán de mi amor!

¡levántate, y en vez de ese silencio tierno y apasionado, dame verdaderas pruebas de tu inclinación hacia mí! ¿Es posible ¡oh Hassán! que me hayas encontrado realmente más hermosa y más deseable que todas mis compañeras, deliciosas jóvenes, perlas imperforadas, é incluso más que la princesa Suleika? Tendré que oírlo por segunda vez aún para dar crédito á mis oídos.» Y tras de hablar así, se inclinó hacia mí y me ayudó á levantarme. Y yo le cogí la mano y me la llevé á mis labios apasionados, y le dije: «¡Oh soberana de las soberanas! Ante todo, toma este rosario de mi país, cuyas cuentas desgranarás durante los días de tu vida dichosa, acordándote del esclavo que te lo ha ofrecido. Y con este rosario, infimo don de un pobre, acepta también la declaración de un amor que estoy dispuesto á legalizar ante el kadí y los testigos.» Y me contestó ella: «Estoy radiante de haberte inspirado tanto amor, ¡oh Hassán, por quien expongo mi alma á los peligros de esta noche! Pero ¡ay! no sé si mi corazón debe regocijarse de su conquista, ó si debo mirar nuestro encuentro como principio de las calamidades y desdichas de mi vida.»

Y tras de hablar así, reclinó su cabeza sobre mi hombro, mientras le agitaban el pecho los suspiros. Y le dije: «¡Oh dueña mía! ¿por qué en esta noche de blancura ves el mundo tan negro ante tu rostro? ¿Y por qué invocar sobre tu cabeza las calamidades con tan falsos presentimientos?» Y ella me dijo: «¡Haga Alah ¡oh Hassán! que sean falsos esos pre-

sentimientos! Pero no creas que es tan insensato el temor que viene á turbar nuestro placer en este momento tan deseado de nuestro encuentro. ¡Ay! Demasiado fundados son mis presentimientos.» Y se calló por un momento, y me dijo: «Porque has de saber ¡oh el más amado de los amantes! que la princesa Suleika te ama secretamente y que se dispone á declararte su amor de un momento á otro. ¿Cómo recibirás semejante declaración? ¿Y el amor que dices sentir por mí podrá resistir á la gloria de tener por amante á la más bella y á la más poderosa entre las hijas de reyes?» Pero la interrumpí para exclamar: «¡Sí, por tu vida, ¡oh deleitable Kairia! tú preponderarás siempre en mi corazón sobre la princesa Suleika! ¡Y pluguiera á Alah que tuvieses una rival más formidable todavía, y ya verías cómo nada podría extinguir la constancia de mi corazón, subyugado por tus encantos! Y aun cuando el rey Sabur-Schah, padre de Suleika, no tuviera hijos que le sucediesen y dejase el trono de Persia á quien fuera el esposo de su hija, yo te sacrificaría un destino así, ¡oh la más amable de las jóvenes!» Y Kairia prorrumpió en exclamaciones, diciendo: «¡Oh infortunado Hassán! ¡qué ceguera la tuya! ¿Olvidas que no soy mas que una esclava al servicio de la princesa Suleika? Si respondieras con una negativa á la declaración de su amor, atraerías sobre mi cabeza y sobre la tuya su resentimiento, y ambos estaríamos perdidos sin remedio. Por tanto, para nuestro propio interés, es preferible que cedas á la más fuerte. Se

trata del único medio de salvación. Y Alah llevará su bálsamo al corazón de los afligidos.» Y yo, lejos de someterme á su consejo, me sentí en el límite de la indignación solamente con pensar que se me hubiera supuesto lo bastante pusilánime para ceder á tales cálculos, y exclamé, estrechando en mis brazos á la deleitable Kairia: «¡Oh resumen de los más hermosos dones del Creador, no tortures mi alma con tan penosos discursos! Y ya que el peligro amenaza tu cabeza encantadora, emprendamos juntos la fuga á mi país. Allá hay desiertos donde nadie podría dar con nuestras huellas. ¡Y gracias al Retribuidor, soy bastante rico para hacerte vivir entre esplendores aunque sea al extremo del mundo habitado!»

Al oír estas palabras, mi amiga se dejó caer con gracia en mis brazos, y me dijo: «Pues bien, Hasán; ya no dudo de tu afecto, y quiero sacarte del error á que voluntariamente te he inducido con objeto de poner á prueba tus sentimientos. Has de saber, pues, que no soy la que crees, no soy Kairia la favorita de la princesa Suleika. La princesa Suleika soy yo misma, y la que tú creías que era la princesa Suleika es precisamente mi favorita Kairia. Y he urdido esta estratagema para estar más segura de tu amor. Por cierto que al punto vas á tener la confirmación de mis asertos.»

Y á estas palabras, hizo una seña, y de la sombra de los cipreses salió la que yo creía que era la princesa Suleika, y que era realmente la favorita Kairia. Y fué á besar la mano á su señora, y se in-

clinó ante mí ceremoniosamente. Y la deleitable princesa me dijo: «Ahora ¡oh Hassán! que sabes que me llamo Suleika y no Kairia, ¿me amarás tanto y tendrás para una princesa los mismos tiernos sentimientos que tenías para una simple favorita de princesa?» Y yo ¡oh mi señor! no dejé de dar la respuesta oportuna...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 881.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y yo ¡oh mi señor! no dejé de dar la respuesta oportuna, diciendo á Suleika que no podía concebir el exceso de mi dicha, ni por qué había yo podido merecer que ella se dignase bajar su mirada hasta un esclavo como yo, y con ello hacer mi destino más envidiable que el de los hijos de los reyes más poderosos. Pero ella me interrumpió para decirme: «¡Oh Hassán! No te asombres de lo que hice por ti. ¿No te he visto una noche dormido bajo los árboles á la luz de la luna? Pues desde aquel momento mi corazón quedó subyugado por tu hermosura, y no pude por menos de darme á ti, para no contrariar los impulsos de mi corazón.»

Entonces, y en tanto que la amable Kairia se paseaba no lejos de nosotros para vigilar los alrededores, dimos libre curso al río de nuestro ardor, sin que ocurriera, empero, nada ilícito. Y nos pasamos la noche besándonos y departiendo tiernamente, hasta que la favorita fué á prevenirnos de que había llegado el momento de separarnos. Pero antes de que yo dejase á Suleika, ella me dijo: «¡Oh Hassán, sea contigo mi recuerdo! Te prometo hacerte saber pronto hasta qué punto me eres querido.»

Y me arrojé á sus pies para expresarle mi gratitud por todos sus favores. Y nos separamos con lágrimas de pasión en los ojos. Y salí de los jardines dando los mismos rodeos que la primera vez.

Al día siguiente esperé con toda mi alma una señal de mi bienamada que me permitiese contar con una nueva cita en los jardines. Pero transcurrió la jornada sin traerme la realización de mi más cara esperanza. Y aquella noche no pude cerrar los ojos, con la incertidumbre en que estaba acerca del motivo de aquel silencio. Y al otro día, á pesar de la presencia de mi protector, que trataba de adivinar la causa de mis preocupaciones, y no obstante las palabras que me dirigía para distraerme, yo lo veía todo negro ante mis ojos, y no quise tocar á ningún alimento. Y cuando llegó la tarde, bajé á los jardines antes de la hora de retreta, y con gran asombro vi que todos los boscajes estaban ocupados por guardias, y sospechando al-

gún grave acontecimiento, me apresuré á volver á mis habitaciones. Y al llegar, me encontré con un eunuco de la princesa, que me esperaba. Y estaba tembloroso y no parecía tranquilo aunque se hallaba en mi cuarto, como si de todos los rincones fuesen á salir hombres armados para descuartizarle. Y me entregó á toda prisa un rollo de papel semejante al que ya me había entregado en otra ocasión, y se esquivó rápidamente.

Y desdoblé el rollo consabido y leí lo que sigue: «Has de saber ¡oh núcleo de la ternura! que la joven corza ha estado á punto de ser sorprendida por los cazadores cuando dejó á su gracioso corzo. Y ahora está vigilada por los cazadores que ocupan toda la selva. Guárdate bien, pues, de ir por la noche á la luz de la luna en busca de tu corza. Ten mucho cuidado y presérvate de las emboscadas de nuestros perseguidores. Y sobre todo, no te dejes llevar de la desesperación, ocurra lo que ocurra y oigas lo que oigas estos días. Y que ni mi misma muerte te haga perder la razón hasta el punto de olvidar la prudencia. ¡Uassalam!»

Con la lectura de esta carta, ¡oh rey del tiempo! mi ansiedad y mis presentimientos llegaron á su límite extremo, y me dejé llevar por el torrente de mis tumultuosos pensamientos. Así es que cuando al día siguiente corrió por el palacio, como un batir de alas de buho, el rumor de la muerte tan repentina como inexplicable de la princesa Suleika, mi dolor llegó al colmo, y sin un mohín de

asombro, caí desmayado en brazos de mi protector, dando con la cabeza antes que con los pies.

Y permanecí en un estado próximo á la muerte durante siete días y siete noches, al cabo de los cuales, merced á los cuidados atentos que me prodigaba mi protector, volví á la vida, pero con mi alma llena de duelo y mi corazón poseído definitivamente por la desgana de vivir. Y sin poder sufrir el quedarme por más tiempo en aquel palacio ensombrecido por el duelo de mi bienamada, resolví huir secretamente en la primera ocasión, para hundirme en las soledades, donde por toda presencia no hay mas que la de Alah y la de la hierba salvaje.

Y en cuanto se espesaron las tinieblas de la noche, recogí los diamantes y pedrerías más preciosas que poseía, pensando: «¡Pluguiera al Destino que me hubiese muerto antaño en Damasco, ahorcado en la rama del árbol añoso en el jardín de mi padre, mejor que vivir en lo sucesivo una vida de duelo y de dolor más amarga que la mirra!» Y aproveché una ausencia de mi protector para deslizarme fuera del palacio y de la ciudad de Schiraz, en pos de soledades lejos de las comarcas de los hombres.

Y anduve sin interrupción toda aquella noche y todo el día siguiente, cuando he aquí que, al caer la tarde, estando yo parado al borde del camino, junto á una fuente, oí detrás de mí el galope de un caballo, y vi á pocos pasos, cerca ya, á un jinete joven, cuyo rostro, iluminado por las tintas rojas del sol poniente, me pareció más hermoso que el del

ángel Raduán. E iba vestido con ropas espléndidas, como no las llevan mas que los emires y los hijos de reyes. Y me miró, haciéndome con la mano solamente el saludo cortés, sin pronunciar las palabras consagradas para la zalema usual entre musulmanes. Y tras de devolverle de la propia manera su saludo, pensé: «¡Qué lástima que este maravilloso joven sea un descreído!» Y á pesar de todo, le invité á descansar y á dar de beber á su caballo, diciéndole: «¡Señor, séate propicia la frescura de la tarde, y sea esta agua deliciosa para la fatiga de tu noble corcel!» Y sonrió él á estas palabras, y saltando á tierra, ató su caballo por la brida junto á la fuente, se acercó á mí, y de improviso me rodeó con sus brazos y me besó con un ardor singular. Y sorprendido y encantado á la vez, le miré más atentamente y lancé un grito prolongado al reconocer en aquel joven á mi bienamada Suleika, á quien creía bajo la losa de la tumba.

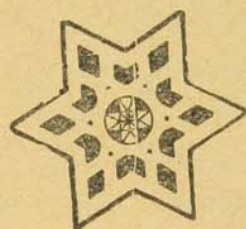
Y ahora, ¡oh mi señor! ¿cómo decirte la dicha que llenó mi alma al recobrar á Suleika? Pelos me saldrían en la lengua antes de que pudiese darte una idea de la intensidad de la alegría que embargó nuestros corazones en aquellos instantes venturosos. Básteme decirte que, después de permanecer largo tiempo en brazos uno de otro, Suleika me puso al corriente de cuanto había pasado durante todos aquellos días de mi reciente dolencia. Y á la sazón comprendí cómo, denunciada á su padre el rey, había sido ella víctima de una vigilancia estrechísi-

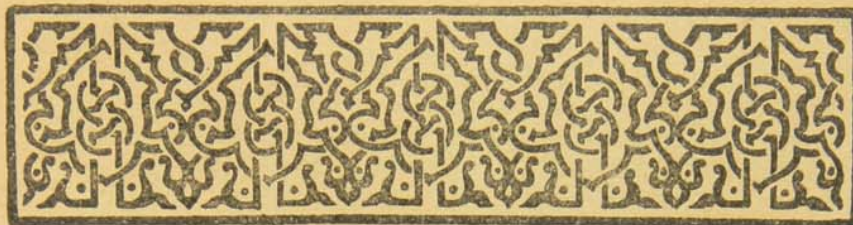
ma, y prefiriendo entonces todo á la vida que le hacían llevar, había simulado la muerte, y gracias á la complicidad de su favorita había podido escapar del palacio, espiar todos mis movimientos, seguirme desde lejos, y así, segura de mi amor para en lo sucesivo, quería vivir conmigo, lejos de las grandezas, y consagrarse enteramente á hacer mi dicha. Y nos pasamos la noche entre delicias compartidas bajo la mirada del cielo. Y al día siguiente montamos juntos en el mismo caballo y emprendimos el camino que conducía á mi país. Y Alah nos escribió la seguridad, y llegamos con buena salud á Damasco, donde el Destino me puso en tu presencia ¡oh rey del tiempo! y me hizo visir de tu poderío. Y tal es mi historia. ¡Y Alah es más sabio!»

«Pero no creas ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—que esta historia de la princesa Suleika puede compararse á la menor de las historias extraídas de los OCIOS ENCANTADORES DE LA ADOLESCENCIA DESOCUPADA.»

Y sin dejar tiempo al rey para que diese su opinión acerca de la historia de la princesa Suleika, no quiso que transcurriera aquella noche sin empezar á contarlas







ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<i>Dedicatoria.</i>	VII
HISTORIA DE ALÍ BABÁ Y DE LOS CUARENTA LADRONES.	9-73
LOS ENCUENTROS DE AL-RACHID EN EL PUENTE DE BAGDAD.	75-196
que comprende:	
HISTORIA DEL JOVEN DUEÑO DE LA YEGUA BLANCA. . .	84-118
HISTORIA DEL JINETE DETRÁS DEL CUAL TOCABAN AIRES INDIOS Y CHINOS.. . . .	118-134
HISTORIA DEL JEQUE DE MANO GENEROSA.	134-172
HISTORIA DEL MAESTRO DE ESCUELA LISIADO Y CON LA BOCA HENDIDA.	173-180
HISTORIA DEL CIEGO QUE SE HACÍA ABOFETEAR EN EL PUENTE.	180-196
HISTORIA DE LA PRINCESA SULEIKA.	197-233

EDITORIAL PROMETEO.—VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ, director literario de esta Editorial.—NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. El Papa del mar. A los pies de Venus. Novelas de amor y de muerte. En busca del Gran Kan.—CUENTOS: La condenada. Cuentos valencianos.—VIAJES: En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 tomos).—ARTÍCULOS: El militarismo mejicano.—5 pesetas volumen.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914, por V. BLASCO IBÁÑEZ.—Esta obra es á la vez un libro y un panorama. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se puede formar idea de lo que fué la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—Nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por ERNESTO LAVISSE, de la Academia Francesa, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia.—Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Más de 20.000 retratos, cuadros, armas, monedas, monumentos, etc. Historia gráfica del Arte. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al XIV. En prensa el XV.—10 pesetas cada volumen lujosamente encuadernado en tela.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, por ONÉSIMO y ELISEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Conocer la tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre. Nada para ello como esta obra, que no es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclús, tan artistas como sabios. Se dedica una extensión especial á España y á las naciones de América, pueblos para los que se ha escrito esta *Geografía*.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—7'50 ptas. el tomo encuadernado en tela.

BIBLIOTECA CLASICA.—*Clásicos griegos:* Homero, Esquilo, Sófocles, Hesiodo, Eurípides, Teócrito, Aristófanes, Jenofonte, Aristóteles.—*Clásicos latinos:* Plauto, Cicerón, Valerio Máximo, Fedro, Horacio, Virgilio.—*Edad Media:* La canción de Roldán.—*Clásicos españoles:* Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, Guillem de Castro, Calderón de la Barca, Moreto, Timoneda, Lope de Rueda, Rojas Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, A. Velázquez de Velasco, Juan Ruiz, Hernán Núñez, F. de Rojas, Gracián, Góngora, Letri-llas, Cancionero español y morisco, Cancionero del Cid, Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII.—*Clásicos franceses:* Molière, Rochefoucauld, Rousseau.—*Clásicos ingleses:* Shakespeare (Obras completas).—2 pesetas volumen.

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE.—Traducción directa y literal del árabe por el doctor J. C. MARDRUS. Versión española de Vicente Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo.—La gran obra de los cuentistas árabes permanecía ignorada, pues sólo se conocían tímidas é incompletas adaptaciones, hasta que ahora la ha traducido y recopilado en las propias fuentes el doctor Mardrus, dedicando años á esta labor inmensa.—23 tomos á 2 ptas. uno.

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS.—JOSÉ FRANCÉS: La danza del corazón. 3'50 ptas.—G. GÓMEZ DE LA MATA: La que llegó tarde. 4 ptas.—CARMEN DE BURGOS: Cuentos de Colombine. 3 ptas.—Los inadaptados. 3 ptas.—CIGES APARICIO: La romería. 2 pesetas.

PAÍSES DE AMÉRICA.—SESTO: El México de Porfirio Díaz.—Hombres y cosas. 5 ptas.—UGARTE: El porvenir de la América española. 3 ptas.—CASTILLO: Dos Américas (Estados Unidos). 2 ptas.—Europa vista por una gran escritora americana: *Viaje de recreo*, por CLORINDA MATTO DE TURNER. Profusas ilustraciones. 5 ptas.—R. ALTAMIRA: España en América. 4 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos.—3 pesetas vol.—Socialismo y movimiento social, por W. SOM-BART, profesor de la Universidad de Jena. 4 pesetas.

LA CIENCIA PARA TODOS.—Historia de Europa. Agricultura científica. El mundo de los microbios. El Polo Arctico y sus misterios. La vida íntima de los griegos y los romanos.—Tomos ilustrados y encuadernados en cartóné. 1'50 ptas. volumen.

LA NOVELA DE AVENTURAS.—Obras de acción y de gran trama episódica.—GUITTON Y ROUGE: La conspiración de los millonarios. El regimiento de los hipnotizadores. El desquite del viejo mundo.—SANTERO: Don Juan de Austria.—BELOT: El crimen de la calle de la Paz.—REYBAUD: Jerónimo Paturot.—Volúmenes en cartóné, á 1'50 *ptas.*—DUMAS: La corte de Luis XIV. (2 tomos en rústica.)

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, por A. CONAN DOYLE.—Esta serie de novelas, la más interesante de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño. La marca de los cuatro. El perro de Baskerville. Policía fina. Triunfos de Sherlock Holmes. Nuevos triunfos de Sherlock Holmes. Nuevas y últimas aventuras de Sherlock Holmes.—2 *pesetas volumen.*

LOS CLÁSICOS DEL AMOR.—Aspecto nuevo de los grandes autores del clasicismo, que siempre artistas supieron decir todas las cosas y decirlas bien, por escabrosas que sean.—Van publicados: LONGO, Dafnis y Cloe.—MARCIAL, Epigramas eróticos.—ARÉTINO, Vida de las casadas y de las cortesanas.—VOLTAIRE, La doncella.—PETRONIO, El Satiricón.—ABATE CASANOVA, Amores y aventuras.—CUENTISTAS ITALIANOS, Obras galantes.—BOCCACCIO, El Decamerón (4 t.)—2 *pesetas volumen.*

ARTE.—OBRAS COMPLETAS DE RUSKIN: Las piedras de Venecia. Las mañanas de Florencia. Las siete lámparas de la Arquitectura. Los pintores modernos. El reposo de San Marcos. La biblia de Amiens. La corona de olivo silvestre.—Cada volumen, 2 *pesetas.*

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA.—Anatole France, Daudet, Víctor Hugo, etc.—2 *pesetas volumen.*

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL.—Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Schopenhauer, Spencer, etc.—2 *pesetas volumen.*

BIBLIOTECA ECONÓMICA.—Obras de gran amenidad, interés y trama novelesca.—1 *peseta volumen.*

COLECCIÓN POPULAR.—Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 *peseta volumen.*

LOS GRANDES NOVELISTAS.—Obras de Tolstoi, Dumas, Conan Doyle, etc. Colección Rocambole (la traducción más completa), por Ponson du Terrail.—Vols. á 35 *céntimos.* Edición de *La Novela Ilustrada.*

Editorial PROMETEO.-- Llorca y C.^a S.^a L.^a Apartado 130, VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. El Papa del mar. A los pies de Venus. Novelas de amor y de muerte. En busca del Gran Kan.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 tomos).—**ARTICULOS:** El militarismo mejicano.—5 pesetas volumen.

El Caballero de la Virgen (novela). 5 ptas.

NOVISIMA HISTORIA UNIVERSAL

Escrita por individuos del Instituto de Francia. Dirigida á partir del siglo IV por E. Lavissee y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadernado.

NOVISIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

Por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

BIBLIOTECA CLÁSICA

Clásicos griegos: Homero, Esquilo, Sófocles, Hesiodo, Eurípides, Teócrito, Aristófanes, Jenofonte, Aristóteles.—**Clásicos latinos:** Plauto, Cicerón, Valerio Máximo, Pedro, Horacio, Virgilio.—**Edad Media:** La canción de Roldán.—**Clásicos españoles:** Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, Guillelmo de Castro, Calderón de la Barca, Moreto, Timoneda, Lope de Rueda, Rojas Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, A. Velázquez de Velasco, Juan Ruiz, Hernán Núñez, F. de Rojas, Gracián, Góngora, Juan Luis Vives, Diego de Torres Villarroel, Letrillas, Cancionero español y morisco, Cancionero del Cid, Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII.—**Clásicos franceses:** Molière, Rousseau, Rochefoucauld.—**Clásicos ingleses:** Shakespeare (Obras completas).—2 ptas. vol.

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibañez. Novelas de Adam, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Margueritte, Miomandre, Rosny, Tinayre y otros maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

BIBLIOTECA DE LITERATURA.—2 ptas. vol.

BIBLIOTECA ECONÓMICA.—1 pta. volumen.

COLECCIÓN POPULAR.—1 pta. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL.—2 ptas.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS.—1'50 ptas. vol.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBAÑEZ.

Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 pesetas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 pesetas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibañez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 9 t.—2 ptas. vol.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Edición de *La Novela Ilustrada*.—Volúmenes á 35 céntimos.

Las novelas de Jack Bondon.

Nadie le ha superado en la novela de aventuras. Buscadores de oro, piratas, aventureros, indios, antropófagos, los más diversos tipos son los protagonistas de estas obras. Se han publicado: *Antes de Adán*, *La llamada de la selva*, *Aventura*, *La expedición del pirata*, *La peste escarlata*, *Jerry el de las Islas*, *Cuentos de los mares del Sur*, *Valor holandés*, *Tres corazones*, *El lobo de mar*, *Miguel, hermano de Jerry*, *Aurora espléndida*, *La damita de la Casa Grande*, *El Idolo Rojo*.—3 ptas. vol.—Un verdadero éxito de librería.